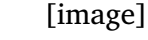
MANUEL GARRIDO LÓPEZ

Mis caminos de El Rocío

SAMARCANDA

Manuel Garrido López

Mis caminos de El Rocío



No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del Copyright.

Derechos reservados © 2017, respecto a la primera edición en español, por:

© Manuel Garrido López
© Editorial Samarcanda

ISBN: 9788417103187
ISBN e-book: 9781524303471

Producción editorial: Lantia Publishing S.L.
Plaza de la Magdalena, 9, 3 (41001-Sevilla)
www.lantia.com
IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

Prefacio

No hay caminos determinados para llegar, todas las sendas son buenas y válidas. ¿Cómo, si no se entiende ese creciente número de hombres y mujeres de cualquier edad que se acogen a su devoción y vienen a buscarla a su aldea desde tierras, a veces lejanas, y en las que ya, y desde siempre, habían puesto su mirada en la Virgen Santísima en otra advocación? Gente llegada desde los cuatro puntos cardinales de nuestra Andalucía y de otras regiones, Valencia, Alicante, Cataluña, Las Palmas de Gran Canaria y tantos otros lugares, ya fuera de nuestras fronteras, Francia, Brasil.

Ella, Rocío, es el nuevo maná, que rocío fue también venido del cielo, enviado por Dios, y a todos alcanzó y fue su alimento en el duro peregrinar. No abandona el Señor jamás a su pueblo y, como entonces, nos ha procurado este nuevo maná que se llama Rocío y que, desde aquella pequeña aldea de Huelva, se nos ofrece a todos y a todos, uno a uno, nos viene alcanzando por los distintos caminos dispuestos para llegar a Ella.

Yo mismo tardé mucho en sentirme rociero. He cantado a la Madre de Dios con muchos de sus títulos, ya de Gloria o como Dolorosa. Mas, en mis tribulaciones, en mis dudas, siempre he recurrido a Ella como auxilio seguro de los cristianos. Y el nombre de Rocío, la Blanca Paloma, Reina de las Marismas, me fue penetrando, poco a poco, como esa lluvia menuda, que apenas advertimos, llevados por otros pensamientos, y que no llegamos a notar hasta que no la sentimos en la propia carne.

He utilizado para realizar esta obra algunos de los muchos pregones, por mí ofrecidos en distintas hermandades rocieras, con el único deseo de intentar expresar mi forma de ver y sentir mi amor por la Blanca Paloma

Nadie me enseñó a ser rociero y fue la misma Virgen del Rocío quien me dijo: «ven, que también hay sitio para ti en mi regazo».

Manuel Garrido López

Misa de Romeros
Hermandad del Rocío de Sevilla

Yo, pecador, me confieso ante Dios Todopoderoso y ante vosotros, hermanos, de haber pecado de vanidad y de soberbia, al ser tan osado de ocupar esta noble tribuna que, enaltecida por mis predecesores, ha sido elevada a cotas, para mí inaccesibles, sin el apoyo de vuestra magnanimidad.

Esta es mi gran culpa.

Por tanto, ruego a Santa María del Rocío, a los ángeles, a los santos y a vosotros, hermanos, que intercedáis por mí ante Dios y ante Ella, para que me hagan digno de merecer vuestra atención y me otorguen beneficio para cantar sus alabanzas y la gracia de Santa María, La Virgen, Reina de las Marismas.

Y, en esta confianza, solicito venia de las dignísimas autoridades, del hermano mayor y Junta de Gobierno de la Hermandad de Nuestra Señora del Rocío de Sevilla, de todos sus hermanos y de vosotros, amigos, para adentrarme en el difícil camino que se abre ante mí y al que llego de la mano generosa de D. JOSÉ DÍAZ GONZÁLEZ, feliz e inolvidable pregonero del pasado año y que, dejándose llevar de su desprendimiento, me ha conferido tan altos valores cuando ha trazado mi imagen, que no me atrevo a rechazar por no parecer desagradecido, pero que bien quisiera poseer realmente, por no desencantaros.

Por no defraudar a nuestro hermano mayor, que, con tanta largueza, me ha honrado al proponer mi voz a la Junta de Gobierno y a la propia Junta por aceptarme.

Por no frustrar a mi tan liberal presentador y, muy especialmente, por no decepcionaros a vosotros, hermanos, pendientes ya de mi palabra, que solo hallará claridad, transparencia, si me alcanza la luz del Rocío de nuestra Blanca Paloma, a la que, a manos y corazón abiertos pido, espero, suplico su maternal protección.

Vamos a cabalgar juntos en el potrillo alado de la imaginación y, anticipándonos en el tiempo, nos vamos a acomodar en el interior del sevillanísimo templo del Divino Salvador, en la mañana de gloria del miércoles 3 de Junio del presente año de 1.981.

Vamos a celebrar solemnemente la Misa de Romeros, antes de emprender el camino, rumbo a las marismas.

Camino, que bien quisiera serlo de ida solamente y sin posible retorno, en ese escondido afán de quedarnos con Ella para siempre, perennemente a su lado.

¡Ay! Quién tuviera
un laíto pa estarme
siempre a tu vera.

Posiblemente, en este oculto deseo, está la razón de que se nos haga tan dolorosamente triste el regreso de cada año.

Porque cuesta en verdad arrancarnos de allí, abandonar su casa y, cuando ya no queda más remedio, nos vamos con un adiós, que es el menor adiós de todos aquellos que decimos sin querer que lo sean.

Y, premiosamente, remoloneando, sin voluntad y sin valor para darle definitivamente la espalda, nos marcharnos sin irnos del todo y sin querer perderle la vista, incapaces de dejar de mirarla, aun cuando llevamos a rebosar el alma y los ojos de la luz de sus ojos y pletóricos de su imagen y de su gracia bendita.

Pero, bueno, estamos al pie del camino y la vuelta —tan lejana aún— no va a poner valladares a nuestra alegría y a esta ilusión infinita, que se nos hace pájaro por la sangre y nos arrebata alborozadamente el ánimo y, allá que se nos lo lleva por las celestes veredas de la paz del Señor.

Al Señor, en vuestro nombre, rocieros de Sevilla y en el de los romeros, todos de la Blanca Paloma, y en mi propio nombre, elevo esta mi sencilla plegaria:

Señor, ten piedad. Cristo, ten piedad. Ten piedad, Señor.

Somos pecadores que caminamos hacia Ti, por el camino seguro de tu madre amantísima. Porque Ella es la senda que trazara la mano del Padre para que te llegaras a nosotros y que Tú nos has dejado abierta de par en par, para nuestro ir a tu encuentro.

Es por esto, Señor, que estamos aquí reunidos y nuestro contento se hace exultante, acelerando nuestros pulsos y el latir del corazón.

Estamos contentos y con alegría hemos preparado todo convenientemente.

Los alcaldes de carretas han pasado sus últimas instrucciones y han impuesto a los carreteros de su quehacer. Cada romero, cada peregrino, conoce su obligación y el cohetero que dará la señal de partir, aguarda paciente la orden de escribirla con fuego en el cielo.

La carreta del simpecado, vacía aún de su preciosa carga, centellea deslumbrante al sol de la mañana.

Pero todavía se ha de dar un último repaso al abundante costo, que ha sido apercibido cuidadosamente y acomodado de manera que cada cosa esté pronta en su momento y nada pueda sufrir deterioro.

Aquí la sal, aquí la miel, aquí el amor.

Aquí, perfectamente protegido para que no se nos quiebre —¡tan frágiles!— el perdón.

Nunca está de más cargar la mano al hacer su provisión que sabido es que no ocupa lugar y mejor será que sobre a que nos falte.

Aquí y aquí, madejillas de fino hilo de perdón y de paz, que tiempo habrá en el

tiempo para devanarlas y atarnos con ellas a Dios.

Porque la gloria de Dios en el cielo, es la paz en la tierra de los hombres que ama el Señor.

A nadie maraville nuestro júbilo y acérquense a compartirlo con nosotros, que la tierra es feraz y es pródiga y ubérrima y nos devuelve el ciento por uno. Cantad con nosotros, y con el ave y la espiga y la flor y el río, la gloria inmensa del Señor.

Alabemos a Dios. Demos gracias al Señor Dios, Rey celestial.

Que somos pecadores y reconocemos nuestros pecados y, cuando a punto estamos de echar a andar, nos mostramos alegres y cantamos tu gloria, porque Tú quitas el pecado del mundo y has tenido piedad de nosotros, que somos carne de pecado y somos débiles a la tentación y presa fácil de la lujuria y de la avaricia y del orgullo y somos tremendamente reacios y negados para la conmiseración y para el perdón y la clemencia.

Pero solo Tú eres Santo, Señor.

A nadie, pues, maraville nuestro contento.

Nos echamos al camino
con nuestra culpa a la espalda,
una copla a flor de labios
y una luz en la mirada.
Con los últimos cohetes,
se agigantan las distancias
y se borran los contornos
de las torres y las casas.
El adiós de los pañuelos
blanquea por las barandas
y en los rostros que se quedan
brilla el cristal de una lágrima.
y, allá va por los caminos,
en su carreta de plata,
el corazón de Sevilla
Hacia las marismas altas.
Los bueyes no tienen prisa,
Ni el boyero que los manda,
Ni tiene prisa la niña
que va a la grupa montada.
Hay que darle tiempo al tiempo,
que la vereda es muy larga
y hay que bebérsela a sorbos
y andarla como Dios manda.
El vino fresco rasguea

las cuerdas de la garganta
y se abre el clavel rojo
de un cante por sevillanas:
el que tenga una pena
dentro del alma,
que la guarde en su armario
bien encerrada,
o que venga y la cante
con muchas ganas,
que la pena es mas pena
si no se canta.
Y así hacemos el camino
desde Sevilla a tu casa,
con una copla en los labios
y nuestra culpa a la espalda.
Nuestra culpa y nuestra cruz
—que no es pequeña la carga—
y cuando el peso nos hunde
nos levanta la esperanza.
Que esta es tu tierra, ¡paloma!
Y no hay rayo que la parta
Y las tormentas más negras
En tu rocío naufragan.
Y así vamos; tan sin prisas
Y alegres, como Dios manda.
Que habrá quien llore sus penas,
pero Sevilla las canta.

Y es llegado, en esta ideal misa anticipada de romeros, la lectura de la *Epístola*, de cuyo contenido os hago portadores, para su traslado a su verdadero destinatario —ausente siempre en actos como este— y que es ese ente anónimo que no ha aprendido todavía a comprendernos, que ignora cómo somos verdaderamente y que se niega a creer en los rocieros.

A ti, pues, desconocido amigo, quizás alguna vez consientas que te llame así, va dirigida esta carta de súplica de perdón.

Perdónanos, a mí y a todos los rocieros, por el solo hecho de serlo.

Por sentir el Rocío y por amarlo.

Y por llamarnos rocieros a boca llena, como si ello fuera un timbre de gloria, como quien blasona de títulos de nobleza.

Y no es cierto que la condición de rocieros nos haga diferentes de los demás; mejores o

peores que los que no lo sois, ni conlleva distinción ni dignidad alguna.

Y pienso que te hemos ofendido, creyéndote incapaz de entendernos y contándote un Rocío de alegrías y desenfado, silenciando y escondiendo nuestras emociones.

Hemos repicado nuestro gozo, magnificando vivencias festeras de cantes y de bailes y de bien servidas mesas, con abundantes bebidas y con la sal y pimienta de la pajolera gracia connatural de nuestras gentes.

Y no te hemos mencionado, siquiera, la espiritualidad de esa alegría que preside la mesa.

Te hemos hablado del camino y hemos querido maravillarte con la descripción de aguafuertes y contraluces, en pinceladas de atrevido impresionismo y de escondidos y encantadores parajes y amaneceres plácidos y de embrujadas puestas de sol, al amor de la candela y con el contrapunto estremecedor de una guitarra dolorida.

Y nada te hemos dicho de la sencilla plegaria que su contemplación hizo brotar, húmeda y salobre, del más íntimo rincón.

Te hemos ocultado cada lágrima incontenida y las veces que sentimos que un nudo nos atenaza la garganta y un viento de nieve nos navega la columna vertebral y nos para los pulsos y hemos de cerrar los puños, hasta clavarnos las uñas en las palmas de las manos para no salir llorando como chiquillos.

Y hemos debido herirte mucho, cuando tan enconadamente te nos muestras y tan sin disposición para el acercamiento y para la reconciliación.

Pero, acaso, no es definitivamente tarde y algún día decidas acceder al lugar que Ella tiene a su lado para ti.

Perdónanos, amigo, si ha sido por eso por lo que has querido ver nuestra romería, llevando abierto solamente un ojo; el ojo de ver las sombras.

Porque la luz ha escapado a tu mirada y te has negado a ti mismo la belleza mágica de los contrastes y la granDiosidad formidable de una auténtica perspectiva.

Has cargado tu única retina abierta de instantáneas carentes de todo relieve y después has ido vendiéndonos en coplas y romances y has llevado tus apresuradas conclusiones a la letra impresa y hasta la pantalla grande de los cines del mundo, pienso que, más que por un puñado de monedas, o por el aplauso halagador de los fácilmente manejables, porque te has enojado mucho con nosotros, que no hemos sabido contarte toda la verdad de nuestra verdad auténtica.

Ven conmigo al rocío,
dame la mano
y dame tu consejo
de buen cristiano.
Vente al rocío
y míranos de cerca.
Vente al rocío,

que no somos tan malos,
amigo mío.

¡Palabra de rociero de Sevilla!

¡Aleluya!
Y Dios sembró la semilla
y la regó de rocío
y amor nació como un río
en el alma de Sevilla.
Sevilla se hizo barquilla
la mas rauda y marinera
que voló nuca a tu vera
para decirte ¡aleluya!
que quiere ser siempre tuya
esta hermandad rociera.
¡aleluya!
Contigo, siempre, señora,
en el calor y en el frío
y, al amparo del Rocío,
de tu gracia mediadora.
contigo, cuando mi hora
llegue al momento final,
y en tu ermita celestial,
doble ante ti la rodilla
de romero de Sevilla,
que tu amor hizo inmortal.
¡Aleluya!
y a ti, que diste cobijo
en tu cintura serena
al que el universo llena,
porque quiero ser tu hijo,
paso a paso me dirijo,
en pos de esa luz que brilla,
candorosa en tu mejilla,
y te traigo el ¡aleluya!
Con que te canta y te arrulla
tu rocío de Sevilla.
¡Aleluya!

Lectura del Santo Evangelio, según el sentir rociero.

Cuando llegó el lunes de Pentecostés, estaban todos reunidos en la plaza ancha.

Y se escuchó, de repente, un estruendo que nacía del interior de cada uno de los allí congregados, como de una ráfaga de viento que sopla con furia, e invadió la plaza donde se encontraban.

Y aparecieron como lenguas de fuego, que se repartieron y posaron sobre cada uno de ellos. Todos quedaron llenos del Espíritu Santo y comenzaron a hablar en la misma lengua.

Había allí gentes de todos los pueblos, de todas las clases y edades, de todas las condiciones y maneras de sentir y de pensar, que pertenecían a todos los estamentos que hay bajo la capa del cielo.

Y al producirse este estruendo, acudió un gran gentío y todos quedaron atónitos al oírlos expresar el mismo sentimiento.

Y, llenos de estupor, exclamaban: pero ¿no son labriegos estos? ¿Y estos hacendados y gobernantes y pescadores y carpinteros? ¿Y poetas y pintores, jornaleros, magistrados y músicos, servidores y señores y niños y ancianos...?

Y todos, como una sola voz, repetían a un tiempo las mismas palabras…

Dios te salve… Reina y Madre… de Misericordia… Vida, dulzura y Esperanza nuestra…

—Mirad, mirad —decían—: La Madre de Dios, la que es vida y dulzura; la que es nuestra esperanza, ha alcanzado el centro de la plaza, portada en su templete de plata sobre unas andas, hechas para ser llevadas por diez o doce personas, a lo sumo, y a las que van aferrados casi medio centenar de hombres jóvenes y fuertes, que defienden valientemente el puesto conseguido, vaya usted a saber con qué trabajos, y dispuestos a no dejárselo arrebatar por aquellos otros que, en número que supera el centenar, rodean el apretado grupo, buscando la oportunidad de entrar en él, sea como sea.

La lucha es titánica. No es posible la tregua, ni vale desmayar. La menor vacilación, el más insignificante descuido, puede suponer la pérdida del lugar tan duramente alcanzado.

Y, de pronto, uno de aquellos jóvenes, curtido por los duros trabajos y por el viento y el sol de estas tierras, sale como escupido del racimo que rodea a la Virgen. Y sale bañado enteramente en sudor, que se mezcla en su rostro con el mar de lágrimas que brota a raudales de sus ojos.

Rabia de coraje y de impotencia, porque le han faltado las fuerzas, o porque le han cogido en un descuido. Y siente vergüenza y una pena inmensa de sí mismo y no le queda más recurso que este llanto amargo y desesperado, que se confunde en su cara con el copioso sudor del sobrehumano esfuerzo.

Como una sola voz, los millares de miles de voces allí reunidas, continúan hablando y expresándose todos en la misma lengua.

…Para que seamos dignos…de alcanzar las promesas…de Nuestro Señor JesuCristo…

Como una sola voz y un mismo pensamiento y solo una lengua, en ese lunes de

Pentecostés de gloria…

Rezando la salve están
los romeros andaluces,
al compás del martinete
con el martillo en el yunque,
y en la fragua de sus voces
los corazones se funden.
Para rezarle a la Virgen,
no hay oración más sincera,
más gallarda y más valiente,
que la salve rociera.

Como en todas las misas, en esta nuestra, aun cuando no pasa de ser la febril ensoñación de un loco poeta, no debería faltar la obligada homilía. Mas no quiero ni debo rebasar las lindes que he marcado a mi propia osadía y he destinado esta parte de la celebración y en sustitución de la misma, a lo que ha de ser esencialmente mi pregón, que ha sido pensado como un canto al amor, y al perdón y a la convivencia

Pero entiéndase que no vengo a predicar amor, sino a cantarlo. No es tarea mía exhortar al perdón, sino enaltecerlo.

Porque la mía no es palabra de Dios, aunque en su amor la inspiro; es la palabra de un hombre sencillo, que gusta de ver en lo que es, dentro de lo que es.

Pienso que es en lo interior donde está la verdad y es allí donde hay que entrar y descubrirla.

Y vengo a hablar del amor, donde Amor tiene su asiento. Al pie mismo del lugar en el que Sevilla ha levantado el más portentoso monumento al Amor.

A la vera, al lado, junto al Señor del Amor. Casi dentro del Amor.

Allí, donde Amor sigue siendo Amor y se purifica y se eleva y se sublima y se nos hace imposible creer en el desamor, en la falta de amor, en la mercantilización del amor, en la negación, hermanos, del amor.

Amor está ahí y bien que lo sabe la Blanca Paloma que, en sus diálogos a escondidas con Él, mediadora siempre y abogada nuestra, no cesará de repetir, una y otra vez, su cantinela eterna: Que se les acaba el vino y que el pan les falta y que les falta Amor. Sigue, hijo, muriendo por ellos cada día, mira que se nos pierden, si se les muere el amor. Que sin amor, que empape mi Rocío, su sed no se apaga, su luz perderá claridades y sus caminos sin brújula, los apartarán de los lares que el Padre ha dispuesto. Sigue, Amor, muriendo por ellos de amor.

Y amor ha trascendido, invadiéndonos y es, rociero de Sevilla, el motor que anima vuestro quehacer cotidiano y es andadura y acampada y meta de la Hermandad.

Y amor se hace tómbola y se hace representación teatral y campaña navideña y

donativo anónimo o firmado y se hace sonrisa alentadora y cálida, y mano amiga y abierta, para llevar una brisa de amor a quienes parecen como olvidados y apenas si han sabido del amor jamás.

Y amor se hace coro, para cantarle al amor y llevar allí donde sus voces alcanzan un sencillo y hermoso mensaje de amor del Rocío de Sevilla.

Y amor magnifica la más acendrada institución española, que ha sido a través de los siglos, la base y la causa del estilo y de la manera de ser de nuestras gentes; la familia.

Y tiene amor, en el seno de la hermandad, olor y calor de hogar y sabor a pan de buena harina, partido por el padre, como amor y con amor, compartido con la esposa y con los hijos.

¡Qué formidable empeño, qué horizonte de esperanza se abre a vuestro propósito, a vuestro afán!

Cierto es que la maleza es mucha y sus raíces conmueven el firme del viejo camino en el que andáis, pero puesta ha sido la primera piedra para su reconstrucción y contáis con el herramental suficiente y nada frenará la tarea emprendida, con vuestro caudal de amor y vuestra capacidad para el perdón.

No os detengan barreras, ni montañas, ni abismos.

No oigáis al que duda, al que no sabe confiar.

No os duela la incomprensión, ni os importe que os nieguen hasta el derecho a soñar.

No os neguéis a vosotros mismos, ni pongáis frenos al impulso del corazón.

En el camino estáis y os digo, hermanos, que habéis elegido e1 camino cierto.

¡Palabra de rociero!

Creemos, dice vuestra oración sin palabras.

Creemos

Y es credo de fe, este silencio casi mágico que nos envuelve y que se ha colgado, como tupida enredadera, en las cuatro esquinas de este ideal recinto.

¡Creemos!

Y te sabemos, Padre todopoderoso, en el naranjo y en la piedra antigua y en la vara barroca de nuestro hermano mayor y en la llagas de los pies desnudos de los peregrinos y en la medalla con cinta de seda de nuestras hermanas.

Creemos, Señor JesuCristo, porque creemos en la luz y Tú eres la luz, cuya llama prendiera el Espíritu en la sangre de la que por tú madre, Tú nos has legado y con el Espíritu es Blanca Paloma, Madre y Reina nuestra y es nuestro Rocío.

Yo te he visto, rociero,
con tu chiquillo en los brazos
y acercárselo a la Virgen
hasta rozarle su manto
y te bañaban la cara
los canales de tu llanto.

Ibas pensando en el día,
en tu padre que te dijo,
guarda esta fe que te entrego
para dársela a tus hijos.

¡Creemos!

Y son credo de vuestra fe las risas de aquellas chiquillas, acogidas en las Hermanitas de la Cruz, que este mismo febrero llevasteis al Rocío, para que vieran por vez primera el rostro de la Blanca Paloma.

Y vuestra marcha blanca del pasado mes de julio y la peregrinación de octubre. Y cada jornada de acercamiento entre los hermanos. Y la labor de las mujeres en la hermandad.

Estas madres rocieras,
no saben cantes de nanas
y duermen a los chiquillos
con aires de sevillanas
y el padre lleva el compás
con el tambor y la gaita.
Y los niños en la cuna,
con las palabras primeras,
ya saben decir el nombre
de la virgen rociera.

¡Creemos!

Y es credo de fe en el Espíritu Santo, vuestra celebración de la festividad de Pentecostés en el lunes triunfal de la romería, aclamando a la Virgen como Blanca Paloma, porque llena fue de la gracia por el Espíritu.

Que Dios te salve, madre mía,
y que el Señor sea contigo,
Paloma de la alegría.
Bendito es tu nombre siempre
y el zagalillo que te abraza
y que es fruto de tu vientre.
Ruega, Paloma del Rocío,
porque te quiera hasta la muerte
con tos mis cinco sentíos.

¡Creemos!

Y vuestro credo se eleva reverente en el seno de la Santa Iglesia, acercando a vuestros hijos a la verdad y haciéndoles sentir el noble orgullo de llevar sobre su corazón la

medalla, que es símbolo de vuestra unión y de vuestra fe.

El niño estrenó medalla
de la Virgen del Rocío
y apuntó el nombre y la fecha
en el cuaderno de un pino.
Y el niño le dijo al árbol
cosas que no comprendimos,
porque solo las entienden
los árboles y los niños.
Quizás, el tiempo le borre
este recuerdo al chiquillo,
pero su nombre, ya siempre,
se queda en el pino escrito.

¡Creemos!

Y, porque creemos, esperamos la resurrección y en nuestro vivir de cada día, disponemos el costo para el último camino.

Para el rocío final,
tiene el cielo una marisma
y en la procesión del lunes
de la eterna romería,
tiran cohetes de amor
los romeros de Sevilla.
y todos le llevan ramos
de amapolas y de espigas
y el cielo entero se llena
de cantares y de risas
y de velas de promesas
y de antorchas encendidas
y el credo le abre las puertas
al Rocío de Sevilla.

Ofertorio

Te traigo, Señor, te traigo
una ilusión que he perdido,
un sueño que no he soñado
y todo mi gran vacío.
vengo a ofrecerte, Señor,
lo mejor que hay en mí mismo;
mis versos, mis esperanzas…
y mi dolor del camino.
poco tengo que ofrecerte
y mucho es lo que te pido,
si es mucho pedirte solo
lo que tú me has prometido:
quisiera ser como ellos,
mis hermanos, mis amigos
de la hermandad de Sevilla
de la Virgen del Rocío.
Ellas, mujeres de veras.
Ellos, hombres bien nacidos,
que se han cogido las manos
—yo contigo y tú conmigo—,
y ante la Blanca Paloma
juraron su compromiso.
Quisiera ser como ellos
y traerte, pastorcillo,
a mis hijos y que tú
te los llevaras contigo
a coger por las marismas
margarita, junco y lirio
y que los prenda en su pelo
nuestra madre del Rocío.
Quisiera… y este «quisiera»
se me escapa en un suspiro,
en el sueño no soñado,

en la ilusión que he perdido
de árbol que no da sombra,
ni da fruto, ni cobijo.
árbol que nació sin ramas
y no pudo tener hijos,
ni dio nunca otra cosecha
que estos versos malheridos
por una vida olvidada
en un camino vacío.
poco te traigo, Señor,
¡qué pobre ofertorio el mío!
Ni un triste libro, ni un árbol,
ni la semilla de un hijo.

Santo, Santo, Señor. Tú eres Santo.

Y la palabra se desprende en vuelo de los labios, poblándolos de dulzores y se alza sobre el valle y la vega y sobre las marismas anchas y abiertas, que repiten sus ecos, cantando el himno de tu gloria. Santo, Santo, gritan lucero, sol y luna. Y el reír del arroyo y el retardado caminar de la nube y los coros cantores de las aves todas de la tierra.

Y las olas de la mar en calma escriben, por los siglos, tu nombre en las arenas tostadas de la playa, con la salada blancura de su espuma rizada.

Y los campaniles pequeños de aquella aldea —en la que tu grandeza cabe en una breve zamarra de pastorcillo— repican al viento, con amor infinito, su hosanna al que viene en nombre del Señor.

Hosanna, se arrancan por sevillanas el caramillo y el tambor y el revuelo multicolor de las faldas de las muchachas que, en su risa encendida y gozosa, entonan el grito de alza con el contrapunto, acompasado y recio, del redoblar de los botos camperos de sus galanes.

Y te cantan, el romero florido y el sencillo lirio, escondido en la retama, y se le une la voz fresca de menta del verde poleo y la estirada y alta del pino, que no aprenderá nunca a arrodillarse.

Por escaleras de aire
los pinos llevan al cielo
ofrendas para la Virgen
que le hacen los romeros.
Promesas del que camina
descalzo por el sendero
y todo lo que no dicen
los que pasan en silencio.

Y el chirriar monocorde y machacón de las viejas carretas te canta y el sudor acre y fuerte del paciente boyero y el cohete fugaz, que en su carrera arrastra los corazones de todos de los que tú amas y los prende del cielo, como margaritas de fuego, que estallan inesperadamente y sobrecogen y divierten a la chavalería, que en el fulgor de sus ojos, te cantan su hosanna de candor y de gozo.

Y los ecos acercan las voces cansadas del anciano abuelo, que hubo de renunciar y, por primera vez, ha faltado este año a su cita con su reina en las marismas y, calladamente, allá en lo hondo de su corazón, desgrana con añoranza, un largo rosario de hosannas y de vivas a la Virgen del Rocío.

Fue al Rocío tantos años,
que ya ha perdido la cuenta
y sabe que no irá más,
porque le faltan las fuerzas.
ya el abuelo se durmió
y sonriendo entre sueños,
sueña que lleva a la Virgen
por los cielos marismeños.

¡Hosanna!

•••Y siguiendo su divina enseñanza,
nos atrevemos a decir •••

Padre nuestro que estás en el cielo y que llenas de aromas el ámbito de este oasis de amor en la tierra, en el que se respira a Ti y el aire tiene tu sabor, que se expande en arriada purificadora hasta el más escondido rincón del vivir y del hacer y el soñar, de estos hombres y mujeres rocieros de Sevilla, que en ese nuestro soñar y en nuestro hacer y vivir, gloriamos la santificación de tu nombre, en la espera de la venida de tu Reino.

Y, en nuestro peregrinar sobre la huella de la que Tú has enviado para hacernos camino, plena de tu luz y que es luz y rocío de gracia de nuestra andadura, avanzamos al amor de su amor y al solo impulso de tu voluntad que, aquí en la tierra, es siempre cumplida como en el cielo.

A punto estamos de echar a andar y el costo para las muchas jornadas previstas, ha sido dispuesto a falta solamente de nuestro pan de cada día y el pan de nuestros hijos y de nuestros hermanos de todas las razas y de todos los pueblos, sean cuales fueren sus nombres y su color y su idioma.

El pan de cada día, Señor; el pan de todos, que a tantos no les alcanza. Repite, Señor, el milagro de la multiplicación, mas no obres tu prodigio en el pan. Tómanos en tu mano y multiplica el amor.

Llénanos de amor, inflámanos de amor.

Que amor renazca, Señor, y habrá pan para todas las hambres.

Hambres de pan, hambres de amor, hambres de paz y de perdón.

Repite cada día, cada jornada, tu milagro y multiplica el amor.

Haznos capaces para el perdón. Que una y mil veces demandamos el tuyo y no acabamos de darnos cuenta de que no hemos aprendido aún a perdonar. Y es el hermano el que nos grita, es la voz del amigo, o esa voz que nos hiere, porque no nos comprende, porque no conoce nuestra verdad, o porque no hemos permitido que se nos acerque.

Otórganos capacidad para el perdón, que disponga nuestro corazón para acoger a los que bien nos llegan y a los que en la sombra nos acechan. A los que nos tienden la mano y a los que han rechazado la nuestra.

No nos dejes caer en la tentación de creernos mejores, de proclamarnos mejores y líbranos de todo el mal que podemos causarles, cuando nos escandalizamos de su incomprensión, porque han lanzado contra nosotros la primera piedra y no intentamos enseñarles el camino.

Padre nuestro que estás en el cielo y que nos has llenado de tu gracia con la mediación preciosa de la que Madre nuestra es y será Rocío celestial y Blanca Paloma de Paz y de Amor, bendice a esta tu gente, a esta Hermandad del Rocío de Sevilla, y concédenos a cada uno de sus hermanos, que en último camino podamos depositar a las plantas de la que es nuestra reina esta sencilla y sincera ofrenda.

Cuando venía pa el rocío
corté una rama de romero
que de amor se ha florecío.
y recogí por el sendero
a uno que no te conocía
y es ya tu mejor romero.
Esta es la ofrenda sencilla
de los jardines del alma
de la hermandad de Sevilla.

Cordero de Dios que quitas los pecados del mundo, ten piedad de nosotros y danos la paz.

Y con solo decir: ¡viva la Virgen del Rocío! Se acercan las manos unas a otras y del horizonte escapan los malos presagios y el grito de la gente rociera es el daos fraternalmente la paz y lazo de unión desde siglos atrás.

Unidos permaneces y aquí nos ves, en tu redil sevillano, donde el Rocío es presencia y es esencia y todo sabe ya, huele y habla, de la Blanca Paloma por sus cuatro costados.

Unidos, cuando al final de la misa, salga del templo en su retablo pequeño del simpecado, la sin pecado nacida, la siempre virgen, la pura y limpia, la que es Madre Bendita de Dios y Madre nuestra.

Unidos para tocarle las palmas y decirle viva y ole y guapa, cuando sea elevada

devotamente hasta su carreta de plata y el saludo de la «Marcha Real» le rinda honores y repiquen a gloria las campanas todas de los campanarios de nuestros corazones.

Unidos día a día y cada momento del largo caminar.

En la misa de Alba y en la hora del Ángelus y en el rosario silente de cada noche.

Y en los cantes por sevillanas, cuando los labios cantan y cantan las manos, al tiempo que lloran los ojos y el alma, estremecida, llora.

Y, unidos en la mesa familiar, en la que todos caben y todos comparten el pan y la sal y el vino suave y fresco, con olor a tierra nuestra, que es la tierra de Ella, tierra de María Santísima.

La paz sea contigo, hermano. Acepta mi paz fraternal y acepta mi mano y esta copa de vino y ¡viva la Virgen del Rocío!

Déjame llenar tu copa,
que quiero brindar contigo
con el vino de mi tierra
que le guardo a los amigos.
Lo mejor mío te di
en cada sorbo bebido,
que no se da vino solo
en una copa de vino.
Con él te va un corazón,
frágil como el mismo vidrio
en el que va y suavemente
perfumado como el líquido.
Igual levanto mi copa
por la Virgen del Rocío,
que brindo, sinceramente,
por la salud de un amigo.
El brindis es oración
y es ofrenda y compromiso
de entrega sin condiciones,
en la que se da uno mismo.
Entre gente rociera,
el brindis es como un rito.
Ni se bebe por beber,
ni lo que cuenta es el vino.
Lo que importa es entregarse,
lo mismo que se dio Cristo
y, repartir sorbo a sorbo,
la alegría que sentimos.

y nos damos con un viva
a la Virgen del Rocío
y la mano limpia y clara,
como el claro cristal limpio.
Contigo sea la paz,
que en esta copa de vino,
va lo mejor de la tierra
y mi corazón de amigo.

Es este el tiempo de la Comunión que he reservado para vosotros, jóvenes de la hermandad —tan cercanos aún a la infancia— y a los propios niños, alguno de los cuales, quizás, ha recibido por primera vez el Cuerpo de Cristo en este mes de mayo.-

En vosotros he inspirado mis palabras, porque debéis sentir latente y viva la emoción de ese día y porque en vosotros tiene depositadas sus esperanzas la hermandad, vuestra hermandad y sois la semilla, ya germinada y florecida, de su futuro, de su mañana.

He querido guardaros este momento sublime porque, con igual ilusión a la que ponéis en el deseo de haceros hombres y mujeres, nosotros, los que ya dejamos atrás esos sueños, quisiéramos volver a ser jóvenes, regresar a la infancia. Pero, eso sí, dejando en el camino de retorno a esos inolvidables años todo el bagaje de impurezas y de pasiones y de tristes fracasos que, a lo largo de nuestra ir de cada día a ciegas por la vida, hemos ido acumulando.

Y os imitamos, jóvenes, os copiamos en cada comunión de cada misa —limpio el corazón y liberada la conciencia de opresiones—, acercándonos a la Eucaristía con la sencilla ingenuidad de los niños. Y dialogamos —labios adentro— con el Jesús Pastorcillo y nos sentimos próximos a Él y acunados como Él en el regazo maternal de la Virgen Santísima del Rocío.

Os imitamos, sí, y volvemos por unos momentos a esa infancia feliz, perdida sin remedio, y a la que solo a los limpios de corazón les es dado regresar.

Por eso he reservado el tiempo de la comunión para vosotros, los jóvenes, y para los más niños y para ese otro niño —recién nacido casi— de la Roma de nuestra fe, al que no hace aún un mes, le arrebataron la vida y ha vuelto a ella nuevamente. Niño bondadoso, limpio de pecado y de toda mancilla, sin camino ninguno recorrido y sin haber aprendido de rencores ni oDios y sin saber de maldades, ni de agravios ni ofensas. Y que ha tornado al vivir con una sola palabra sabida; ¡PERDÓN!

Niño como vosotros, con el alma en los ojos y en la voz y en la piel.

Más de una vez, os han de preguntar por qué somos rocieros.

Responded siempre con esta sola razón, aunque tengáis otras muchas: «porque hemos aprendido a volver a ser niños y nuestra es su alegría». Porque al recibir la comunión, aquí en nuestra Iglesia del Salvador, delante del simpecado de la Blanca Paloma y, allí, ante su imagen bendita en las marismas, nos es dado a Dios-Niño, a Cristo, aún no

crucificado, aún no lastimado por la indiferencia y por la incomprensión y por la falta de amor.

Y, en adelante, cuando veáis a los mayores caminando hacia el altar de la celebración, para recibir la Sagrada Hostia, miradles a los ojos y veréis cómo, en su mirada, brilla una luz semejante a la luz que brilla en los vuestros.

Esa es la luz que ilumina al Rocío y en ella está su verdad y su triunfo y no habrá viento que pueda apagar su llama, que ya es hoguera en vuestro mirar, juventud rociera de Sevilla, que la habéis recibido indemne del amor y el ejemplo de vuestros padres y que habéis de preservar y mantener encendida siempre y siempre viva, hasta que os llegue el relevo en vuestros hijos y en los hijos de vuestros hijos.

Hemos llegado al final de la misa, pero es Misa de Romeros de la Blanca Paloma y no hemos de ponernos en camino, sin antes entonar para Ella, para su gloria y para alborozo y alegría de nuestros corazones, la Salve de nuestro amor y de nuestra esperanza.

¡Dios te salve!
Blanca Paloma y Reina Marismeña.
Madre del Salvador
y Salvadora nuestra.
Rocío de la gracia y de la luz
que has vencido al poder de las tinieblas
y eres vida, dulzura y esperanza
de la fe rociera.
¡Dios te salve!
tu hermandad de Sevilla
ha puesto en ti su confianza plena
y buscando tu rostro,
en el que mansamente el alma se serena,
se adentra sin temores ni recelos
por tu abierto horizonte sin fronteras.
Atiende nuestras voces,
que a tu celeste palomar se elevan
a implorar que nos muestres el camino
y que nuestras carretas
no abandonen el rumbo de tu norte
en el valle de llanto de la tierra.
¡oh! tú, la valedora y abogada,
la mediadora nuestra:
vuélvenos tu mirada,
fontana de ensoñadas transparencias,
donde la sed se apaga
y la esperanza y el amor comienzan.

y al final del sendero,
cuando unidos llegamos a tu aldea,
muéstranos a Jesús, tu pastorcillo,
que el aprisco dejó de la marisma eterna
y en tu cintura virginal sembró
su trigal de eucarística cosecha.
¡Oh! dulce, clementísima y piadosa,
madre del Salvador y Salvadora nuestra,
siempre Virgen María:
ten piedad de la gente rociera
y ruega al padre eterno,
para que nos alcancen sus promesas
y en el último lunes,
cuando de par en par nos abran las cancelas,
la Hermandad del Rocío de Sevilla
quiere ser la primera
en llegar hasta el trono de tus andas,
con las manos abiertas
y cargarte en sus hombros para siempre,
como en el fondo de su ser te llevan.

¡Rocieros de Sevilla!
¡La Misa de Romeros ha terminado!
¡Podemos ir al camino en paz!

La Romería del Rocío en mi copla
Círculo cultural Rociero de Triana

Señora
Señor Presidente y
Miembros de la Junta Directiva
del Círculo Cultural Rociero de Triana,
señoras y señores,
amigos todos:

Como no tengo medalla,
cuando vengo de romero,
hay muchos que se figuran
que yo no soy rociero.
Y a serlo tengo derecho
porque a esa Virgen bendita,
en mi corazón le he hecho
con mis coplas una ermita
y está viviendo en mi pecho.
Todos los romeros llevan
su medalla con orgullo,
algunas son de oro y plata
y otras sin valor ninguno.
Esta que tú me has traío
no me importa lo que vale,
porque soy un convencío
de que todas son iguales
pa la Virgen del Rocío.

Ocurre que yo soy un rociero de ayer, como quien dice, y no tengo, no tenía, medalla rociera cuando escribí esta copla para ser cantada por sevillanas. Posteriormente, me han regalado dos, pero sigo sin pertenecer a ninguna hermandad porque me gusta creerme que pertenezco un poco a todas: hermano de esa gran hermandad que forman cuantas han nacido para honrar a la Virgen y rendirle culto bajo una misma advocación: ROCÍO.

por la mar la llama Huelva
y Sevilla por el río
y en su barquito velero
va la Virgen del Rocío.
Que la nave capitana
tiene una vela de Huelva
y otra vela sevillana.
Sevilla velaba a Huelva
cuando Huelva se dormía
y Huelva se desvelaba
pa que durmiera Sevilla.
Del cielo bajó una estrella
y se quedó en las marismas
pa poder velar por ellas.
De las cosas del Rocío
la que más me maravilla
es el abrazo de hermanas
que se dan Huelva y Sevilla.
y hasta la Virgen suspira
y se le asoma a los ojos
la gloria cuando las mira.
Huelva no se ha molestao
ni Sevilla se ha ofendío
y todo acaba en un viva
a la Virgen del Rocío,
que en esta tierra divina
las rosas son como todas
pero no tienen espinas.

SEVILLA y HUELVA, como dos anchurosos afluentes que arrastran el encendido amor de casi la totalidad de ambas provincias: pero no los únicos, porque en el portentoso caudal que corre hacia La Blanca Paloma, se funden y se confunden aguas de muy distintos viveros de la geografía andaluza y española y, hasta en ocasiones y por especiales circunstancias, remansadas de más allá de nuestras fronteras.

Lejos de España, un romero
soñaba una fantasía.
Soñaba que iba pal monte
un día de romería.
Por simpecado llevaba

un corazón de chiquillo
que sin mancha conservaba.
no me voy solo de España
porque me llevo conmigo
una medalla en el pecho
de la Virgen del Rocío.
la Virgen que lo sabía
se pone su manto nuevo
para darme compañía.
que me perdone Sevilla
si canto mis sevillanas
con este sabor amargo
del aire por colombianas.
Que en estos cantares vuela
un corazón rociero
que está lejos de su tierra.
Tres cariños en España
yo me dejo repartíos
que son mi madre, mi patria
y mi Virgen del Rocío.
Vaya tres cariños grandes
para no sentirme solo,
patria, devoción y madre.

Porque quien se llena de la gracia de la devoción a la Reina de las Marismas, no abdica de ella jamás ni sabe de distancias ni de separaciones.

A veces, esta devoción tarda en calar, porque son muy distintos los caminos que conducen a los pies de La Paloma. Y, a muchos de estos caminos, los alarga la incomprensión o los estrecha la desconfianza o los obstaculiza la ceguera. Pero un día cualquiera, comenzamos a ver claro y a llenarnos de fe y abrimos confiadamente las puertas del alma a este nuevo amor para que en ella arraigue. Y ya no hay fuerza, no hay viento ni marea, que pueda conmoverlo.

Yo soy un rociero sin tradición, ni familiar ni personal, pero lo soy por convencimiento pleno y sin reservas de ninguna clase.

Rociero accidental, que llegó al Rocío a través de la copla y que se ha servido de la copla, poeta al fin y al cabo, para cantar y contar el Rocío; su Rocío

Séame permitido, todavía, hacer un poco de historia de mi incorporación al sentir rociero, para completar mi retrato de romero de la Virgen y justificar mi presencia aquí, atendiendo la generosa invitación de vuestro delegado cultural don José Luis de la Rosa y para agradecer la exquisita elegancia de Manolo Lozano, que me ha presentado con

palabras de amigo y me ha llevado a una altura que, para merecerla, me va a ser muy necesaria la protección amorosa de ella y, para ser digno de vuestra atención, mis amigos, pendientes ya de mi sencillo verbo:

Escribía yo, hace solo unos años, coplas para unos amigos, excelentes cantaores y rocieros ejemplares, (de los de hacer en silencio), que cantaban por el gusto de cantar y que, enamorados de siempre del Rocío, manifestaban una decidida preferencia por los temas referidos a su ámbito, a la Blanca Paloma, a su influencia y a su gracia: Los Giradillos. Unos de los más exquisitos y singulares intérpretes de nuestros cantes, que no quisieron comercializarse y que, un día cualquiera, inesperadamente, rompieron con todos los lazos que pudieran atarlos a la profesionalidad.

Ellos hicieron que abriera un hueco en la temática de mis coplas para dar cabida a los motivos rocieros y fueron, gracias a ellos, tomando forma unas primeras sevillanas en las que contaba hechos, anécdotas y vivencias, que yo no había vivido:

Las camapanas de Almonte
se han vuelto locas
y están de noche y de día
toca que toca.
Porque han sabío
que viene de visita
la del Rocío.
Los romero de Almonte
la han convidao
y como es tan cumplida
no se ha negao.
Deja su ermita
y con los almonteños
va de visita.
Vestida de pastora,
cuando salía,
la arena del camino
se florecía.
Y en el sendero.
Le nacen amapolas
por el sombrero
tomillo de los montes,
lirios del valle,
subirse por su pecho,
cuando ella pase.
Que no me llore
pensando en la casita

de sus amores.

Así contaba yo el traslado que últimamente se viene efectuando cada siete años y que, entonces, yo aún no conocía.

Un pastorcillo dice
que en el Rocío
una linda zagala
se ha aparecío.
Y esa pastora
es la Madre del Cielo,
reina y señora.
que la alondra no cante,
que calle el río,
campanillas del aire,
no hacer ruío.
Que solo suenen
voces que, al anunciarla,
del cielo vienen.
Dios mío, en la marisma,
¿qué habrá pasao?
¿Que el cielo, de repente,
se ha iluminao?
Es que en el suelo
una paloma blanca
paró su vuelo
milagro en la marisma
sobre la arena
de pronto ha florecío
una azucena.
Corran pastores
para ver a la reina
de toas las flores.

Era otra de las coplas de entonces, en las que cantaba la aparición de la Virgen, tema que he vuelto a tocar una década más tarde, cuando ya conozco el Rocío más a fondo.

También he descrito el camino en coplas no hace mucho, después de haberlo vivido por primera vez el pasado año, y solo a medias, pues el regreso lo hice cómodamente en mi coche.

De aquellas primeras coplas sobre el camino, recuerdo una que decía:

Del camino del rocío
cuánto se puede decir.
La gente cuenta y no acaba
y el cuento no tiene fin.
Una candela encendía,
en una noche sin sueño,
y a las claritas del día
ese cuchillo pequeño
de una coplilla sentía.
Qué orgullosa va mi jaca
pisando fuerte al andar
porque llevo a una morena
que no se puede aguantar.
Se ha desmandao un utrero
y la jaca se me inquieta.
lo quito con el sombrero
y un ole de las carretas
me gritan tos los romeros.
En la baranda de palo
del puente del ajolí
estabas mirando al río
y yo pasé por allí.
En el agüita nos vimos
cuando me puse a tu vera,
tan prontos nos comprendimos
que, sin hablarnos siquiera,
las cosas que nos dijimos.

Coplas nacidas al dictado de mis tan buenos amigos, que han sido como el abecedario de mi nueva devoción, que a ellos les debo. Porque tuvo sus principios en la necesidad de conocer de cerca, de palpar el espíritu de aquello que había de cantar y que fue despertando mi curiosidad y se cambió, finalmente, en perplejidad y sorpresa.

Yo fui una primera vez a la romería y he de confesar que no tuve oportunidad de aprender nada que ya no conociera. Fue precisa una segunda y una tercera romería, para dejar de ser un mero espectador y convertirme en un rociero más.

Aquella tercera romería fue, en verdad, mi primer Rocío. Unos años más tarde, lo he contado en una copla, esta vez más sincera, más del corazón, porque hablo en ella de una experiencia vivida e inolvidable:

Era mi primer Rocío
y no le recé a la Virgen

porque a esa Blanca Paloma
no supe lo que decirle.
Un romero que allí había,
no le rezaba oraciones,
sabe Dios qué le diría,
que lloraba a borbotones,
y la Virgen sonreía.
Mucho da todo el que ofrece
una copa en el rocío,
con el fruto de la tierra
va el corazón de un amigo.
Dicen que todos los días
puede aprenderse algo nuevo,
tú ya sabes, madre mía,
que del rocío me llevo
buena lección aprendía.
Yo te he visto, rociero,
llevar a tu madre del brazo
y, ante la Blanca Paloma,
rezar los dos el rosario.
Cuando la tierra sembrabas
con oraciones de trigo,
la virgen te contemplaba
y, jardinera contigo,
con rocío la regaba.
Bendito sea el que tiene
fe por la Blanca Paloma
y hace el milagro diario
de consolar al que llora.
Puede que no seas creyente,
pero acabas convencío,
si te arrastra la corriente,
de ese amor que en el rocío
va derramando la gente.

Fue mi primera sorpresa y, antes que la sonrisa recatada y dulce de la Virgen, me cautivó la fe de los rocieros auténticos, a los que aprendí a conocer de golpe y sin posibilidad ya de error, como si llevaran un sello especial que los distinguiera entre la masa de gente que va al Rocío. Yo mismo comencé a no sentirme extraño, desfasado, fuera de lugar: había llegado al Rocío por el camino de la copla y habría de ser la copla la

que me atara al Rocío para siempre. Porque, al comenzar a conocer el espíritu y el verdadero sentido de la Romería, empezaba a darme cuenta también del valor que en ella tenía la copla, de su importancia. Tan necesaria y trascendente creo a la copla en aquella formidable manifestación de fe y de amor a la Virgen, que no parece posible disociarlas. Tan perfecto es el ensamblaje devociónalegría, copla-Rocío, que me resisto a imaginar la romería sin la copla, como no puedo concebirla tampoco sin la presencia de la imagen bendita da la Reina de las Marismas.

Ya está todo dispuesto
para el camino
y empiezan su andadura
los peregrinos.
¡Con qué alegría
van rezando entre dientes!
¡Avemaría !
un adiós en silencio
de blanca seda,
que es suspiro en los labios
del que se queda.
Como un rosario,
desgranan su repique
los campanarios.
Y la vieja parroquia
muda ha quedao,
herida por ausencia
del simpecao.
Se ha estremecío
viendo como se aleja
la del Rocío.

El nuestro es un pueblo que, cuando se pone a querer, se entrega plenamente sin regateos, con todos sus resortes sentimentales. El amor, para nosotros, es a la vez alegría y dolor; es llanto y amargura y risa fresca. Lloramos de alegría muchas veces y el abandono y la soledad nos ponen líricos y, echándonos el mundo a la espalda, rompemos de un manotazo con la pena y nos abandonamos filosóficamente a soñar, para la expresión sincera de todo este mundo de sentimientos que no sabemos mantener ocultos, y sentimos la necesidad de gritarlos a los cuatro vientos, no sabemos de un medio mejor que la copla.

Me gusta decir Rocío,
santa palabra,

que tiene el sabor a menta
de la esperanza
y es suspiro y es caricia
por la garganta.
Tu imagen, Blanca Paloma
de luz dorada,
se adentra por los senderos
de la mirada
y queda grabada fuego
dentro del alma.
La brisa de las marismas
se hace campana,
repique de castañuelas,
tambor y gaita
y el eco en los corazones
se hace plegaria.
Se alargan todas las manos
para tocarla,
rozarle vestido y manto,
varal de plata,
sentirnos venas adentro,
correr su gracia.
Rocío, Rocío,
¡ay! mi Rocío,
que en mis labios te llevo
y en mis cinco sentíos,
Rocío.

Nuestro pueblo, para contar su dolor o su alegría o su desesperanza o su ilusión infinita, le pone a la voz melodía y es, entonces, cuando se siente más capaz, cara a cara a la Virgen de sus amores, para decirle «guapa»: o decirle «te quiero», o decirle «Madre, que me está haciendo mucha falta que Tú me eches una mano».

Quienes piensen en una romería sin la copla y hablen de una romería en la que solo tengan cabida los actos religiosos, cometen dos tremendos errores: el primero, al pretender que nuestro pueblo se manifieste encubriendo su verdadero espíritu con un velo de hipocresía, porque no es así como sentimos nosotros. El segundo, y más lamentable, al no saber ver de esa copla su hondo sentido espiritual y religioso.

Posiblemente, en otras latitudes, sepan rezar calladamente y pongan todo su amor en sus plegarias silentes. Serán más recogidas, si se quiere, estas oraciones, pero no por ello más devotas. Igual a su manera, de acuerdo, pero no con más fe, con más cariño y con

mayor entrega. Religiosidad y alegría son clarísimos y hondos sentimientos de nuestro pueblo y es precisamente la copla el nexo que los hace inseparables.

De nuestra honda e inconmovible fe, nace esa alegría multicolor que nos hace cantar y nos impele a reír, aun cuando en nuestros ojos brille una lágrima tibia y dolorida, que es como el marchamo de autenticidad de la íntima felicidad de los limpios de corazón.

Cuando sueño de noche,
yo soy un río
que no tiene más agua
que tu rocío.
Muy de mañana,
cuando el alba se asoma,
por mi ventana
te saludo, paloma,
por sevillanas.

Tú que sabes, señora,
mirar por dentro
sabes bien las espinas
que hay en mi pecho.
Yo estaba herío
cuando vine a tu ermita;
sano he salio
con el agua bendita
de tu rocío.

Y es que la copla en el Rocío deja de ser copla, se sublima, se hace plegaria. O, tal vez, es la plegaria la que se hace copla para rezarle a la Virgen.

Pero esto no lo hemos inventado nosotros. Es cosa de todos los tiempos, de todos los pueblos y de todas las creencias. El Padrenuestro, la oración de Cristo, se hace copla para ser cantada con música gregoriana en las grandes solemnidades de la Iglesia y al son de campanilleros en la capilla pequeña de la Esperanza de Triana y con el aire gracioso de las sevillanas en toda la geografía de la gente rociera.

Padre nuestro, que estás en los cielos
y estás en la entraña
de cada rincón marismeño.
Tu nombre, que es santo,
florece en los labios del pueblo,
que en ti se confía
esperando la luz de tu reino.

Rocieros, que escuchan tu voz
igual que en el cielo.
Haz que grane la espiga en la tierra
que tanto queremos
y danos el pan de este día,
si lo merecemos.
Y perdona, Señor, nuestras culpas,
que, aunque somos de barro y caemos,
perdonamos también
a quien siembra de espinas el largo sendero.
No permitas que la tentación
nos ciegue de nuevo
y libera a tu pueblo del mal,
líbranos,
libra del mal a tu pueblo.

Nosotros no lo hemos inventado; nos hemos limitado a ponerle un contrapunto de palmas y un fondo de guitarras, ese instrumento del que se ha dicho que tiene formas de mujer, pero que sabe llorar con voz de hombre.

Tenía que ser así, porque, si de nosotros se cuenta que hablamos con las manos, no puede esperarse que estas, las manos, se mantengan calladas, quietas, indiferentes, cuando estamos diciendo algo tan importante como un requiebro o como una oración. Forzosamente, han de moverse solas, con absoluta autonomía y no es posible, en manera alguna, para el que canta, impedirle a las manos que digan lo suyo, lo que tienen que decir.

Y, necesaria, también inevitable, es la guitarra, porque en el haz de sus seis cuerdas están comprendidos perfectamente los registros todos de nuestra manera de sentir: desde la prima, que es el agudo de nuestra alegría, hasta la desgarrada hondura de la emoción escondida, que se enreda serpenteante, alma arriba, por los oscuros caminos del bordón.

Pero hemos de observar que, no por ello, la copla se ha apartado de la pauta que marcara la oraciónMaríana por excelencia: el Avemaría. Y, como el Avemaría, antes de hacerse súplica, solicitud, demanda, es piropo y es flor, canto de alabanza:

Dios te salve, María,
llena eres de gracia,
el Señor es contigo
y bendita tú eres
entre todas las mujeres.

Y la delicadeza de un halago para el hijo que llevó en sus entrañas:

Y bendito es el fruto de tu vientre, Jesús.

Detrás de toda esta suerte de requiebros, vendrá la verdadera oración; la petición de favor:

Ruega por nosotros, pecadores,
ahora y en la hora de nuestra muerte.

Y en la copla, con el compás alegre de guitarras y palmas, se ofrecen a la Madre, las mismas alabanzas y se suplican idénticas mercedes:

Que Dios te salve, madre mía
y que el Señor sea contigo,
Paloma de la alegría.
Bendito es tu nombre siempre
y el zagalillo que te abraza
que es el fruto de tu vientre.
Ruega, Señora del Rocío
pa que te quiera hasta la muerte
con tos mis cinco sentidos.
Aquí venimos a cantarte,
Blanca Paloma inmaculada,
romeros de todas partes
es la oración de cada día,
que en nuestro pecho es un suspiro
diciéndote Avemaría .
Con un repique de campanas
nuestra plegaria te cantamos
con aire de sevillanas.
Cuando venía pa el Rocío,
corté una rama de romero
y al verte se ha florecío.
Y recogí por el sendero
uno que no te conocía
y es ya tu mejor romero
porque entre todas las mujeres
tú eres bendita, madre mía
y llena de gracia eres.
Ya va saliendo de la ermita
sobre su trono de cariño
la madre de dios bendita.

En la marisma hay un revuelo
porque una banda de palomas
volando bajó del cielo.
Y una corona le han traío
hecha de rosas y de estrellas
a la Virgen del Rocío.

Habrán advertido que me he permitido hacer uso exclusivo de coplas de mi propia cosecha, sin recurrir a otros autores. Creo que deben conocer que procederé igualmente hasta el final, contando anticipadamente con vuestra condescendencia. Mas debo rogar que no se vea en ello vanidad o inmodestia. Acaso, y solo en cierto modo, comodidad. Porque una investigación a fondo en antiguos textos y una selección entre la fabulosa eclosión de los últimos años, me hubieran exigido un tiempo del que, realmente, no he dispuesto.

Y como pienso que lo que verdaderamente interesa es el sentido de la copla, no la copla, y este sentido es el mismo en todo el acervo gigantesco y casi irrecuperable de coplas rocieras, igual da la fuente o las fuentes de donde han brotado: lo que cuenta, verdaderamente, es el efecto. No tengamos en cuenta, pues, tan formidable superabundancia de coplas referidas al Rocío más que como testimonio irrefutable de la importancia de la romería. Esta producción ingente y masiva, ya popular o culta, anónima o firmada por plumas de bien cimentado prestigio, bastaría para dar fe de la autenticidad de su motivación. Porque no creo que haya existido causa, religiosa o profana, tan variada y extensamente cantada. Y, hasta aquí, toda una larga serie de aclaraciones que vienen a ser como una trasposición del título de mi charla, porque bien pudiéramos llamar a lo dicho: MI COPLA EN LA ROMERÍA DEL ROCÍO. Lo cierto es que de lo que se me han pedido que hable es de: LA ROMERÍA DEL ROCÍO EN LA COPLA.

Y a ello vamos

¿Cómo va la carreta?
me has preguntado,
y ná mas tengo ojos
pá el simpecado.
Con esa carga,
¿quién mira la carreta
por más que valga?
Siguiendo la carreta
vuelan alondras
y al pie del simpecado
van las palomas.

Y en una esquina,
han colgado su nido
las golondrinas.

Ya está todo dispuesto: ultimados los preparativos minuciosamente, amorosamente; afianzado el simpecado en la carreta y uncidos los bueyes, pacientísimos, que arrastrarán, sin prisas, la preciosa carga de la que habla la copla.

La copla misma está también dispuesta, espejo en el camino, para recoger y reflejar fielmente el acontecer de la romería del Rocío.

Y surge la copla. Prestemos atención porque, por ella, vamos a conocer qué hermandad es la que echa a andar en este preciso instante:

¡Dios mío, qué carreta!,
¡si es la locura!,
por los cuatro costaos
de plata pura.
Porque no quiso,
no la fundió Triana
de oro macizo.

Triana es la antigua Hermandad de Triana, con su artística carreta de plata, auténtica joya de la orfebrería sevillana. Pero no es eso lo que cuenta. Son otros los materiales, más del espíritu, los que dan forma, contenido y esencia al prodigioso y armónico conjunto:

La virgencita chica del simpecado,
con besos y suspiros
se la han bordao.
Y, la peana,
con hilo de oro fino
de sevillanas.

Siempre la copla. La copla como tema de la copla misma y, a la vez, reflejo fiel de lo auténtico, de 1o que se valora. Porque, si seguimos a otras hermandades, veremos carretas más humildes, más sencillas, pero cuyo simpecado ha sido bordado con el mismo cariño, con idéntico amor. Y, para sostener a esa virgencita chica, un soporte igualmente labrado con coplas del alma:

Y, la peana,
con hilo de oro fino
de sevillanas.

Cada vez será la copla la que aclare conceptos y haga desaparecer cualquier duda.

Llegado el momento de definir qué es lo que, en esencia, tiene importancia, será la copla la que lo diga:

Yo quiero que tú la lleves,
aunque pa mi la compraras,
que si vamos los dos juntos,
con una medalla basta.
Iremos bien protegíos,
si la llevas tú contigo,
que la Virgen del Rocío
sabe que no hay enemigo
pa dos que van tan uníos.
Ya tenemos la medalla,
solo nos falta la cinta,
si es niño, será celeste
y rosa, si nace niña.
Que al nacer un hijo mío,
tiene que ser rociero
con tos los cinco sentíos
y querer como yo quiero
a la Virgen del Rocío.

Pero veamos ahora quiénes son esos romeros. ¿Qué ocultan detrás de la medalla? ¿Cómo son?, ¿cómo sienten? Contemplémoslos a través de la copla.

He aquí a uno que solo ha ido tres años a la romería, (contando con el que fuera en el vientre de la madre):

No puede con el sombrero
mi niño, ni con los botos.
Pa cumplir los tres añitos,
mi vida, le f'alta poco,
muy caballero,
como un hombre, en su potrillo,
va tan derecho
luciendo la medalla
bendita, sobre su pecho.

Y, más allá, pegada a la rueda de la carreta, una mujer que cuenta sus años por reales, camina con pasito menudo, pero con firmeza, con esa seguridad que nace de la verdadera fe, de la esperanza y del mucho amor:

No hay quien pueda separarla
del eje de la carreta;
con pasito decidío,
valiente, viene la abuela.
¿Quién la detiene?
Tó los años ha venío
—ochenta tiene—
y a la virgen le ha pedío
volvé el que viene.

Y ese grupo bien nutrido de caballistas, que forman una estampa bellísima, colorista y encendida de alegría:

Ya se recogió el rosario,
viene despuntando el alba
y el viejo tamborilero
se arranca por sevillanas.
El compás de las canciones
a nadie la fe le quita,
porque son las oraciones
que a la paloma bendita
le cantan los corazones.
Dame un trago de ese mosto
que es la flor del Aljarafe,
la Virgen lo ha bendecío
y a pura gloria me sabe.
no pase nadie, cuidao,
que el Pastrocillo Divino
ya nos tienes perdonaos
y un par de copas de vino
no han sido nunca pecao.
Ellos, con buenos zahones
y la estampa en el sombrero;
ellas, batas de lunares
y la medalla en el cuello.
Lleva su imagen por fuera
y en el corazón metío
¡un cariño muy de veras!
Que a su Virgen del Rocío
la quieren de toas maneras.
Todo cabe en el rocío

porque es ancha la marisma
y solo se dejan fuera
los rencores y la envidia.
Que vengan los postineros
y, en vez de pedir la guerra,
que los conozcan primero
y besen luego la tierra
que pisan los rocieros.

Así son; así sienten, separada y agrupadamente. Contemplémosles uno a uno:

Todos los romeros llevan
su medalla con orgullo,
algunas son de oro y plata
y otras sin valor ninguno.
Esta que tú me has traío
no me importa lo que vale,
porque soy un convencío
de que todas son iguales
pa la Virgen del Rocío.
Yo quiero que tú la lleves,
aunque pa mí la compraras,
que si vamos los dos juntos
con una medalla, basta.
Iremos bien protegíos,
si la llevas tú contigo,
que la Virgen del Rocío
sabe que no hay enemigo
pa dos que van tan uníos.
Ya tenemos la medalla,
solo nos falta la cinta,
si es niño, será celeste
y rosa, si nace niña.
Que al nacer un hijo mío,
tiene que ser rociero
con to los cinco sentíos
y querer como yo quiero
a la Virgen del Rocío.

Pa llevar tu caballo,
la mano dura,

y pa llevar a tu virgen,
mucha dulzura,
hasta el acero
florece en el Rocío,
como el romero.
Al pasar a su vera,
toco su manto
y una lluvia de estrellas
cayó en su mano.
Bendita ella,
donde quiere que toca,
nacen estrellas.
Un romero, Señora,
perdió el sentío
al mirarte la cara,
Flor del Rocío.
Dios me dé suerte
pa volverme romero,
loco por verte.
De los huertos reales,
cortó romero
pa tirarlo a tu paso
por el sendero.
Que está bendita
esa flor del romero
no se marchita.

Pero apretemos el paso, que la caravana lleva caminando un buen trecho y no debemos rezagarnos, si no queremos perder detalle. Sin embargo, todavía, un último pensamiento para los que se quedan. Para los que no han podido, o no han querido, ir:

tu que no vas al rocío,
entra en la iglesia del pueblo
y, aunque no está el simpecado,
le rezas un padrenuestro.
que está muy solo el altar,
y está la iglesia vacía,
los siete días tan largos,
que dura la romería.
los pinos lloran su pena,
porque no van al rocío

y las raíces profundas
los amarran al camino.
El hombre de poca fe,
también se queda en un lao,
porque lo clava en la tierra,
la raíz de su pecao.

Y, entre los que no han podido ir, el abuelo:

Fue al Rocío tantos años
que ya ha perdío la cuenta
y sabe que no irá más
porque le faltan las fuerzas.
Ya el abuelo se durmió
y, sonriendo entre sueños,
piensa que lleva a la Virgen,
madre de los almonteños.

Y aquel que no ha querido porque no comprende; porque no quiere comprender…

Tú no entiendes las razones
de la gente rociera,
ni has ido nunca al rocío
porque el orgullo te ciega.
Que un hombre puede rezar,
con dos velas encendías,
y ante la Virgen llorar,
porque no pierde la hombría.

Pero nos hemos detenido excesivamente y va a costarnos alcanzar a los demás. Es ya casi de noche. Seguro que, cuando los avistemos, están ya acampados. Aligeremos el paso, que lleguemos a tiempo del Santo Rosario. El día está tocando a su fin y el primer acto, a punto de terminar. Comienza a caer el oscuro telón de la noche

De amanecida, la caravana vuelve a echarse al camino. Hagamos esta jornada en carriola. No es que sea demasiado cómodo el transporte, pero tendremos ocasión de escuchar viejas leyendas y anécdotas curiosas. Prestemos atención, que están hablando de la aparición de la Virgen. Según reza la Leyenda:

Esa Virgen del Rocío
dicen que vino del cielo
entre las alas doradas

de los vientos marineros.
Le tocaban tamboriles,
angelitos rocieros
y a gloria le repicaban
campanarios de silencio.
Se le duerme entre las manos
el pastorcillo pequeño
y la paloma celeste,
que le anida sobre el pecho.

Y en la tradición:

En la tradición nos cuentan
que la Virgen del Rocío,
entre jaral y romero,
como lirio ha florecido.
Unas manos reverentes
van a llevarla consigo,
pero la Blanca Paloma
no quiere dejar su nido.
Y allí levantan su casa
con besos y con suspiros
y nadie puede arrancarla
por los siglos de los siglos.

Y como lo cuenta la historia:

En el libro de la Historia,
los cronistas lo apuntaron
que viniste a las rosinas
con el rey Alfonso el Sabio.
Madre mía del Rocío,
pero el tiempo no ha pasao
y, en la fe de cada día,
se renueva tu milagro.
Como te llevo conmigo,
mis abuelos te llevaron
y los hijos de mis hijos
con llevarte están soñando.

Pero, lo que verdaderamente importa:

Tradición, leyenda, historia,
yo no sé cómo habrá sido,
lo que me importa es tenerte,
madre mía del Rocío.
si para ir a tu vera
valen todos los caminos,
¿Qué puede importarle a nadie?
¿Por el que tú hayas venido?
En mi corazón de hombre,
tan adentro te has metido,
que no sé cómo has entrado
y eres mis cinco sentidos.

Ya decía yo que la carriola no es un vehículo cómodo, pero tiene su interés y es, además, un magnífico puesto de observación. Véase la muestra: reparemos en la escena que se desarrolla entre una vaca, que tira de una carreta, y un ternerillo que la sigue:

Debajo de mi carreta
se ha escondido un becerrillo,
la madre vaca lo llama
creyendo que se ha perdido.
Con un mugido lloroso
el becerrillo contesta
y al escucharlo, su madre,
hace correr la carreta.

Al paso de las carretas
la marisma tiende un velo
por la arena que se eleva
como una nube diciendo
la tarde viene cayendo
y el sol enciende los pinos
como cirio perfumado
que iluminan el camino.

Son banalidades, detalles superfluos, trivialidades, sí, pero que forman parte de la poética del camino:

Para mirar el camino,
el pino alarga sus ramas
y las flores de papel

a mi carreta le arranca.

Yo se las quise quitar
y, al verlas, me ha parecido
que al paso del simpecado
los pinos han florecido.
La caravana hace un alto,
cuando llega el mediodía,
delante del simpecado,
se reza el Avemaría
con fervorosa alegría,
se bebe un trago de vino,
se cantan cuatro coplillas
y otra vez vuelta al camino.

No alarguemos más el camino. Dejemos atrás la segunda noche y vamos a caminar más aprisa el trecho que nos queda hasta la aldea.

Andando por las arenas,
Él va al Rocío,
para sentir su caricia
por el camino.
Y si se encuentra cansao,
Paloma,
se agarra a la carreta
del simpecao.
En tiempo de romería,
no quiere casa,
pero la suya está abierta
pa to el que pasa.
Y cuando busca cobijo,
Paloma,
y cuando busca cobijo
la virgen lo acaricia como a su hijo.
Su costo es siempre abundante,
pa que le sobre,
cargado va de esperanzas
y de ilusiones.
Y allí por donde ha pasao,
Paloma,
y allí por donde ha pasao,

se va multiplicando lo que ha sembrao.
Ese es el buen rociero,
que nadie ha visto,
el que se pierde en las sombras
de los caminos.
Ese es el buen rociero,
Paloma,
ese que va en silencio por el sendero.

Podemos, eso sí, detenernos unos momentos en el Quema, que tiene su sabor…

Cuando lleguemos al Quema,
hasé el favor de parar
que en medio mismo del agua
me voy a poné a bailar.
La gente baila en el río
y el agua clara salpica
los zahones y los vestíos,
pero aquí nadie se pica
porque vamos pal Rocío.

Y es llegado el momento ansiado de arribar a la aldea. El rodeo, la presentación de las hermandades, transcurre en un ambiente feliz y devoto. Las puertas del santuario se han abierto de par en par. La hermandad matriz, con estandarte, recibe ceremoniosamente a los romeros. Es la tarde del sábado…

Atrás quedaron las penas
de ese camino tan largo
y todos llegan alegres
con una copla en los labios.
Y los romeros detienen
los impacientes caballos
y se arrodillan los bueyes
que llevan el simpecado.

El domingo, bien de mañana, Misa de Romeros, misas y ofrendas sin interrupción en el Santuario a lo largo de todo el día:

A la Virgen del Rocío,
¿qué ofrenda vas a llevarle?
Yo le llevo mi alegría,

porque no tengo qué darle.
Mira qué contento voy,
porque a la Blanca Paloma
to lo que tengo le doy.
Una vela te traía,
Virgencita del Rocío;
las calores del camino
¡qué pena! la han derretío.
Mi vida yo te daría
pa que a tus pies se quemara,
como una vela encendía.

Ofrendas, ofrendas, ofrendas

vengo a traerte mi niño,
lo que mas quiero en la vida,
madre mía del.rocío,
pá que tú me lo bendigas.
Con ojos llenos de brillo,
mi niño al tuyo ha mirao
y al verlo tu pastorcillo,
a mi chaval le ha guiñao;
son cosas de los chiquillos.
Iba la Blanca Paloma
buscando a su Pastorcillo
y lo encontró en la rocina
jugando con otros niños.
A ti, que andas perdío,
también te busca llorando,
pero escuchar no has querío
las voces que te va dando
esa Virgen del Rocío.
Delante del santuario,
mi jaca se ha detenío
pa que nos dejes, paloma,
que subamos a tu niño.
Y el chiquitín, decidío,
de la mano se le escapa
a la Virgen del Rocío
y, sin pensarlo, en mi jaca

con ilusión se ha subío.
A la Paloma, almonteño,
acércale mi chiquillo,
déjale un sitio a tu lao
y que la lleve contigo.
Para que un día la quiera
con ese mismo cariño
con el que tú la veneras:
enséñale desde niño
cómo se quiere de veras.

Como soy un romero
fino y cumplío,
no olvidé que una cita
tengo contigo.
Pa contemplarte,
paloma, aquí me tienes,
y pa rogarte
que el rocío que viene,
tampoco falte.
A cumplir mí promesa,
vengo al Rocío;
sin hablar y descalzo
hice el camino.
Como tú cuidas
el rumbo de mis pasos,
virgen querida,
aunque vine descalzo,
no traigo heridas
dos cositas solamente,
señora, yo puedo darte:
mi vida para quererte
y el alma para cantarte.
Qué poquito te he ofrecío,
virgencita soberana,
con tanto como te pido.
Rosales de rosas blancas
mi niña pa ti cultiva
y yo cultivo a mi niña
pa que queriéndote, viva.
Pa ti, las flores más bellas:

las rosas que yo te traigo
y las que te ofrece ella.

Ofrendas, ofrendas, ofrendas: no tendría fin nuestro relato, si hubiéramos de recordar las escenas vividas en el interior de la basílica a lo largo del domingo. Pero es la hora del rosario y hemos de regresar a la casa hermandad para integrarnos a sus filas. Sírvanos su devoto rezo como transición para situarnos en la gloriosa mañana del lunes. Al aguafuerte de profundos contrastes de sombras de la noche, sucede toda una teoría de impresionismo, en la que la luz y el color son los principales protagonistas.

Ya se recogió el rosario
y viene apuntando el alba,
el viejo tamborilero
se arranca por sevillanas;
el sol con su dedo rojo
hace en el aire una raya
y allí se duerme la noche
y despierta la mañana.
¡Pero si no ha amanecido,
es el brillo de los ojos
de la Virgen del Rocío!

Mucho antes de que salga el sol, ya están los hombres de Almonte que, por pertenecer a la hermandad matriz, han de ser los primeros en llevarla en la procesión, aferrados fuertemente a la verja que los separa de Ella. Su ansiedad incontenida, su inquietud, su mal refrenada impaciencia, se va contagiando a todos cuantos llenan el templo. Parece como si faltara el aire. Alguien, para calmar los nervios, comienza a rezar la salve. Las voces rudas de los hombres la siguen a coro. Pero no es la Salve de siempre Le ha sido recortado el arabesco gracioso de su ensamblaje; es una Salve cuadrada, con aristas, desgarrada y desgarradora. Debe arañar la garganta como araña, taladrándolo, el oído que la escucha:

DIOS TE SALVE…
REINA Y MADRE…
DE MISERICORDIA…
Le están rezando la salve
a la Virgen del Rocío
y la rezan los romeros
con una fuerza y un brío
que la plegaria nos hiere
con el cristal de su filo.

Más duros son que el acero,
como deben ser los hombres,
aunque se vuelven chiquillos,
cuando pronuncian tu nombre.

Porque estos mismos hombres, que van a disputarse a pulso el orgullo de ser sus portadores en la procesión, son los mismos que luego, cuando sientan su breve peso sobre el hombro, van a darme mi primera lección de rociero. Ya no voy a necesitar, en adelante, que mis buenos amigos me informen, me cuenten, me digan. Uno de estos hombres será desde ahora, y para siempre, mi solo maestro.

Tú has sido un buen compañero
para mi primer camino,
me enseñaste una copla,
me diste un trago de vino
y, andando por las arenas,
recé la salve contigo.
En la primera acampada,
ya éramos buenos amigos.
Me ofreciste tu candela,
me diste mesa y cobijo
y rezamos el rosario
con tu mujer y tus hijos.
Contigo llegué a la aldea
y en la ermita entré contigo,
a la virgen le contamos
lo bueno que fue el camino
y ella, con una sonrisa,
premió tus buenos oficios.
Tú me acercaste a su paso
aquel lunes tan bonito
y, cuando rocé su manto,
juré volver al camino
y abrirle a alguien la mano
como tú has hecho conmigo.
Compañero,
aquel que por el camino
encuentra un buen compañero,
tiene marcado su sino, es su destino,
ya es pa siempre rociero.

Ya en la calle, las andas de la Virgen, hechas para ser portadas por cuatro o seis personas a lo sumo, discurren como nave a la deriva, arrastrada por la fuerza de treinta y quizás cuarenta hombres. Un centenar, o muchos más, rodean el grupo buscando la ocasión de entrar en él, sea como sea.

Al mirarla en la calle,
me parecía
un barquito que mece
la mar bravía
y no hay navío
que por los mares cruce
más decidío
que el barco quo conduce
la del Rocío.

La lucha es titánica. No es posible la tregua, ni vale desmayar. La menor vacilación, el más pequeño descuido, cuesta el lugar tan duramente ganado. Las andas se elevan o se escoran, según mande la fuerza de uno u otro flanco. Parece como si la bendita imagen fuera a venir al suelo. Pero no…

¿Quién ha dicho que a tierra
van a caerla,
si hay millares de brazos
pa sostenerla?
No llega al suelo
esa Blanca Paloma,
porque en un vuelo
por mirarnos se asoma
y vuelve al cielo.

No llega al suelo, no. Hay muchos músculos tensos allí para evitar que esto ocurra. Y, de pronto, uno de aquellos hombres, curtidos por el duro trabajo y por los vientos y el sol ardiente de estas tierras, sale como escupido del apretado grupo. Sale bañado por completo en sudor y arrasados de lágrimas los ojos. Rabioso de coraje y de impotencia, porque le han faltado las fuerzas, o porque le han cogido en un descuido. Siente vergüenza y pena de sí mismo y no le queda otro recurso que este llanto, que se mezcla en su rostro desfigurado con el río de sudor del sobrehumano esfuerzo. No sé de donde, surge una anciana, pañuelo negro a la cabeza, que se le acerca tímidamente y humedeciendo la punta de los dedos en la frente del muchacho, se santigua reverentemente, como si de agua bendita se tratase. Y aquel hombre joven y recio, casi una fiera momentos antes, la mira perplejo, absorto, como si contemplara una aparición.

Y dejándose llevar de un impulso incontenible, se echa en los brazos de la anciana y rompe a llorar nuevamente, pero con un llanto diferente y nuevo; un llanto bienhechor y sedante, que le devuelve la paz y la calma.

¿Qué será lo que sienten?
cuando la miran
estos hombres de bronce
de las marismas?
La van llevando
y de tanto cariño
se ponen blandos,
y lo mismo que niños
van tós llorando.
Almonteños, dejadme
que yo la toque
porque quiero pedirle
que me perdone.
Yo la he ofendío,
pero de mi pecado
me he arrepentío
y es que el año pasao
no había venío.

La devota imagen ha vuelto a su templo. Silenciosamente, sin prisas, como queriendo retardar el momento de decir adiós, comienzan los preparativos para el regreso.

Cuando termina el Rocío,
la ermita cierra sus puertas,
la virgen duerme a su niño
y queda sola la aldea,
pero la llama sigue encendía
cuando el romero se va alejando
y por la aldea, casi vacía,
el aire pasa rezando:
¡Avemaría !
Por los caminos de vuelta
se fueron las hermandades
y por aquellas marismas
parece que ya no hay nadie.
Ya no se escuchan cohetes
ni el eco de las campanas

y los silencios se esconden
por los rincones del alma.
Sobre la arena olvidada
se va muriendo una hoguera,
ya nadie busca su abrigo
y a nadie ahora calienta.

Finalmente, todo vuelve a su sitio y todo queda a punto para la partida. A una voz de mando, echa a andar la caravana.

Se acabaron las fiestas, Rocío Divino.
Ya vuelven las carretas a los caminos.
Desde la ermita,
les dice adiós la Virgen
con su manita.
Al dejar la marisma
salir de noche,
que no lo sepa ella
ni que lo note.
Que no lo sienta,
porque saldrá llorando,
si se da cuenta.
Qué trabajito cuesta
volver la espalda,
sabiendo que se queda
solita en casa
¡ay!, quién tuviera
un laito pa estarse
siempre a su vera.
Qué triste es el romero
que no florece,
más triste es el camino
cuando se vuelve.
Largo y vacío
el camino de vuelta
de mi Rocío.

También nosotros estamos ya de vuelta, pero en el espejo de la Copla queda aún una Última consideración. No podemos pasar por alto, una vez ya a las puertas de la hermandad, que, en alguna ocasión, hemos oído Coplas que hablan del Rocío malintencionadamente. Pero no, no es esa la palabra que quiero utilizar; mejor diré

equivocadamente. Coplas que nos cuentan un Rocío desfigurado, quizás por la inconsciencia, o por la ignorancia o, simplemente, por la falta de madurez. No quiero pensar en intenciones peores.

Esas coplas, nazcan de donde nazcan, no reflejan en ningún caso la verdad del Rocío. Describen escenas, circunstancias, detalles que pudieran ser ciertos, sigamos creyendo en la buena fe de quien las hace, pero que se producen enteramente al margen de lo auténticamente rociero, por muy cerca o muy dentro del mismo Rocío que ocurran.

Qué siente el pueblo cristiano
con solo decir tu nombre,
aroma que hasta los labios
subió de los corazones
y es grito que va llamando
a los que no te conocen.
Tu nombre, Rocío,
maná de los cielos
que tú nos mandas, Dios mío,
para alimento y consuelo.
De los que vamos perdidos.
Se hizo tu mensajera
la copla de Andalucía,
que se llenó de tu gracia
para llevar la noticia
y el calor de sus notas.
Tu nombre se multiplica.
No sé ni cómo ni cuándo
yo me sentí rociero,
ni sé explicar la manera
que por la sangre te siento,
porque no puede contarse
lo que se lleva por dentro.
Como esos lirios que nacen
al filo de los caminos.
Porque la mano divina
los campos han bendecido
tu nombre brota en los pechos
porque tú así lo has querido.

Nadie puede evitar que a la fuente de agua clara lleguen quienes no tienen sed, hundan en ella la mano, la agiten y la enturbien. Puede que luego cuenten que aquellas

aguas no iban limpias Pero dejémoslos que sigan acercándose que, acaso alguna vez estén sedientos y sepan ver la fuente cómo es. Que no se alejen, digan lo que digan, hablen lo que hablen. Permitámosles que sigan merodeando alrededor de ese caudal que no cesa y en el que, amigos, bien lo sabemos nosotros, hay agua limpia y clara para todos.

Tú que vienes del Rocío
y en el camino has parado,
pregúntale a los pinares
por las cosas que han pasado.
Y como vienes más puro,
porque con ella has hablado,
comprenderás lo que dice
en sus palabras un árbol.
Esos que no lo comprenden
es que de largo han pasado
por la ermita de la Virgen
y no se han purificado.
Por escaleras de aire,
los pinos llevan al cielo
ofrendas para la Virgen
que le hacen los romeros.
Hablan de lo que pasaron
descalzos por el sendero
y de todo lo que sienten
esos que van en silencio
y se dicen tantas cosas
que pasa volando el tiempo
cuando la Virgen y el árbol
hablan de los rocieros.
El niño estrenó medalla
de la Virgen del Rocío
y apuntó el nombre y la fecha
en el cuaderno de un pino
el niño le dijo al árbol
cosas que no comprendimos
porque solo las entienden
los árboles y los niños.
Quizás, el tiempo le borre
ese recuerdo al chiquillo,
pero su nombre ya siempre

se queda en el pino escrito.
En silencio se ha quedao
la tertulia marismeña
de toros y espurga bueyes
de alondras y de cigüeñas.
Están hablando los pinos
con las brisas marineras
de apariciones divinas,
de milagros y promesas.
Óyelos, amigo mío
porque me da mucha pena
de quien dice que no entienden
lo que los pinos le cuentan.

Desde la ría de Huelva,
hasta el cabo de Almería,
de granada misteriosa,
Córdoba, mora y judía,
Jaén de olivares verdes
y Málaga, la bravía,
a Sevilla, río grande,
y a Cádiz, blanca bahía,
te aclamamos, patrona
y Reina de Andalucía.

El puerto se hace al camino
Hermandad del Puerto de Santa María

Niña, la de Nazaret, Blanca Paloma,
que has venido a nuestra tierra a hacer tu nido
y has llenado de tu gracia las marismas,
aromadas con la luz de tu Rocío.
Aquel árbol, donde un día unos pastores
se encontraron con tu imagen, sorprendidos,
ha crecido y ha crecido hacia la altura
y sus ramas, siempre verdes, ha extendido,
alcanzando los rincones más ocultos
de estos predios andaluces tan queridos.
Y en tu vuelo de paloma de la paz,
portadora de la nueva de dios vivo,
te has posado en este puerto de esperanza,
adentrándote en el alma de sus hijos.
Enraizaste con tal fuerza en sus entrañas,
tan tu gracia con su gracia se han fundido,
que no hay fuerza que te arranque de su sangre
por los siglos de los siglos y los siglos.
Tan estás entre nosotros y en nosotros,
presidiendo en cada casa alma y sitio,
alegrando con tu luz de venturanza
nuestras horas de recelos y peligros,
allanando los caminos de la mar,
bendiciendo en el viñedo nuestros vinos,
que este puerto sueña hoy con ser un día,
como prueba singular de su cariño,
proclamando al mundo entero que ya es tuyo,
Puerto de Santa María del Rocío,
ya está todo dispuesto
para el camino
y empiezan su andadura

los peregrinos.
Con qué alegría
van rezando entre dientes...
¡Avemaría !
un adiós en silencio
de blanca seda,
que es suspiro en los labios
del que se queda.
Como un rosario
desgranan su repique
los campanarios.
Y la vieja parroquia,
muda ha quedao,
herida por ausencia
del simpecao.
Se ha estremecío
viendo como se aleja
la del Rocío.
Todo el puerto es romero
y es peregrino,
que el alma sus gentes
se echó al camino.
Vayan felices
con la paloma blanca
que los bendice.
¡Ay!, romero del puerto,
dame la mano
y llévame contigo
como a tu hermano.
Si me llevaras,
la arena del sendero
no me quemara.
Y tú, guapa romera,
dame tu vino
que apague las calores
de los caminos.
Y, si te atreves,
bebe, que sabe a gloria,
cuando se bebe.
Es vinillo del nuestro,

entrañas mías,
que alegra desde siempre
la romería.
Sorbo a sorbito,
¡cómo va a hacerte daño,
si está bendito!
Y, ahora, echemos un cante
por sevillanas,
que se enrede en los flecos
de la mañana.
¡Vaya salero
que va sembrando el puerto
por los senderos!
La virgencita chica
del simpecao,
sonriendo gozosa
los ha escuchao.
y en secretillo
lo cuenta en el oído
del pastorcillo.
Las coplas de esta tierra
de Andalucía,
me saben a rosario
y a Avemaría .
Son oraciones
que llevan a los labios
los corazones.
Y entre rezos y cantes,
burla burlando,
la alegre caravana
se va alejando.
Las emociones
se esconden ruborosas
por los rincones.
Días de un sol radiante,
noches de estrellas
y en los caminos dejan
hondas sus huellas.
Santa María…
el corazón del puerto

va en romería.
Dios bendiga a los sabios y eruditos,
que inmolan con amor la vida entera
penetrando en leyendas y en escrito,
con esfuerzos sublimes e infinitos,
hasta encontrar la historia verdadera.
Son esos que aseguran que la vuestra
fue hermandad primerísima un buen día
en escuchar a la hermandad maestra,
que ofrecía un lugar junto a su diestra
a cada población de Andalucía.
Y el puerto, como siempre, ilusionado,
peremanentemente en guardia, siempre abierto,
apenas por la virgen fue llamado
corrió sin darse treguas a su lado
a decirle: paloma, aquí está el puerto.
Aquí, entre los primeros en llevarte
con la brazada grande sus flores
y que elegimos, por mejor honrarte,
entre aquellas que tú, de parte a parte,
has poblado el jardín de sus amores.
Escrito está en el libro de la historia,
por lo que proclamamos el derecho
a nuestra antigüedad, honor y gloria
y a ese algo más que el triunfo y la victoria
de haberte entronizado en nuestro pecho.
Que es, al fin y a la postre, lo que cuenta,
lo que alegra a esa reina marismeña
y de gozo la llena y la contenta
y endulza su mirada, siempre atenta
al pueblo que la siente y que la sueña.
Y si un día soplaron malos vientos
que cubrieron de arena vuestra huella,
vanos fueron y en balde sus intentos
de arrancar la raíz de los cimientos
que con sus propias manos labró ella.
Que allí, bajo la capa del olvido,
la dorada semilla del amor
el paso de los tiempos ha vencido
y, llegado el momento, ha renacido

en esplendente y aromada flor.
Se cumplen treinta años estos días
de aquel en que de nuevo el simpecado
del puerto fue llevado en romería
hasta la celestial Santa María,
que tan pacientemente había esperado.
Por simpecado, aquel peregrinar,
el cuadro que aún preside vuestra vida,
que ha sido luz en vuestro despertar
y brújula en el largo caminar
hasta la nueva tierra prometida.
¿Quién, paloma, podrá saber mejor
que el pueblo que te lleva hasta en su nombre,
desde el anciano abuelo hasta el menor,
habían de volver a tu calor,
todos, uno por uno, hombre por hombre?
Treinta años que en vuelo se fueron
y en los que a tantos has llamado a ti,
en tanto que otros muchos que vinieron,
apenas alumbrados ya aprendieron
a darte lo mejor que había en sí.
Son ellos los que ahora pisan fuerte
las cálidas arenas del camino
por llegar a tu ermita y ofrecerte
su vida, a cambio de tener la suerte
de que tu mano marque su destino.
Y así la caravana va marchando,
seguro el pie y el alma sublimada,
una breve oración, de cuando en cuando,
un trago la garganta refrescando
y una coplilla con amor cantada.
Así va el Puerto de Santa María,
dando ejemplo de amor y de hermandad,
viviendo cada instante en armonía,
como diciendo a coro: madre mía,
estas son nuestra fe y nuestra verdad.
en María del Rocío,
la parada emocionada
del adiós definitivo.
Trescientas voces se elevan

en la salve que es adiós
y es esperanza y promesa.
Y aquella linda pastora
con su manita pequeña
la bendición les otorga.
¡vamos, que hay mucho que andar!
—grita la voz impaciente
de uno que a caballo va.
—andar, los que van andando,
—le contesta un peregrino,
que no envidia al caballo
porque él lleva su promesa,
un arañazo en el alma
y una confianza ciega.
Un laberinto de vivas
le da la vuelta al diálogo
y renace la alegría.
A la voz del carretero,
las cuatro mulas castañas
se ponen en movimiento.
Y tiran con tanta fuerza
que gimen como llorando
los ejes de la carreta.
Hay cantes por sevillanas
y por fandangos de Huelva
temblando por las guitarras.
¡Que estamos en Cái, señores,
vengan esas alegrías!
¡Que ensanchan los corazones!
Y corazón más alegre
no puede haber en el mundo
que el de tanta buena gente.
De aquel que ofrece la bota
de un vino que está bendito
y es un regalo en la boca.
Vinillo fino del puerto
que dice quien bien lo sabe
que resucita a los muertos.
—¿De qué bodega es el tuyo?
—de las bodegas de dios

y ese es mi mayor orgullo.
¡Qué cosa! pues yo diría
que son los caldos del mismo
Puerto de Santa María.
Y surge un nuevo cantar,
¡qué más da si en tierra adentro,
o a la orillita del mar!
Cantares de Andalucía,
que son gritos de la sangre
y plegarias a María.

¡Que Dios te salve, pastora
y que tu seas conmigo
en la hora de mi hora
y a tu pastorcillo dile,
que nos allane las sendas
y con su mano nos guíe.
¡Qué bien y que a gusto va
esta gente rociera
yendo tan acompañá!
Siguiendo a su simpecao
y olvidando a cada paso
los pasos que llevan daos.
¡Quién del cansancio echa cuenta,
si ha crecido en alta mar,
bregando con las tormentas!
Que no es tan duro el camino,
cuando se alegran los rengues
con un buen trago de vino.
Y el puerto ya no es el puerto,
que en llegando a bajo guía
se hace barquito velero.
Y empieza a cruzar el río,
seguro, porque al timón
va la Virgen del Rocío.
El sol remolonea en las alturas
y retiene a la noche en su guarida
y sus rayos postreros se remansan,
templando a su calor las marismillas.
Llega por fin un grupo de jinetes,
entre bravos cantares y entre risas,

adelantados de la caravana
que en paz y en gracia al campamento arriba.
El predio se florece de colores,
de alborozados gritos, de alegría
y no hay manos ni bocas en reposo
en incesante afán y algarabía.
Los chavalillos corren a por leña,
a por el agua escapan las chiquillas,
los abuelos encienden la candela
y la abuela se afana en la cocina.
Allá tienden un toldo en un suspiro,
mientras que otros van abriendo sillas
y una guapa portuense ofrece un sorbo
de buen vino del nuestro, entre sonrisas.
Y, sin que voz .alguna lo demande,
un silencio solemne entra en puntillas,
acallando los labios y agrupando
a todos en tan solo una familia.
Se desgrana el rosario dando gracias
por aquella jornada ya cumplida
y pidiendo coraje y corazón
para alcanzar en paz el nuevo día.
Un rosario rezado estrella a estrella,
porque seguro estoy de que allá arriba,
al escucharos: llena eres de gracia,
los ángeles dirán: ¡Avemaría !
contigo es el señor, bendita eres,
Paloma de la luz y la alegría,
acompaña en la noche a tus romeros
que hacia tu aldea van de las marismas.
Van a ti con su costo de esperanzas,
durante todo un año reprimidas
y que hoy, porque te saben más cercana,
allá en su corazón se multiplican.
Repletas van de coplas sus alforjas
y de promesas a tu amor nacidas
y de oraciones en acción de gracias
por tantas recompensas recibidas.
Contigo es el señor, sé tú con ellos
y al llegar la esperada amanecida,

sé su guía en la nueva singladura,
porque del puerto son, Santa María.
Del puerto son y tu puerto y refugio
al que su frágil barco se encamina,
dirígelos, paloma de la paz,
doncella sin pecado concebida.
El sol, que se ha dado prisa,
se adentra en el cuchitril
y despierta al tamboril
para que llame a la misa.
Nada a un paso se divisa
en la incipiente mañana
y el hombre de mala gana
rompe a tocar el tambor,
despertando a su fragor
a toda la caravana.
El romero y la romera
comienzan a espabilar
y van llegando al altar
en el que ya el cura espera.
A la plegaria primera
responde un eco lejano,
el aire se hace cristiano
y aprende que una oración
es sacarse el corazón
para dárselo al hermano,
cuando ofrece paz y amor
se sublima el oficiante
y con mano vacilante
traza la cruz del Señor.
Con la voz hecha temblor
dice: la paz sea contigo,
y el hermano y el amigo
se abrazan sinceramente
en medio de aquella gente
y la Virgen por testigo.
Cuánto de paz no sabrá
la que es pacificadora
y del rebaño pastora
que a sus cuidados está.

Ella, que siempre será
paz y aroma del rocío,
brisa fresca en el estío,
faro y luz en el camino
y guía del peregrino
que los rumbos ha perdío.
En paz podemos marchar,
que la misa ha terminado
y el alma se ha confortado
para el nuevo caminar.
Más antes de echar a andar,
te supliacamos, Señor,
para el esfuerzo, valor,
y para cualquier revés,
que resignación nos des
y mucha carga de amor.
Que estas ardientes arenas
de oro de las marismillas
río han sido sin orillas
y se llevó nuestras penas.
Vamos, pues, en hora buena
a reemprender la andadura
y aunque la senda sea dura,
pensar que ella está aguardando
y nos vamos acercando,
¡cuánto gozo nos procura!
Y allá que va la carreta
preciosa del simpecado,
que de flores la han cargado
y de gracia va repleta,
con ansias buscan su meta,
ya el primer rengo cubierto,
y todo el camino abierto
que los va acercando a ella,
escribiendo en cada huella
que son romeros del puerto.
Puerto de Santa María,
treinta años caminando
y sabe dios hasta cuando,
aclamándola a porfía.

Cuántos años, día por día,
a ofrecerle lo mejor,
que lo hermoso de la flor
que su corazón cultiva,
es que estará siempre viva
porque es fruto de su amor.
Allá que te van, Señora,
los que del puerto lejano,
bien cogidos de la mano,
a tu casa van, pastora.
Es un pueblo que te adora
y que te quiere de verdad,
lo mismo en la antigüedad,
que en los años que perdieron,
aunque a saludarte fueron
y hoy que van en hermandad.
Desde las horas primeras,
en presente y en pasado,
el puerto siempre a tu lado,
porque sabe que lo esperas.
Y aunque tú no lo quisieras
con la fuerza que lo quieres;
que entre todas las mujeres
el propio dios te ha elegío,
te dio por nombre Rocío
y llena de gracia eres.

En las arenas del coto
no se conocen senderos,
ni se han marcado caminos
que no haya borrado el viento.
Año tras año los trazan
las huellas del rociero
y las manos invisibles
del aire las van barriendo.
Y cada paso se hace
más fatigoso y más lento,
los pies se vuelven de plomo
entre la arena de fuego
y el sol dispara saetas
doradas sobre los cuerpos.

Pero la Blanca Paloma
deja su nido del cielo
para servirles de guía
y abrirles caminos nuevos.
Para cerrarles los ojos
ante los falsos espejos,
que muestran como buen trigo
trigales que nos son buenos.
Que hay que aprender a mirar,
pero mirando hacia adentro,
pues no siempre da la cara
lo que en el alma escondemos.
Lo mismo que ese trigal
que señorea en el cerro,
que ni es cerro, ni es trigal,
ni es más que arena y un sueño.
Aunque es bonito soñar
que el blanco pan que comemos
lo amasamos con el trigo
que vimos en aquel cerro.
Así que a entornar los ojos
por un momento y soñemos
que ofrecemos a la Virgen
brazadas de trigo nuevo.
Pero trigo candeal
en plena sazón y auténtico
y cultivado con todo
el amor de nuestro pecho.
Que ella sí que sabe ver
hasta el rincón mas secreto
del alma .y no se la engaña
con fingidos espejuelos.
Soñemos que la laguna
de Santa Olalla es un sueño
y podemos caminarla
llamados por el maestro,
que se hace niño en los brazos
de ese lirio marismeño
y, como es niño, se viste
su traje de marinero

y juega con los chavales
de los marinos del puerto.
Soñemos que, hablando, hablando,
tanto camino hemos hecho,
que ante la casa del guarda
estamos ya sin saberlo.
Y como ese pan soñado
bien el apetito ha abierto,
dejemos ya de soñar
que nos espera el almuerzo.
Y que huele a gloria pura
el pescaíto friendo,
que hace más apetecible
el vino fino bien fresco.
Así que vamos al tajo
sin darle mas tiempo al tiempo,
que el camino ha sido largo,
pero comiendo y bebiendo
se olvidarán las penillas
y el cansancio, por aquello
del viejo refrán que dice:
los duelos con pan son menos.
Y la Virgen del Rocío,
que contempla a sus romeros,
le dice a su pastorcillo;
vestido de marinero:
son los del puerto, mi alma,
bendice sus alimentos.

Y, de repente, el baranda
(como quién manda es quién manda)
imponente
y con voz recia demanda
el silencio de sus gentes.
¡Qué portento!
De momento, el campamento
queda en silencio completo,
todo atento a oír el cuento
con el máximo respeto.
Hermanos, hay que seguir,
así que vamos al lío,

que la Virgen del Rocío
no piensa venir aquí.
Y muchísimo cuidao
en dejar todo el cerrao
tan curioso y tan decente,
que se pregunte la gente
si es que no habremos pasao.
Si es que no habremos pasao.
Y eso es arte, sí señor,
que hay que ver con cuánto esmero,
la romera y el romero,
la pequeña y el menor,
dejan tan limpio el sendero,
que hay que quitarse el sombrero,
caballero
y decirle al mundo entero
que el puerto es siempre el mejor.
—pero un momento, vecino…
¿qué pasa en aquella esquina?
—na, vecina,
que se ha armao la tremolina,
porque hay allí un peregrino
que le dio con saña al vino
y agarró la papalina.
—Pues el gachó está divino,
con su gorrilla torcía
y la vista toa perdía,
se pensará el muy ladino
que el vino será dañino,
pero el aceite ricino
es más malo todavía.
dejarlo con su tajá,
que más de un cristiano habrá
que hasta se la compraría.
Y el responsable se irrita,
se exaspera,
se encorajina de veras
y hecho un basilisco, grita:
¡quitármelo de la vista!
Echarlo en una carreta,

o esconderlo entre las matas,
que de haber siempre un bromista
que todo lo desbarata
y un maldito cuchufleta
que no ve fiesta completa
como no meta la pata.
—¡Bien hablao!
—sí, señor, muy bien que ha estao!-
dicen todos a porfía
y en seguía,
no se sabe de que lao,
una voz muy convencía
que del suelo se ha elevao,
o que del cielo ha venío,
grita potente y bravía:
¡señores, viva el rocío
y el Puerto Santa maría!
Nada, cosillas que pasan
porque tienen que pasar
por mor de las circustancias
y no tienen importancia,
si no se le quieren dar.
Y así de sencillamente
se termina el incidente
y aquí no ha ·pasao ná.
Cada cual
va guardando sus trebejos,
se acomodan a los viejos,
se recuentan los chavales,
los pollos y los conejos
y… dale, alma mía, dale,
que el palacio está muy lejos.
Y entre chusmillas y bromas
arrancan los carruajes.
Alguien grita con coraje…
¡Viva la Blanca Paloma! ¡Viva!,
responden a coro…
La tarde se ha vuelto de oro
y, trasponiendo una loma,
se pierde la caravana.

En el aire se perdía
la alegría
de un cante por sevillanas.
Así son ellos, señores.
¡Superiores!
Ayer y hoy y mañana,
los mejores,
porque a mí me da la gana.
Y no es que lo diga yo,
que hasta el pastorcillo abrió
en la gloria una ventana,
se asomó
y, con gracia soberana,
así lo reconoció.
Por lo que, hermanos y hermanas,
aquí el puerto es el gana
y eso es palabra de Dios.
el palacio de Doñana
apenas es suficiente
para albergar a la gente
que llega en la caravana.
Ya es noche bien avanzada,
si no hubo ninguna pega,
y, si hay alguna, se llega
rondando la madrugada.
Ya en el ambiente se nota
el clima tan especial
que ponen puerto real,
Sanlúcar, Cádiz y Rota.
Ellos, que llegan primero,
salen al paso enseguida
a darles la bienvenida
al fatigado viajero.
Se cambia un trago de vino
y, como buenos cristianos,
un fuerte abrazo de hermanos
entre vecino y vecino.
Y, hasta que amenezca el día,
flotará en cada rincón,
entre canción y canción,

la brisa de la bahía.
Porque tiene ese tambor,
oído en tan grato ambiente,
algo que no es diferente,
pero que suena mejor.
Cuanto se ha dejado atrás,
y, a un tiempo, la cercanía
ya inminente de María,
es lo que marca el compás.
Lo que llena de ilusión
y los pulsos acelera,
tanto que la tierra entera
te cabe en el corazón.
Con qué gusto me quedara
una noche más siquiera,
si el mundo se detuviera,
¡ay! si el reloj se parara.
Pero mañana... mañana
hay que seguir de ella en pos
y habrá que decirle adiós
al palacio de Doñana.
Pero en aquella alta torre,
donde los recuerdos viven, ·
hay momentos que se escriben
y no hay fuerza que los borre.
No pesa el cansancio nada,
ni piensa nadie en el sueño
y del mayor al pequeño
velan en la madrugada.
Al calor de una candela,
las niñas, alborozadas,
ríen de las cabezadas
imponentes de la abuela.
Y al fin, la naturaleza,
venciendo a la voluntad,
sin reparar en la edad
dobla a todos la cabeza.
El rumorcillo del viento
pasa cantando una nana;
buena noche, hasta mañana,

que descanse el campamento.
Así la noche se fue
y con el albor primero,
vuelta de nuevo al sendero
al impulso de su fe.
El palacio de Doñana
se pierde en la lejanía
y una gran melancolía
invade a la caravana.
Rompe la voz la garganta
del que la salida ordena
y la copla se hace pena
en la boca del que canta.
Adiós, tierra tan querida,
más puedes tener por cierto
que esta, tu gente del puerto,
no ha de olvidarte en su vida.

Se abren los caminos nuevamente
y el paso se acelera ilusionado,
se hace más decidido, más valiente
y la sangre su ritmo ha apresurado.
Tanta carga hay de amor en el ambiente,
que el silencio los labios ha sellado.
Dios te salve, dulcísima María…
que dios te salve, el eco repetía.
Fue penoso el camino, largo ha sido
hasta llegar a tus divinas plantas,
pero fiando en ti lo hemos vivido,
pues en cada ocasión... tantas y tantas,
que el peso de la cruz nos ha vencido,
con tu amorosa mano nos levantas.
¡Oh, delicada y celestial guardesa,
la cruz a tu cuidado no me pesa!
El pensamiento, alado y andariego,
escapa a nuestro puerto, tan lejano,
se remansa en su brisa y vuelve luego
en un ir y venir, que intenta en vano
poner freno al fatal desasosiego
que dispara los pulsos en la mano.
Son muchos los segundos, ¡ay, pastora!,

hasta alcanzar la tan soñada hora.
Y, por fin, se recorta en lontananza
el perfil de la cruz sobre la ermita.
Con nuevo afán la caravana avanza
y una oración al paso se recita,
porque ha visto cumplida su esperanza
y, fiel, un año más llega a su cita.
Llamado por la gracia de tu aroma,
el puerto ya está aquí, Blanca Paloma.
Oh, divina pastora de la paz,
aquí está el puerto de santa maría,
que en bien granado y apretado haz
hoy te llega exultante de alegría.
Tu Rocío de Amor lo hizo capaz
y le ganó al camino la porfía.
En tus manos ponemos nuestra vida,
doncella sin pecado concebida.
Tú, que nos purificas, que nos unes…
Cuando al hacer nuestra presentación
para que en tu regazo nos acunes,
concédenos tu santa bendición
y que, fortalecidos este lunes,
te lleve en andas nuestro corazón.
Como te lleva siempre, día a día,
el puerto grande de Santa María.
Que Dios te salve, Madre y Redentora,
de gracia llena para nuestro bien,
guía tu pueblo, ahora y en la hora
final del último camino... ¡amén!
La Virgen ya está saliendo
y el sol, que no se lo espera,
tan pronto como se entera
llega de prisa y corriendo
con toda su corte entera.
A nadie el sueño ha rendido
y va inundando la aldea
toda una humana marea,
porque es que Almonte ha querido
que el mundo entero la vea.
el paso es un barco chico

que impulsa una rogativa
y el viento de un viva y viva,
por lo que yo no me explico
que no vaya a la deriva.
Pero ella manda el timón
de ese bendito navío
y no hay mar embravecío
que no calme el corazón
de la Virgen del Rocío.
El barco es bien marinero
y, si una banda se escora,
esa divina pastora
le imprime un giro certero
con su mano Salvadora.
¿Cuántos hermanos la llevan?
¿Setenta, ochenta, noventa…?
Y más de un ciento lo intenta
se cambian y se relevan
y yo he perdido la cuenta.
Es una lucha constante
hasta encontrar un lugar
y, el que lo puede alcanzar,
que no vacile un instante
si lo quiere conservar.
Y hay un buen mozo, alto y recio
que, porque el sitio ha perdido,
escapa despavorido,
llorando su autodesprecio
por cien cuchillos herido.
En el rostro se confunde
el llanto con el sudor
que, en río devastador,
toda su bravura hunde
vencida por el dolor.
Con las ropas empapadas,
quisiera huir, ocultar
su vergüenza y su pesar
a las curiosas miradas
y llorar, llorar, llorar.
Pero, incomprensiblemente,

una anciana..., casi un vuelo,
al rostro negro pañuelo,
surge de entre aquella gente
como brotada del suelo.
Silente..., la viejecita
llega al joven dulcemente,
toma sudor de su frente
y, cual con agua bendita,
se santigua reverente.
¡Señora! yo sé quién eres
y que a mi angustia has venido
porque el Señor ha querido
que tu bendición me dieres,
viendo que andaba perdido.
Y rompe en un nuevo llanto
abrazándose a la anciana,
un llanto que ahora es fontana,
que rompiendo su quebranto
lo inunda de paz cristiana.
Y, de pronto, en un revuelo,
tal y como había llegado,
se fue… no sé por qué lado,
pero su negro pañuelo
al muchacho le ha dejado.
¡Milagro, es ella! Dios mío,
tú, que en tu afán por salvarme,
la has mandado a consolarme
y la Virgen del Rocío
ha venido a perdonarme.
No sé si milagro o sueño,
pero yo estaba presente
y alcancé a ver en la frente
de aquel muchacho almonteño
una cruz resplandeciente.
Y en sus manos, el pañuelo
de blanca luz se llenó
y es que la virgen bajó,
casi brisa, como en vuelo…
y luego al cielo volvió.

Señor, soy un romero

del Puerto Santa María,
uno cualquiera, uno más,
que a tu gracia se confía.
por tradición, pescador
en aguas de la bahía
y, por afición, un toque
de ensueño y de poesía.
Mi único vicio, los toros,
que son parte de mi vía;
así que me doy mis trazas
y no me pierdo corría.
¡Y el cante! me vuelven loco
los cantes de Andalucía
y, a veces, por lo bajini,
me arranco por alegrías.
Y tú, mi Blanca Paloma,
pastora de la armonía,
encendido cielo azul
y sol de esta tierra mía.
Que eres sendero de estrellas,
fuente de sabiduría,
júbilo, alivio, consuelo
y causa de mi alegría.
Tú, abogada de la paz
y de las causas perdías,
que eres mi credo y mi fe
y mi pan de cada día.
Antes, ahora y después,
siempre tú, Santa María,
que si mi puerto es tan tuyo,
yo lo soy más todavía,
porque no sabía hablar
y tu nombre me sabía
y con mi lengua de trapo
mil veces lo repetía.
Con solo unos pocos meses
ya te fui de romería
y dicen que el pastorcillo
me miraba y sonreía.
Y con mis manos pequeñas

a tu reja me prendía
con tal fuerza, que intentaban
arrancarme y no podían.
Me colgaron tu medalla,
la que llevo todavía,
esta, que ya desde entonces
es tu medalla y la mía.
Delante, tu dulce nombre
que van borrando los días
y al dorso, que soy romero
del Puerto Santa María.
y, mira, por estas fechas,
ya entre los míos se avía
el costo para el camino,
que ningún año varía.
ilusión..., la más posible
y amor... y filosofía
para saber perdonar
cualquier maligna partía.
Dos velas, en cumplimiento
de una promesa ofrecía
y en víveres... lo que alcanza
cuando rompo la alcancía.
Y ya está; no cargo más,
ni de ná prescindiría;
con lo dicho basta y sobra,
lo demás son tonterías.
Y así me echo al camino
con toda la gente mía,
gritando que soy romero
del Puerto Santa María.
uno de tantos romeros,
Señora, de Andalucía,
que viene a decirte adiós,
después de la romería.

Regresa la caravana
llena de melancolía,
que va trenzando en las almas
su enredadera sombría.
El adiós clava en los labios

alfileres de agonía
y se rompen los compases
del cante por alegrías.
Ni el tambor suena lo mismo,
ni hay una boca que ría,
ni el vino tiene el sabor
que a la venida tenía.
Sin embargo, las alforjas,
nadie las lleva vacías,
que cada cual lleva en ellas
bastante más que traía.
La mirada de la Virgen,
que en amor se deshacía,
y un guiño del pastorcillo
que, travieso, sonreía.

Adiós, se van los romeros
del Puerto Santa María,
que sueñan ver pa otro año
esta promesa cumplía.
Desde la ría de Huelva,
hasta el cabo de Almería,
de Granada misteriosa,
Córdoba, mora y judía,
Jaén de olivares verdes
y Málaga, la bravía,
a Sevilla, río grande
y Cádiz, blanca bahía,
te aclamaremos patrona
y Reina de Andalucía.

Rosario Macareno hacia el Rocío
Hermandad de la Macarena Sevilla

Y María, la Virgen Santísima, nos ha prometido asistirnos en la hora final, mediando con su gracia para nuestra salvación y nos ha tendido el Santo Rosario como camino seguro para llegar hasta Ella.

Así lo entendisteis vosotros, hermanos rocieros macarenos, y habéis trazado vuestro peregrinar, desde los principios de vuestra creación, por el firme camino que la Virgen dulcísima del Rocío os abrió y que abierto y libre de riesgos y peligros os mantendrá por siempre, llevándoos paso a paso, cuenta del devoto rosario a la Patria Celestial.

En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.

Misterios gozosos.

«La Encarnación del Hijo de Dios».

Vino el arcángel san Gabriel y habló a María, qua se turbó al conocer la misión para la que el Señor la destinaba.

Y dijo María al ángel: ¿Cómo podrá ser eso, pues yo no conozco varón?

Y dijo a María el ángel: El Espíritu Santo vendrá sobre ti y la virtud de Altísimo te cubrirá con su sombra.

Y el Verbo se hizo carne.

Y la semilla para la nueva hermandad cayó en buena tierra.

Corría el año 1986 hacia su ecuador y ocurrió que el sevillanísimo arcángel san Gabriel, al que por cierto le hace la mar de gracia que, en algunos de estos pagos nuestros, le llamen Gabriel, se dio una vuelta por la tierra y se hizo presente a un reducido grupo de hombres de buena voluntad, que había sido elegido allá en las alturas para un quehacer verdaderamente importante y trascendental.

Y el ángel habló a aquellos hombres y les anunció el designio para el que se les requería y la tarea que se les encomendaba.

Y los hombres dijeron al ángel: ¿Cómo podrá ser eso, pues nuestras capacidades, nuestra fuerza, nuestro poder son tan menguados, tan débiles?

El enviado les contestó diciendo: Nada temáis. El Espíritu Santo y la gracia de María Santísima vendrán a vosotros y os asistirán.

Y sobre ellos sobrevoló una paloma de blancura indecible, que retuvo un instante su

vuelo y seguidamente desapareció.

Y desaparecido que hubo desdibujase igualmente la imagen del enviado. Pero en el aire quedaron como flotando sus últimas palabras: cumplid con premura el encargo que para vosotros me fue confiado por la que es Madre de Dios y Madre de la Humanidad."

Porque en esta ocasión el Mensajero venía en nombre de aquella que es tan amada en Sevilla, su tierra, la que sabe invocarla con incontables nombres preciosos, que son como la nómina de su casi inadvertido pazo entre nosotros.

Anunciación ••• Encarnación ••• Natividad •••

Y aquellos otros que nos dan cuenta de su hondo dolor de madre atormentada y rota por el desencanto.

Amargura ••• Tristeza ••• Dolores ••• Soledad •••

Pero también nos dicen que Ella es luz y es refugio y salud y esperanza. Esperanza siempre. Y, también y con un especial acento, Rocío.

Rocío, que es como celestial maná para alimento del alma y es promesa cumplida de amanecer y de resurrección y de bienaventuranza y que disipa oscuridades y sombras para abrirnos al gozo de cada despertar.

Cierto es que en esta sencilla advocación Sevilla se recrea con infinita complacencia.

De ahí que para aquellos hombres la misión de llevar a cabo una nueva hermandad para su honra y veneración, fuese más causa de gozo que de preocupaciones.

La Virgen del Rocío lo había dispuesto así y no sería obstáculo el hecho de que ya se le rindiera culto en Sevilla en el amor de otras cuatro hermandades. Quería Ella agrupar a muchos de sus fieles, dispersos y fuera de su propio entorno, asentándolos en la tierra misma en la que tienen sus raíces y buscó a aquellos hombres de buena voluntad para que salieran a su encuentro y los reunieran y que sus voces se elevaran unidas para decir con el ángel: Dios te salve, María, llena eres de gracia.

Y la palabra, el sueño, se hizo realidad. Uno a uno se fueron congregando, aunando, bien casando dos profundos y hermosos sentimientos: su alma rociera y su fuerte corazón de macarenos.

Bajó Gabriel de los cielos
y buscó en la Macarena
tres hombres que practicaran
la devoción rociera
y en el nombre de María
vino a anunciarles la nueva.
«Quiere la Blanca Paloma
que en su tan amada tierra,
este sevillano barrio,
que la adora y la venera,
se agrupen todos aquellos

que en el corazón la llevan
y en fervorosa hermandad
vivan mas cerca de ella,
que en la macarena tiene
muchas esperanzas puestas».
Y el arcángel san Gabriel
volvió de nuevo a su estrella,
que es la que en el cielo azul
con mayor brillo se muestra.
Los tres hombres se miraron
y, mudos por la sorpresa,
ninguno dijo palabra,
pero el alma dijo: ¡sea!
y sin pausas ni demoras
se pusieron en tarea
y pronto tuvo el Rocío
su casa en la Macarena.
Primero fue solo un cuadro,
la esperanza siempre abierta
y un rosario desgranado
con el alma cuenta a cuenta.
Después, la Blanca Paloma
de su mano no los deja
y va abriéndoles caminos
y deshaciendo barreras.
Y hoy será un cuadro mayor
y unas sillas y unas mesas
y luego el grupo de jóvenes,
vivero de ideas frescas,
y un coro que sabe a gloria
cuando copla a copla reza.
Y un buen día el gran regalo,
una medalla, ¡la nuestra!
en el metal reluciente
la virgencita pequeña
y junto a su dulce nombre,
nuestro nombre: ¡Macarena!
y pronto será hermandad
la agrupación rociera
y en san gil el simpecado

será nuestro santo y seña,
que no ha de tardar el día
en el que en guapa carreta
hacia el nido marismeño
se adentre por las arenas.
Reluciendo bajo el techo
irán ventiuna estrellas,
manteniendo siempre vivas
veintiún almas rocieras.
Bendita la hora santa
en la que bajó a la tierra
el arcángel san Gabriel
y le contestaron: ¡seai!!
fiat de la encarnación
de la hermandad macarena.

El Camino. Segundo Misterio Gozoso... «María visita a su prima Isabel»

Y María se puso en camino para visitar a su prima Isabel en la ciudad en la que residía.

Isabel exclamó al recibirla: bendita tú eres entre todas las mujeres y bendito es el fruto de tu vientre.

En aquellos días los hombres que sembraron la primera semilla en la Macarena y los muchos hombres y mujeres que a ellos se unieron, que ya se contaban por cientos, se pusieron en camino y cruzaron la ciudad y atravesaron el puente que lleva hasta Triana y visitaron a su hermana, la más antigua de Sevilla.

Y la Hermandad de Triana les abrió sus brazos y les brindó su madrinazgo y exclamó al recibirla: benditos seáis vosotros que pusisteis el grano en la tierra feraz y muyMaríana de la Macarena y benditos cuantos y cuantas os acompañan en respuesta a la llamada de la Virgen Santísima y a vuestro celo y vuestro entusiasmo y vuestro decido amor a la que es Reina de las Marismas.

Pero no terminaba aquí el camino, los caminos a recorrer por la asociación o agrupación parroquial, en tanto se gestaba en su seno la hermandad...

El crecido y en progresivo aumento grupo de rocieros y rocieras, que en su mayoría conocían ya el sabor de las arenas que conducen a la Virgen, hacen su camino cada año en tiempo de Pentecostés alimentándose en la experiencia de distintas hermandades humildemente, sencillamente, aguardando el plazo señalado para que su fe y su amor a la Blanca Paloma diera el fruto deseado. Y el tan soñado día llegó al fin y con él la primera peregrinación como Hermandad en unión a la de Triana, en señal de buena voluntad entre gentes de dos barrios señeros de Sevilla, que saben rezar juntos y cantarle unidos a la Madre de Dios y Reina y Madre de la humanidad. Dos barrios: Triana y la Macarena. Dos advocaciones: La Macarena y la Esperanza de Triana.

Un fuerte e inquebrantable lazo de unión: la Virgen bendita del Rocío. Un estilo de nobleza, de auténtica devoción y de grandeza: Sevilla.

A partir de entonces, la flamante hermandad macarena avanza en el camino, en los caminos, a su aire particular de sobriedad y de religiosidad, no exento de cordial alegría, a la que pone feliz contrapunto el buen humor reinante y los bellísimos cantares del coro y de aquellos espontáneos a los que jamás les falta el coraje para aportar su nota de simpatía. Verdadero gozo es el caminar cuando nuestro pasos nos llevan al encuentro con quién nos aguarda con los brazos abiertos y sabe de la alegría que salta en lo más hondo

de nuestro ser y comprende nuestras inquietudes y nos recibe exclamando: bendito y tú, bendita, porque sabéis gozar de la gloria de vivir, que el Señor ha sembrado en vosotros.

María siempre está en camino hacia su prima Isabel para hacerla sabedora de la nueva y partícipe del gozo que es la vida que crece en sus entrañas.

Y así crece y crece nuestra hermandad y se hace más fuerte y segura de sí misma en el camino hacia Ella. Cada camino es el mismo, porque hacia Ella vamos constantemente y es un paso que a Ella nos conduce cada Avemaría de los viernes en el santo rosario, o en los rezos de las acampadas. Estamos en el camino todos los días. Y es un paso de nuestra andadura la salve cantada ante la Macarena el día de la salida y el encuentro con la Hermandad del Silencio en su capilla, que nos regala su luz para las acampadas y en el Museo y seguidamente delante de Nuestra Señora de las Mercedes de la Puerta Real, con el pensamiento puesto ya en el definitivo adiós a Sevilla, uniendo nuestras voces a las de la Hermandad del Santísimo Cristo de la Expiración y la Virgen Bendita del Patrocinio. No hay adiós menos adiós que aquel que no quisiéramos dar y solo la alegría del abrazo que nos espera en la aldea marismeña nos compensa del adiós que le damos a Sevilla.

Pero todo es caminar y caminar a su encuentro. Castilleja de la Cuesta, Bormujos, Bollullos de la Mitación. Todo un rosario de adioses, todo un rosario de Avemaría s, de salves, de coplas, de abrazos, de esperanzas, que son alimento y pan de cada día del verdadero camino que es el ir hacia Ella, hacia el cielo, hacia Dios.

Camino del Rocío
van las carretas
de un barrio de Sevilla,
la Macarena.
Con un quejío,
del barrio y de Sevilla
se han despedío.

La hermandad va segura
porque, aunque es nueva,
en querer a la Virgen
tiene experiencia.
Y al pastorcillo,
que aprenden a quererlo
desde chiquillos.

La carreta es la gloria
de puro guapa,
milagro de la gracia
labrado en plata.
Y el simpecado
con el oro del alma

se lo han bordado.

Es palio esa carreta,
casa y cobijo
de la Blanca Paloma
y de su hijo.
Cerquita de ella
relucen bajo el techo
veintiuna estrellas.

Y allá van los romeros
por los caminos,
con el andar sin prisas
del peregrino.
Que la andadura
deja un mayor
regusto si no se apura.

Castilleja es la gloria,
Bormujos cielo
y el adiós de Bollullos
borda pañuelos.
Pura alegría
vive en el Aljarafe
la romería.

Los bueyes aligeran
la caravana
cuando husmean los vientos
de la juliana.
Más que ganada
tienen la paz bendita
de la acampada.

Se asienta el simpecado,
crepita el fuego
y el vinillo se cuida
que esté bien fresco.
Desde la umbría
llegan ecos que dicen
Avemaría .

Y es que bajo aquel cielo,
árbol y viento,

van rezando el rosario
con los romeros.
Quién no ha notado
cómo sonríe la virgen
del simpecado.

La noche se hace breve
y de mañana
duele la despedida
de la juliana.
Pero el camino
es el santo y la seña
del peregrino.

Nos esperan el Quema
y el chaparral,
después Villamanrique
y a pernoctar.
Y el ajolí,
tras de cruzar la raya,
nos pone el fin.

Tras el largo camino
por las arenas
ya se encuentra en la gloria
la Macarena.
Que allí en su ermita
espera la Paloma
Nuestra visita.

Tercer Misterio Gozoso
«Nacimiento del niño Jesús»

Y el ángel del Señor se presentó a los pastores y les dijo: no os extrañéis pues os traigo una noticia de grandísima alegría para todo el pueblo; y es que os ha nacido en la ciudad de David un Salvador, que es el Cristo, el Señor.

Debió ser en aquella primera romería como hermandad, vivida en unión de auténtica familia con la hermana y madrina, la de Triana, al hacer la presentación a los pies de la Paloma y ante la Hermandad matriz, cuando en vuestros adentros debió dejarse oír la voz del hermano mayor de Triana cuando dijo a los demás: no os extrañéis pues os traigo una noticia de grandísima alegría; y es que hoy os ha nacido una nueva hermandad de Sevilla, la Hermandad de la Macarena.

Y quedaron muy atrás las primeras dudas, los primeros temores, las voces de los que no creyeron, de los que llamaron locos a aquellos que intentaban dar cuerpo a idea tan descabellada como crear una nueva hermandad rociera en Sevilla, cuando ya existen cuatro. Pero nunca es excesivo el número de agrupaciones, de asociaciones, de hermandades, que se encuentran y se aúnan para rendir culto al Señor y a su Madre bendita. Y ven la luz gozosamente la nueva hermandad con la mayor humildad, dando así sentido al rinconcito sencillo y acogedor de la calle Parra que, previsoramente, se había dispuesto a la manera que el buen esposo José apañó el más cálido lugar del establo para acoger al que había de nacer.

No tuvo María en su peregrinación hogar en el que recibir al Hijo, ni tiene casa en la aldea la flamante hermanad, pero una casa no se edifica únicamente con cuatro muros y una, más o menos bella, cubierta; una casa, un hogar, es algo más, es mucho más y se levanta con el adobe de la buena voluntad, ladrillo a ladrillo, ahondando los cimientos con la fuerza del cariño y al calor siempre de la fe, de la confianza en la Providencia y el más alto sentido de la convivencia y de la verdadera hermandad. Y así labráis vosotros vuestra habitación para el tiempo de espera. Así queda instalado vuestro Portal.

Y se derramará en él a manos llenas el oro de la devoción indestructible y se elevará envolviendo al Pastorcillo el incienso de la plegaria y la copla y el nocturno rosario será como aromada mirra, cosechada en el limpio corazón de un barrio que sabe mucho del amor a Cristo y a la Virgen Santísima.

Solo una consigna que ni siquiera ha sido escrita: unión. Congregación de todo para todos y todos para todo. Para rezar, para cantar, para acudir a saludar a la Madre a la

llegada a la aldea. Para la misa temprana, para e1 rosario general y para ir a su encuentro, cuando Ella abandona la ermita y se entrega a sus hijos.

Al entrar en las arenas
de la aldea del Rocío,
pájaros de escalofríos
nos anidan en las venas.
Atrás quedaron las penas,
los fríos y los calores,
el cansancio y los sudores,
porque del duro camino,
los que guarda el peregrino,
son los momentos mejores.
Y es pura gloria al llegar,
ir a ofrecerle en su ermita,
a la paloma bendita
el regalo de un cantar.
Tiempo habrá para rezar,
que no debe el primer día
quien tanto en ella confía
con problemillas llegarle
y por eso hay que brindarle
todo un caudal de alegría.
Y sin demora a casita,
que la ducha nos espera
y nos sienta de primera
ese agüilla calentita.
¡Qué a gusto cuando se quita
uno el lastre del sendero
y te queda el cuerpo entero
fresco de pies a cabeza!
Cual la espumosa cerveza
que te ofrece el camarero.
Perdóneseme la broma,
pues va siendo necesaria
y oportuna esta plegaria
que a nuestros labios se asoma.
Oh, tu, Bendita Paloma,
que vas guiando el destino
del caminar peregrino;

mientras en la aldea estén
ponlo en las manos también
del Pastorcillo Divino.
Bien sabes que es gente buena
y tiene el alma sencilla
de la gente de Sevilla,
nacida en la Macarena.
Cúbreles con tu serena
y dulcísima mirada
y no le prives por nada
de la luz de tu compañía,
desde que amanece el día,
hasta el fin de la jornada.
Y tú coge esa guitarra
y que grite el tamboril,
que a la sombra de san gil
ya está aquí la calle Parra.
Venga esa copla con garra,
con duende y con poderío
y con todo el señorío
que la hermandad macarena
deja grabado en la arena
de la aldea del Rocío.
Y crece y crece el ambiente
y las ganas de vivir,
de darse, de compartir
lo que en el alma se siente,
que ella siempre está presente
y sabe que una canción,
cantada con devoción,
es la plegaria sincera
que la gente rociera
se arranca del corazón.
y al baile, hermanos y hermanas,
entre sorbos de vinillo,
que también al pastorcillo
le gustan las sevillanas.
Y así tardes y mañanas
de los dos primeros días,
sin que falten energías,

cuando el momento es llegado
de cubrir el simpecado
de salves y Avemaría s.
Y el domingo en el rosario
todos se hacen más hermanos,
más de ella, másMaríanos
y la aldea es santuario
donde un pueblo solidario
a una sola voz proclama,
que el ardor con que la ama
es como encendida hoguera
y, mientras ella lo quiera,
no se extinguirá su llama.
Aquí, Paloma, reunidas,
te aclaman tus hermandades,
que para ti son iguales
y de igual modo queridas.
A tus pies ponen sus vidas,
una a una, hermana a hermana.
La matriz, la más temprana
por ser la madre y maestra
y las nuevas, cual la nuestra,
Macarena y sevillana.
Tú sabes cada momento
de una larga gestación,
desde que fue una ilusión,
hasta nuestro nacimiento
y nos has devuelto ciento
por cada grano ofrecido
hasta darnos la alegría
de poder gritar un día
¡la Macarena ha nacido!

Cuarto Misterio Gozoso
«Presentación de Jesús»

La Sagrada Familia cumplió con los dos preceptos de la Ley de Moisés, aun cuando a ello no estaban obligados. Mas cumplieron para no escandalizar a que creían que Jesús era hijo de San José.

Y cuando el sol el lunes aún se debate entre la umbrala de sus escondidos lares, en su afán por romper el horizonte y derramar sobre la tierra el tesoro de su luz, la Virgen gloriosa del Rocío sale al encuentro de los suyos, de su hijos, para hacerles la presentación de aquel que durante nueve lunas había habitado su seno: este es el Hijo de Dios y Dios mismo; este es el Salvador.

Así nos presenta María a Jesús y se nos entrega confiada y segura de que nada turbará su tranquilidad o la del Pastorcillo, que acoge entre sus manos amorosas y firmes a la vez.

Quién ha dicho que a tierra
van a caerla,
si hay millares de brazos
pa sostenerla
no llega al suelo,
esta Blanca Paloma,
porque en un vuelo
a mirarnos se asoma
y vuelve al cielo.

Porque como un vuelo transcurren las horas que dura la procesión. Y me atrevería a asegurar que así lo sentís vosotros y os falta tiempo para volver casa, acabado el rosario, y, sin transición apenas, correr al Acebuchal para encontraros con Ella.

Y apenas habéis gozado de su presencia, cuando habéis de verla partir, alejarse, como llevada por el recio oleaje de una mar embravecida.

Al mirarla en la calle
me parecía
un barquito que mece
la mar bravía.

Y no hay navío
que por los mares cruce
más decidio
que el barco que conduce
la del Rocío.

Y vosotras, hermanas, también os habrá parecido que el tiempo vuela, cuando tras el rosario y portando el simpecado, como es preceptivo, ponéis toda el alma en el esfuerzo ante el temor de no estar a tiempo en el momento soñado, sin deteneros a considerar el peso con el que cargáis que, con ser mucho, no lo es tanto como la satisfacción y el verdadero gozo de ser las costaleras de tan preciosa carga.

Benditas las mujeres todas de las hermandades. Las de hoy y las de siempre. Aquellas que, por su silencio resignado y prudente, aceptaron las barreras que se les imponían. Las actuales, por valientes y decididas, que prestan mayores y mejores servicios a la hermandad.

Seguid, seguid caminando, que no os rendirá el esfuerzo, mas tened en cuenta que la fugacidad de su presencia es solo una ilusión. Ella está siempre entre nosotros, con nosotros y siempre presentándonos a su hijo, al Salvador, al Redentor, al Hijo de Dios.

La Virgen está al llegar
y el silencio se hace dueño
y señor del acebuchal.
ya le han rezado la salve
en la Puebla y en Umbrete
y la tenemos delante.
Ya están las dos cara a cara,
ya están las dos frente a frente
mirándose ilusionadas.
Y la virgencita nuestra
hace la presentación
de la hermandad macarena.
Palomas de escalofríos
nos revuelan por las venas
y hacen en ellas su nido.
El corazón puesto en hora
y en las gargantas un grito
que en las gargantas se ahoga.
Cuánto duelen las palabras
que decimos con los labios,
pero que brotan del alma.

dios te salve, Salvadora,
y vuélvenos tu mirada
para que huyan las sombras.
Y la salve va surgiendo
sin que las voces apenas
se eleven sobre el silencio.
Pero la Blanca Paloma
oye la voz de sus hijos
sin que salga de la boca.
Muéstranos al pastorcillo,
presenta a tu pueblo el verbo
que carne en tu carne se hizo.
Y fue la salve primera
bautizo de sentimientos
de la hermandad macarena.
salve que, al pasar los años,
se nos va haciendo de seda
en el telar de los labios.
Y es nuestra mejor ofrenda
cuando en el acebuchal
nos encontramos con ella.
Y es el rezo más que rezo
diálogo sin palabras
que tiene sabor a premio.
Es galardón a la entrega,
al esfuerzo sin renuncias
y a la devoción sincera.
Dios te salve, Salvadora,
y haz que algún día alcancemos
el gran premio de la gloria.
Pues, si en tus manos nos llevas,
caminará sin temores
nuestra hermandad macarena.
Beso a beso desgranando
en su camino hacia Dios
las cuentas de tu rosario.

Quinto Misterio Gozoso
«El niño perdido, hallado en el templo»

Cuando María y José hallaron a Jesús en el templo, María le dijo: hijo, ¿por qué nos has hecho esto? Mira que tu padre y yo, angustiados, te hemos estado buscando.

Él les respondió: ¿por qué me buscabais? ¿No sabíais que es preciso que mi ocupe en las cosas de mi Padre?

Séame permitido recordar un par de sevillanas que escribí allá por los años 1964 o 1965, cuando yo aún no me atrevía a llamarme rociero.

Qué trabajito cuesta volver la espalda,
sabiendo que se queda solita en casa.
¡Ay, si tuviera
un laíto pa estarme
siempre a su vera!

Qué triste es el romero
que no florece,
más triste es el camino
cuando se vuelve.
Largo y vacío
el camino de vuelta
de mi Rocío.

Pero me equivocaba; ya he dicho que no tenía gran experiencia. Y erré porque la Virgen del Rocío jamás se queda sola, ni puede ser ni es triste el camino de vuelta. Quizá sobrevuela sobre los romeros un aire de nostalgia y de melancolía, pero el corazón, los corazones laten plenos de alegría.

La sola contemplación de la Blanca Paloma, en el siempre frustrado intento de encontrarnos con su mirada, que Ella parece esconder como humilde y recatada doncella, hace aflorar de nuestro pecho esa íntima alegría, que solo en contadísimas ocasiones disfrutamos y que será nuestra compañera durante el tiempo del regreso.

A veces, he pensado que las prisas del vivir, las ambiciones, las pequeñas y grandes contrariedades, nos hacen que olvidemos esas menudas alegrías y las arrinconemos en algún lugar apartado de nuestros interiores y allí permanecen ignoradas, perdidas. Por

eso es tan maravilloso el gozo de encontrarlas en el recoleto templo del alma.

Y el exultante gozo, la felicidad, la infinita alegría resplandecen en la mirada de todos cuando en la mañana del martes se vuelve a los caminos y se inicia la cuenta atrás para el próximo encuentro con la Madre.

Y la profunda alegría no la empaña la dilatada jornada primera del regreso ni la dureza de la andadura y alcanza las cotas más altas cuando en Villamanrique la Virgencita chica de nuestro simpecado dialoga con la del añoso simpecado de la primera hermandad filial. Con toda seguridad, se han puesto de acuerdo para prestar a los romeros nuevas fuerzas y coraje para lo que aún resta de camino hasta Sevilla.

Y a la llegada, ante las imágenes del Santísimo Cristo de la Expiración y Nuestra Señora del Patrocinio, comenzarán a latir con un compás distinto los corazones todos. Ritmo que se irá acelerando al adentrarse en la ciudad, que se va congregando más y más y que parece preguntarle: ¿dónde habéis estado todos estos días? Nosotros angustiados os andábamos buscando.

Nuestra respuesta será siempre la misma: ¿por qué me buscabas, Sevilla?

Bien sabes que hemos de estar cada año, cada lunes de Pentecostés, a su lado. Junto a Ella, junto a la Madre de Dios, la Virgen del Rocío, la Reina y Madre de las marismas.

Y donde el rosario acaba
comienza una letanía
de alabanzas, de requiebros
en tu honor, madre santísima,
de piropos, que tienen
más sabor de Andalucía.
Son florecillas del alma
de esta hermandad de Sevilla,
macarena y rociera
hasta las entrañas mismas.
Ruega y pide por nosotros,
linda pastora divina,
pues cuando ocupa tu vientre
el Señor te diviniza.
Ruega y pide por nosotros,
Rocío de la alegría,
Madre gloriosa de dios
y Reina de las Marismas.
Paloma inviolada y virgen
y purísima y castísima
y madre del Creador,
salvador de nuestras vidas.

Madre de veneración
y de la exaltación digna.
Clemente, fiel, poderosa
y espejo de la justicia.
Trono de toda sapiencia,
causa de nuestra alegría,
vaso de la devoción,
aromada rosa mística
y auxilio de los cristianos
que a tus manos se confían.
Ruega y pide por nosotros,
reina por dios elegida
como reina de los cielos
y reina de nuestras vidas.
Reina creada sin mancha
y sin mancha concebida
y, por la gracia de dios,
virgen y madre purísima.
Ruega y pide por nosotros
y líbranos de avaricias,
de egoísmos, de rencores,
de pasiones desmedidas
y, cuando la voz del padre,
nos convoque en sus marismas,
acércanos tu rosario,
tiéndenos tu letanía
a tus hijos macarenos,
rocieros de Sevilla,
y haz que alcancemos un sitio
en la patria prometida.

El credo se echa al camino
Hermandad de Gines

Aquí vengo,
señoras y caballeros,
con la mejor semilla
de mi granero.
Y algunas flores,
que también os ofrezco
de mil amores.

del amor a la Virgen,
que nos hermana,
vengo a hablar con vosotros
por sevillanas.
Os traigo un río,
o un rosario de coplas
para el Rocío

pero algunos me han dicho:
si vas a Gines,
nuestro mejor consejo
será que afines.
Porque es la base
del romero de Gines
su mucha clase.

No intentes adularlos
o darles coba,
ni les eches piropos,
porque les sobran.
Todas las flores
a la Virgen Bendita
de sus amores.

Tienes que ser muy claro
y muy leal,

que a Gines hay que ir siempre
con la verdad.
Como ellos son,
de par en par abierto
su corazón.

Por eso vengo a hablaros
por sevillanas,
seguidillas de siempre
y del mañana.
¿Cómo lo hacéis
al decirle a la Virgen
que la queréis?

Que fue por semillas
aquel rosario
y es de la fe de Gines
su relicario.
Por eso quiero
brindaros estas flores
de mi vivero.

Flores recién cortadas
y verdaderas,
que con flores de trapo
os ofendiera.
Que fui advertido
y tan sabios consejos
los he seguido.

Las flores para ella,
y al peregrino,
poder seguir las huellas
de su camino.
Esta es mi mano,
estréchala, si quieres
que sea tu hermano.

Excelentísimas y dignísimas autoridades, señor hermano mayor y Junta de Gobierno, dignísimas representaciones, hermanas y hermanos, señoras y señores.

Casi no había terminado la pregunta y la respuesta fue rotunda, terminante: oiga, que la Hermandad del Rocío de Gines lleva ya muchos años haciendo el camino. Más aún: prosigue en el camino día a día a lo largo del año, de todos los años, desde sus principios.

Tenga por cierto que lo que le estoy diciendo es su forma de vida, su manera de ser, de sentir. El pueblo de Gines, sin apenas excepciones, vive la devoción a la Blanca Paloma ininterrumpidamente, sin pausas, casi como una obligación, sin sentirse obligado aunque le pueda parecer paradójico. Pero es que hay obligaciones que se cumplen a plena satisfacción y con total entrega. ¿Qué madre no es dichosa y se siente realizada, como ahora suele decirse, cuando atiene a su deber, a su obligación de amamantar a su hijito, a su bebé? Y usted mismo, siguió diciéndome aquel paisano vuestro, usted que ha aceptado la invitación de nuestra hermandad a pronunciar el pregón este año y que desde ya se siente obligado a cumplir su compromiso, ¿no llevará a cabo su misión con alegría y felizmente? Pues así, con verdadero gusto, con alegría, sin la menor tensión, vienen cumpliendo los rocieros de Gines su compromiso, tal vez no escrito, pero aceptado en plenitud sin titubeos desde la niñez y a lo largo de todas las generaciones.

Así me habló aquel anciano rociero al que pedí información sobre vosotros y sobre vuestra hermandad; con desnuda claridad y hasta cierta dureza y, sin embargo, en un tono que podía herirme y, la verdad, me hizo comprender muchas cosas que ignoraba y sentirme más cerca y más ligado a este bendito rincón de nuestro Aljarafe. De aquella lección magistral, saqué mis propias conclusiones, tales como que para quienes vivís en profundidad el sentimiento rociero, lo entendéis como algo o, mejor dicho, mucho más que un largo caminar atravesando parajes encantadores, salpicando cada jornada de singulares anécdotas y adobando la andadura con los cantes por sevillanas, que quieren ser salmos y piropos para la que es Reina, Madre y Abogada nuestra y disfrutando las nocturnas acampadas bajo las estrellas, que hacen propicio el acercamiento agrupados junto a la candela y dando fin a exquisitas viandas y buen vino de la tierra.

Quiero que me comprendan, porque soy un rociero relativamente reciente, ya que cuando llegué a Sevilla rondaba los treinta años y en mi pueblo, Morón de la Frontera, nunca había oído hablar del Rocío y esto ocurría en el año cincuenta y tantos. He tenido que aprender, a marchas forzadas, lo que a vosotros os enseñan en la infancia. Así que no os extrañe que destaque vuestro bien hacer a pesar de tener en cuenta el no pasarme en los elogios, magnificando vuestra actitud, ateniéndome a los consejos recibidos sobre que no sois propicies a la adulación.

Pero, en el conocimiento al que he llegado, a la información que he recibido donde quiera que haya llamado, debo un convencimiento que en modo alguno puedo dejar de exteriorizar, con la esperanza de que entendáis mis aseveraciones como leales y auténticamente basadas en la verdad.

Yo he conocido a algunos, y vosotros los conocéis también, que se llaman a sí mismos rocieros porque arriban a la aldea en los días de la romería y se preparan para recibir en casa propia, o alquilada y pagada a precio de locura, a grupos de amigos a ser posible de los que salen en las revistas de colorines. Mientras mayor sea su grado de popularidad, mejor, para cuando llegue el momento de contarlo al regreso. Y llevan su medalla al cuello, a ser posible de metales preciosos. Yo escribí hace algún tiempo una sevillana…

Todos los romeros llevan
su medalla con orgullo,
algunas de oro o plata
y otras sin valor ninguno.
Esta que tú me has traío,
no me importa lo que vale,
porque soy un convencio
de que todas son iguales
pa esa Virgen del Rocío.

Llevan su medalla, digo, y puede que hayan hecho el camino y hasta se acercan a la Virgen el Lunes de Pentecostés para rozar su manto, cuando Ella abandona su ermita y se hace templo toda la marisma, o catedral sin muros y sin fronteras, porque cuando la que es Madre de Dios y Madre nuestra va al encuentro de sus hijos no existen límites para su influencia ni pueden ponerse cotos a su alcance.

Ellos, esos que todos conocemos, han cumplido el rito sin duda, han estado presentes en todo el ceremonial y puede que hasta se hayan acercado a recibir la Santa Comunión, pero... Siempre hay un pero, ya se sabe. Y no quistara que mis palabras se interpretaran como crítica o censura, de ninguna manera, ya que no pasan de ser un simple comentario sin acritud y, si ellos dicen ser rocieros, no seré yo quien lo ponga en tela de juicio, porque estoy convencido, de no estar investido de autoridad para determinar quién puede y quién no puede usar en derecho de tan sencillo y a la vez tan noble título. Siempre he creído que únicamente Ella puede decidirlo y bien sabemos que jamás rechazará a ninguno, ni tan siquiera a aquellos que la niegan, porque espera. Ella espera siempre, Ella es esperanza, ha sido, es y será en todos los tiempos esperanza y sabe que, algún día, acabarán por buscarla, por buscar su mirada, esa dulcísima mirada suya, dirigida siempre hacia abajo, hacia nosotros para no perdernos, para que no escapemos a su cuidado, a su continua vigilancia y protección.

No diré que se equivocan al decirse rocieros, pero sí se equivocan y dan una pobre y triste idea de lo que es el Rocío cuando vuelven a casa. En su relato de lo vivido solo aparecen los momentos lúdicos, divertidos y maravillosamente festivos y, claro está que los hay, faltaría más, pero que, vosotros lo sabéis, no significan el ser, la esencia de la peregrinación.

Bien venidas sean las sevillanas a la romería y los fandangos de Huelva y la alegría y el vinillo y la risa franca y abierta, que la risa es el maná que ahuyenta los malos pensamientos

Ella misma, la Madre, sonríe, sí, yo la he visto, cuando nos ve y nos sabe contentos.

Pero es necesario saber ver dónde está la verdad y no hacer partícipes de nuestros errores a quienes no la conocen, porque en el relato equivocado de nuestras vivencias en la romería, podemos inducir a una falsa imagen de la misma. Pero yo he tenido la suerte

de haber sido informado sobre vuestra manera de entender el Rocío, de vivirlo y sentirlo, por quienes me dieron la medida exacta, sin añadidos de ningún tipo, bien para magnificar la actitud religiosa, ni tampoco hurtar, esconder los posibles yerros, que ni pecadillos alcanzar a ser.

Así, más o menos, me habló aquel señor, aquel buen hombre, tan mayor, que, pese a mi mucha edad, me he atrevido a llamar anciano.

Tienes que venir a Gines
y conversar con sus gentes,
que te hablen, que te digan
como piensan, como sienten.
Como, si al Señor le rezan,
su voz es segura y fuerte,
y, si con la Virgen hablan,
los tonos se hacen más tenues
y la oración es diálogo
de dos que bien se comprenden.
Y no olvides lo que en Gines
se tiene siempre presente.
Y es que, para el rociero,
hay caminos diferentes
y que para la andadura
el costo no es igual siempre.
Hay quien abre las alforjas
le echen lo que le echen
y hay quien selecciona el agua
y el pan que habrá de comerse.
En Gines siempre te dan
agua fresca y pan caliente,
que aquí los chiquillos nacen
con dos panes diferentes.
Uno es puro candeal,
dorado, tibio, crujiente,
y el otro negruzco y duro
que a nadie se le apetece.
Y tan solo el recién hecho
es el que en Gines te ofrecen
y compartirán contigo
cuando a su mesa te sientes,
rociándolo con mosto

y con una copla siempre.
El pan negro, cuando lo hay,
a solas debe comerse
y eso es evangelio en Gines
que desde niño se aprende.
Debes, amigo, venir,
que te hablen, que te cuenten
y te digan cómo van
y te digan cómo vuelven
y sabrás lo que es Rocío
como la Virgen lo quiere.

La actitud gallarda y el absoluto convencimiento de sus afirmaciones causaron en mi ánimo tan profunda impresión, que a punto estuve de solicitar de la Junta de Gobierno de la Hermandad que se me relevase de mi compromiso, pero fue solo duda de un momento y por eso, ahora, intento cumplir con él con verdadera satisfacción y con el orgullo de ocupar esta cátedra en la que me han precedido los mejores. Mas no por ello exento de una grave preocupación, que ha extendido sus límites, tras la forma en la que Aurelio me ha presentado a vosotros: en Gines no es menester decir su apellido dibujando un retrato mío en el que no sé si van a encontrar mucho parecido. Gracias, poeta, porque sobre tu altura como tal, has puesto al contarles a nuestros hermanos quién y cómo soy, tu condición de amigo incondicional. Ella, nuestra Madre, te lo pague. Gracias.

Acuden ahora a mis labios, junto al nombre precioso de la que es Reina de las marismas, otras dos advocaciones, bellísimas también, de la Virgen Santísima que poseen lugar de privilegio en el corazón de los ginenses... La Virgen de Belén, su Patrona y la Virgen de los Dolores, cuya imagen tan venerada, fue presa de un fortuito y desgraciado incendio...

No podía yo venir a hablar con vosotros de la Virgen del Rocío, sin detenerme, al menos un instante, en el monumento a la devociónMaríana que es gala y honra vuestra y que me place dedicarle un rincón de mi charla, significándola en estos dos nombres de tan hondo y terminante significado en el tránsito de María por la tierra. Belén, el principio glorioso de una madre y el tremendo y amargo final de su dolor, de sus Dolores.

Pero voy a permitirme la licencia de fantasear imaginándolas a las dos allá arriba inmersas en un diálogo imposible, tanto que solo a un niño o a un loco se le podría ocurrir.

Yo no soy un niño, pero… casi puedo escuchar las dulces voces de Belén y de Dolores;

Quizá, estoy equivocado,
pero creo oír las voces

de las que tú me has hablado
y tan a fondo conoces
y mi sentido han turbado.

Belén, no quiero pensar
que en vísperas del Rocío,
en su loco trajinar,
pone Gines tanto brío
que te pudiera olvidar.

Sabes, Dolores querida,
que aquí soy yo la patrona
casi de toda la vida
y no existe una persona
por la que no sea querida.

Claro está, tienes razón,
no caerás en el olvido
de los que fieles te son
y tan hondo te has metido
dentro de su corazón.

Gines tan Maríano es,
que su amor es como un río
ancho, que alcanza a las tres.
a ti y a mí y a Rocío.
y esa es su fe como ves.

Es muy cierto lo que dices,
el pueblo entero la adora,
mas como yo los bendices
cuando nuestro amparo implora
y eso nos hace felices.

Bendito pueblo, bendito,
que cuenta siglos de historia
y cumpliendo como un rito
ensalzando nuestra gloria
y en letras de oro lo ha escrito.

Bendito igualmente el día
en que el pueblo todo unido
partirá de romería
y tú une, te lo pido,
tu bendición a la mía.

Con todo mi corazón
te bendigo, peregrino,
que en armonía y unión
te adentras en el camino
guiado por la ilusión.

ve, que te llama Rocío
y Gines estará bien,
pues no se queda vacío
si Dolores y Belén
cuidan de su señorío.

cada una, embelesada,
hacia su hermana ha mirado
y, como no añaden nada,
el silencio se ha adueñado
de la parroquia cerrada.

Este soñado dialoguillo ha venido a incrementar el acervo de mis conocimientos sobre el modo en el que la población ginense, eminentementeMaríana, siente y vive la devoción rociera y adónde le lleva su encendido amor a la que es Reina de las Marismas.

Y ha sido gracias a la información de mis asesores cómo he conseguido ordenar mis ideas y llegar finalmente a la conclusión de que en Gines se siente el Rocío como una abierta y rotunda protestación de fe. Es, así lo puedo afirmar, la ininterrumpida afirmación de vuestro credo, que alcanza su culminación en la manifestación multitudinaria que supone la participación de la romería anual, más conservando todo su rigor y su hondura a lo largo del año, de todos los años, tanto en lo espiritual como en la práctica.

Puedo y me atrevo a considerar, sin la menor vacilación, que vuestro amor a la Virgen del Rocío ha consolidado en vosotros el compromiso adquirido por los cristianos en el Credo, en el símbolo de nuestra fe.

Creo en Dios Padre, decimos conscientes de a qué nos obligamos. Viva la Madre de Dios, gritáis vosotros, porque creéis que es la Madre del Padre. Basta con esta afirmación, con esta aceptación para asumir igualmente el prolijo detalle de qué y a cuánto nos obliga el Credo.

Viva la Madre de Dios, de ese único Dios Padre, Creador de todo lo visible y lo invisible. Y creemos en Jesucristo, su único Hijo, al que Ella acoge amorosamente en su regazo, como anticipado anuncio del amparo, de la protección para con la humanidad a que ha sido destinada.

Nada tengo en contra de otras formas de entender el Rocío, Dios me valga, que yo jamás me atrevería a ser censor de nada ni de nadie, y pienso que tampoco es esta ocasión para galardones o reproches a unos o a otros. Con la verdad por delante, me advirtieron

y con la verdad estoy ante vosotros, porque no es mi verdad, sino la de quienes me informaron, y que no son únicamente hijos del pueblo, que pulsé también a aquellos que acogéis con las manos abiertas y se unen a vuestra hermandad y con vosotros comparten camino y acampada, hogaza, candela y plegaria, porque aprenden con vosotros a rezar vuestro Credo. Y con vosotros repiten «y nació de María, la Virgen y se hizo hombre». ¡Creo!

Qué formidable y aleccionadora manera de sentir esta singular devoción y conservarla sin mistificaciones ni vanos adornos y con la mirada puesta en esa corriente expansiva fulgurante que bien pudiera poner en riesgo su esencia y su espiritualidad.

Ven, ofrecéis a aquel os llega, camina con nosotros hacia la aldea, acompáñanos cuando entremos en la ermita y con nosotros reza nuestro Credo. Une tu voz a la del pueblo de Gines y gritemos juntos: ¡viva la Madre de Dios! Alegremos a la que le llevó nueve lunas en su seno, porque el Dios Hijo ha resucitado. Ven, forastero, que en la hermandad rociera de Gines, hay reservado siempre un lugar para ti. Y cuando grites ¡viva la Blanca Paloma! No olvides que estás saludando en Ella al Espíritu Santo. Al que recibe la misma adoración que El Padre y el Hijo. El que habló por los profetas. Viva la Blanca Paloma. Viva la Madre de Dios. Viva la Virgen del Rocío.

Amigo, acompáñame,
que a lo largo del camino
siempre hay algo que aprender.

Tiene sus ratitos malos,
pero rezando se alivian
y hasta se olvidan cantando.

Que hay que saber alternar
el tiempo para una salve
y el tiempo para un cantar.

Y al final de cada día
un buen bocado y buen mosto
y una candela encendía.

Ten cuenta en las acampadas
que, pa el que sabe entenderlos
hasta los silencios hablan.

Apenas el sol se pone
van despertando las buenas
y las malas intenciones.

Pero no pases, cuidao,
si ves que está sonriendo

la virgen del simpecao.

A ella nada se le escapa
y sabe que no hay en Gines
alguien que quiera enfadarla.

Fíjate en esa abuelita,
que se para ante la virgen
y va y le cuenta su vida.

Y esos dos o tres chavales,
que ante el santo simpecao
se santiguan tan formales.

Luego, a jugar otra vez,
gritando como diablillos,
que es como tiene que ser.

Y otra cosa has de aprender,
que en el camino verás
solo lo que debes ver.

Y para hacer lo que debes,
muros has de levantar
allí donde no hay paredes.
Que nada puede importarte
el pajarillo perdío
que no va a ninguna parte.

Tú mira siempre hacia adentro
y ve como vuelas tú,
que así lo hacen los nuestros.

en Gines volamos alto,
pero sin perder de vista
a los que vienen andando.

Toda el que enciende candelas
jamás le pregunta el nombre
a quien con él se calienta.

Y si te ofrece su vino
está abriéndote los brazas
cuando lo apura contigo.

Y hay coplillas que se cantan
que son flores en los labios

con la raíz en el alma.

Y escucha, escucha al silencio,
cuando entre tantos sonidos
acaba haciéndose el dueño.
Anuncia que ya es la hora
en la que todos unidos
hablemos con la Señora.

Conque vamos a acercarnos,
bien dispuesto el corazón
para rezar el rosario.

Adelante, compañero,
bueno, mejor dicho, hermano,
porque ya eres rociero.

Y si no te importa, dime
si has aprendido a rezar
el credo que reza Gines.

Porque cada Avemaría
es protestación de fe
gritada con valentía.

Credo, Avemaría s, cantos
y piropos y requiebros
trenzan el santo rosario.

Y después… no hay más después
que el camino de mañana
al que debemos volver.
Y a dormir, hermano mío.
Que te sirva de provecho
todo lo que has aprendio
en la primera acampada
de mi Hermandad del Rocío.

Naturalmente se han percatado de que a este aprendiz de rociero me lo he inventado yo y hasta es posible que haya nacido de mi propia imagen cuando me iniciaba como romero. Pero ahí está y, una vez creado, voy a seguir utilizando y, ayudándome de la imaginación, voy a situarlo en la mañana, apenas amanecida, de la segunda jornada de camino y recién acabado de despertar, aunque para él la palabra despertar debe carecer de sentido ya que, asaeteado por el recuerdo de las múltiples emociones experimentadas a lo largo del día, casi no ha pegado ojo en el limitado espacio de tiempo destinado al

descanso. No obstante, ha acudido presuroso a la tempranera misa y, absorto, ha podido constatar la masiva asistencia de devotos al Santo Sacrificio y el elevado número de ellos que se han acercado a recibir la Comunión.

Profundamente conmovido ha apretado fuertemente, en la mano hasta hacerme daño, la flamante medalla de la hermandad que lleva al cuello y que le ha sido entregada momentos antes por un desconocido, que con una sonrisa abierta le decía que si viene con Gines debe llevar su medalla. Cuando quiso saber quién era aquel hombre, este le respondió que solo un romero de Gines y que la medalla se la ofrecía en nombre de otro rociero, ginense también, cuya devociónMaríana, especialmente aplicada a Nuestra Señora del Rocío, puede considerarse como reflejo y modelo de comportamiento de los hermanos y hermanas de nuestra hermandad. Finalmente, le reveló el nombre de aquel por quien le hacía entrega de tan hermoso obsequio, pero antes, hablando con el más profundo respeto, le informó de que no intentase buscarlo en la caravana, porque este año ha peregrinado por las altas marismas del Señor. Y casi en un susurro, entrecortada la voz por la emoción, pronunció su nombre: Lucas. Así, sencillamente, sin apellidos; Lucas. Y, mirando al infinito, añadió: yo sé que va caminando sin prisas, severo, pero sin el menor asomo de tristeza y portando esta vez un nuevo simpecado singular y luminoso, porque ha sido labrado a golpes de oraciones, de Avemaría s y de piropos, respetuosos siempre, rezados las más de las veces por sevillanas, como la hermandad de Gines, el pueblo de Gines permanece en contacto con la que es su Madre Gloriosa, Rociadora de la Paz y de la Gracia. Rocío del Amor. Rocío de la Esperanza. Rocío y forjadora de nuestro credo, sostén de nuestra fe y camino seguro en nuestra peregrinación hacia el Padre.

Y, tras él, en pos del ideal simpecado, todos aquellos y aquellas que nos han precedido y alcanzado su sitio en la anchurosa ermita que Ella tiene por morada en las alturas.

He llegado al convencimiento, y esto, hermanos y hermanas, lo digo yo, de que en estos días de impaciente espera, cuando ya por las contadas fechas que os separan de la salida, una cierta inquietud debe acelerar el corazón, también ellos, los que se os han ido, han de estar como vosotros más unidos y, a una sola voz, que allí para nada precisan, rezarán sin inútiles palabas vuestro credo, vuestra protestación de fe, esperando, como todos esperamos, el perdón de los pecados y la resurrección de la carne.

Y convencido estoy igualmente de que plegaria, oración es, también sin palabras y sin voz, ese ir y venir, ese trajín que en estos días previos se advierte en las calles, en las que parece que el aire se ha densificado y cuesta respirar libremente y se les ve a unos y a otras más alegres que de ordinario, más decidores, mas comunicativos y hay miradas que se dirigen al cielo, como preguntándole qué tiempo se os dará para entonces, para ese entonces tan esperado, tan deseado, aunque bien es verdad que nada importa el tiempo mejor o peor que pueda hacer, cuando se piensa que se va hacia un tiempo dedicado por entero al amor. El amor a Ella; el Amor al Padre y al Hijo. El amor al hermano y a la hermana. A todos y a todas los que van a peregrinar con cada uno de vosotros.

Pero hay que volver al camino y la caravana se enfrenta ya a la ruta que conduce a Villamanrique. El nuevo romero, deslumbrado, saborea hoy con verdadero deleite cada instante, cada paso, cada sorpresa que el camino le ofrece. Se siente ahora como miembro de la hermandad que, según él piensa, le ha prohijado. Hombre de ciudad y de ciudad populosa, encuentra encantador el trato de que es objeto por, hombres y mujeres, que acaba de conocer. Sin percatarse de ello, ha expresad en voz alta este pensamiento. Tan absorto está y tan conmocionado por el impacto que le ha producido el ambiente familiar y afectivo que le envuelve.

«Así es la gente de Gines, así es nuestra hermandad. En el camino, en la aldea de la Señora y allí en nuestro pueblo, día tras día todo el año».

El que así ha hablado es un hombre joven, fuerte, que ha alcanzado a oír sus palabras y ha querido darles respuesta. Se ha situado a su altura, le ha ofrecido un cigarro y también un asiento en su carriola, en la que va su familia. La caminata es bien larga y el cansancio puede llegar.

Se establece un diálogo, casi monólogo, que es toda una preciosa lección; impartida con total sencillez y filosófica sabiduría. Posiblemente, este caminante de mi invención, cuando vuelva del Rocío, haga suyas estas sevillanas:

Tú fuiste un buen compañero
para mi primer camino,
me enseñaste una copla,
me diste un trago de vino
y, andando por las arenas,
recé una salve contigo.
Compañero,
aquel que por el camino
encuentra un buen compañero,
tiene marcado su sino:
es su destino,
ya es pa siempre rociero.

ESTA SERÍA LA PRIMERA Y LAS OTRAS TRES, CON EL MISMO ESTRIBILLO, ESTA:

En la primera acampada,
ya éramos buenos amigos.
Me ofreciste tu candela,
me diste mesa y cobijo
y rezamos el rosario
con tu mujer y tus hijos.

Contigo llegué a la aldea
y en la ermita entré contigo,
a la virgen le contamos
lo bueno que fue el camino
y ella, con una sonrisa,
premió tus buenos oficios.
Tú me acercaste a su paso
aquel lunes tan bonito
y, cuando rocé su manto,
juré volver al camino
y abrirle a alguien la mano
como tú has hecho conmigo.
Compañero,
aquel que por el camino
encuentra un buen compañero,
tiene marcado su sino, es su destino,
ya es pa siempre rociero.

Pero nuestro inventado aprendiz de rociero tiene aún mucho que aprender y, consciente de ello, se ha abierto enteramente y se ha confiado sin reservas a quienes sin pensárselo le han aceptado, tal cual lo hacen de siempre y aquellos que les llegaron antes son ya como parte de ellos mismos y con ellos comulgan credo y alegría.

El camino, le han dicho, es como la propia vida y te depara momentos deliciosos, inefables y otros, por el contrario, que pueden dejarte un cierto saborcillo amargo en los labios. Como suele decirse, una de cal y otra de arena. Al igual que el vigor de cada día, el camino rociero se nos ofrece, a veces, abierto y venturoso y, en ocasiones, un tanto intrincado y salpicado de contratiempos y hasta de falsos espejismos.

La vida es así y así es el camino, porque una y otro no son otra cosa que la andadura hacia Él, hacia el Eterno. Y nosotros, seguían informándole, los rocieros de Gines, vamos a su encuentro por ambos senderos, siempre a través de la que eligió para acercarse a su pueblo y en Ella encarnó y a su pueblo se la dejó en legado irrepetible y como ruta firme y segura, abierta y sin acechanzas hacia su prometido reino.

Apresúrate, pues, a aceptar con decisión, atrevido: enfrenta cualquier eventualidad de no buen cariz y sigue el ejemplo del peregrino avezado, que sabe aceptarlas con su puntito de filosofía. Y cuando llueva, piensa que del cielo nos llega la lluvia y es alimento precioso para los predios por los que caminamos y hace florecer ese lirio al borde mismo del camino, y algo más adentro abre las azules florecillas de romero y las pudorosas margaritas que acaso disiparan las dudas de la muchacha que desea saber si la quiere o no la quiere su galán. Mira a tu alrededor y disfruta el paisaje. Y mira en tú interior, en el que posiblemente esté ya floreciendo este creo en Dios que hizo todo lo visible y lo

invisible. Creo.

No importan ni el calor ni el frío. Ahí está la manta, que se recoge o se despliega, según sea menester. Y si el polvillo que levantan tantos pies camineros se te enreda en la garganta, siempre habrá una mano que te tienda una bota de buen mosto. Muy por encima de esa arena finísima se eleva el alma, a la que hay llevar en todo momento bien al alcance de la mano y así ninguna otra cosa podrá detenernos, ni hacernos vacilar.

¡Qué más da! ¿Verdad, Madre Bonita del Rocío?

No van a arredrarnos esos mínimos incidentes que en el camino del Rocío y en el camino de la vida pueden acecharnos cuando vamos felices hacia ti.

Y surgirá una copla y esa chispa de ingenio inesperada, que corre de boca en boca de principio a fin de la caravana y hace sonreír a todos y que todos abran las alas del espíritu y coreen con alegría indesmayable ese cantar que es oración, plegaria, como plegaria sin palabras es el caminar descalzo de esa anciana que no se despega de la rueda de la carreta. Y oración es también el adorno floral de la carreta, que se ha ido disponiendo flor a flor, con amor y devoción, igual que se reza cada Avemaría del rosario. Y experiencia tiene para bienhacerlo el capillé, que va acercándose a los cincuenta años de cumplir como un rito con su hermosa e irrenunciable misión. Quizá, cada año, cuando llegue a la ermita, su petición a la Virgen sea solo una y siempre la misma: y el año que viene, permite que vuelva a poner mis flores en tu simpecado.

Sin embargo, ante la formidable eclosión de colores, perfectamente combinados, siempre habrá alguien que, sin estarle sus méritos, puede exclamar:

¿Cómo va la carreta?
me has preguntado,
y ná más tengo ojos
pá el simpecado.
Con esa carga,
¿quién mira la carreta
por más que valga?

Y allá que va, retablo vivo y nidal de amores sin fin, aproximándose ya al final de la segunda etapa de su largo caminar rumbo a la acampada definitiva, a los pies mismos de la imagen gloriosa de la que es Reina de las Marismas, que tendrá tantas; y tantas cosillas que preguntarle a aquella que desde el bordado de oro y de besos del simpecado, habrá de contarle uno y otro y vaya usted a saber cuántos detalles inolvidables y singulares vividos en tres jornadas, que se llevaron a cabo sin desmayos, casi a campo a través, descansando en improvisados cobijos y siempre en fraternal convivencia de hombres y mujeres, mayores y jóvenes y toda esa chiquillería que mirándose en sus padres, aprenden a desentrañar y asimilar la hondura del credo y a mezclar juego con oración, Avemaría con alegre coplilla y ya en sus actitudes hay como un recital de su temprana

proclamación de fe.

Pero, hermanos y hermanas, volvamos a la caravana, que ha plantado la carreta del simpecado en la plaza mayor de Villamanrique de la Condesa y nuestro particular peregrino no quiere perderse lo que le han dicho que allí va a suceder. Y lo cierto es que apenas puede dar crédito a sus ojos cuando ve que los bueyes que a punto están de penetrar en el grandioso templo parroquial, arrastrando a los miembros de junta de la hermandad manriqueña, que hace los honores a los recién llegados. Pero nada hay que temer, el impulso juvenil que ha forzado a la carreta conoce perfectamente dónde está el límite y los bueyes se detienen en el momento preciso y quedan como observando el abrazo de ambos hermanos mayores, el intercambio de muy lindos ramos de flores y canto solemnísimo y multitudinario de la Salve. Es como explosión de color y de sonidos, que deslumbra y enardece a unos y a otras.

La carreta ha girado y se dirige reposadamente al llamado corredero, donde quedará situada, bien a la vista de todos, preparada para el rosario, que se rezará cuando los romeros se hayan aposentado. Tengo que pedirle a algún romero que esa noche, en el corredero de Villamanrique, le pida a la Virgen por mí y por mi gente y por mi pueblo, Morón de la Frontera, que ya he dicho que en el año mil novecientos cincuenta y tantos no se oía hablar del Rocío y, actualmente, existe una asociación que espera alcanzar de la matriz el título de hermandad filial.

He dejado para esta noche mi petición porque a la Virgen del Rocío le traen muchísimos recuerdos los campos y las gentes de Villamanrique. Todos sabemos por qué.

Y ha llegado el momento de despedirme de mi inaprensible romero, ese que ha nacido de mi fantasía y que no tiene rostro y carece, igualmente, de nombre y apellidos. Voy a dejarlo a su aire, sin que me remuerda la conciencia porque lo dejo en las mejores manos. Seguro que ya ha dispuesto en su alforja para lo que aún resta de camino y para la estancia en la aldea y, de acuerdo con los consejos del sacerdote, aquellos víveres que son precisamente los que cada romero provisiona año tras año con generosa abundancia. Amor, comprensión, saber estar, generosidad… Porque un pedazo de pan, o un plato de sopa, un vaso de agua y hasta un trago de mosto no ha de faltarle. Dotadle vosotros, hermanos, señas de identidad, porque bien sabido es que en más de una ocasión habéis acogido a un peregrino, que se le parece en tal manera que tal vez podáis confundirlo con el que yo he creado y que ahora os confío. Y tú, amigo mío, hermano, y he decidido llamarte así pese a que poco tiempo hemos tenido para conocernos en profundidad, pero me ha sido posible advertir que cuando has unido tu voz a los romeros y has dicho «Dios te salve, María, llena eres de gracia, el Señor es contigo…», ha sido como la renovación, sin duda inconsciente, de tu credo, de la manifestación de la fe que te ha traído hasta esta hermandad y te has unido a ella y en su ejemplo se ha fortalecido y te ha hecho merecedor de la medalla que han colgado de tu cuello.

No abandones, amigo, el buen camino,
que quizás el azar te ha deparado
y en las mejores manos te ha dejado
atendiendo a la voz de tu destino.

No advertirás dónde el camino empieza,
pero sabrás que es ella quien te llama,
si un nuevo afán en tu interior se inflama
y va adquiriendo insospechada fuerza.

El primer paso a Gines te ha traído,
que mano abierta y franca te brindó,
sin preguntar qué sueño te animó,
ni de cuál otro predio le has venido.

Largo y duro tendrás que caminar
y mucho aún habrás de conocer,
mas aquello que llegues a aprender
de tu alma jamás has de borrar.

Y no temas porque en tu fuero interno
no te sientes aún buen rociero,
porque si has dicho con firmeza «quiero»,
ella te habrá anotado en su cuaderno.

Un cuadernillo en el que va anotando
a quienes ha llamado a su cuidado
y a ti, seguro estoy, te ha convocado
y allá en su aldea ya te está esperando.

Vuelve al camino y goza del paisaje
y de la hermana y buena compañía
de quien amor, ternura y armonía
lleva como la flor de su equipaje.

Aún queda una acampada, una candela,
una hogaza y buen mosto compartidos
y una copla que cala en los sentidos
y que es plegaria que a la madre vuela.

Al llegar a su ermita, considera
que no todo es camino, cante y broma,
cuando tengas delante a esa Paloma
comprenderás que es cierto que te espera.

Penetra en la quietud de su mirada

y al pastorcillo dile como ha sido
este primer camino y has vivido
el Rocío jornada tras jornada.

Otro consejo y no me recrimines,
pero, hermano, te pido que, sin miedo,
grites: Avemaría , que es el credo
que has aprendido en la hermandad de Gines.

Adiós y ve con ella, buen amigo,
vas en tan estupenda compañía,
que a buen seguro olvidarás la mía,
aunque mi corazón irá contigo.

Y ocurre que, cuando me despido del romero de mi fantasía, casi un fantasma, estoy diciéndole adiós al mismo tiempo a esa caravana, fruto igualmente de mi fantasía, en la que se ha integrado, pero que ha tenido su fuente, su inspiración en la realidad, en vuestra realidad, porque no me ha sido necesario crear gran cosa ya que, de cuanta información me ha sido facilitada, he ido espigando aquí y allá y espero haber tenido el acierto de acercarme a la verdad.

De otra parte, he obviado apropósito un sin fin de detalles singulares y sabrosos, atento a la recomendación en la que tanto insistieron mis asesores, de no magnificar vuestro comportamiento, vuestra ejemplar religiosidad, que he limitado a bocetar con unas sencillas pinceladas, trazadas con pulso firme y entera sinceridad.

En este propósito renuncio a hacer comentarios sobre vuestra estancia en palacio, cuando la inmediatez, la proximidad de la aldea, de la ermita de la Virgen el espíritu se eleva y se acelera el potrillo loco de la sangre, que hace repicar sin freno al corazón. No, no me acercaré a esas interminables horas de inquietudes, de ilusiones, de impaciencias. Yo he experimentado esas sensaciones en más de una ocasión y ya he dejado dicho que no soy como vosotros, que no aprendí en la infancia a decir «Rocío» con un temblor en los labios. Soy, insisto, un rociero convencido, pero sin esa antigüedad, esa solera de los que desde siempre la llevan en lo más profundo de su fe y desde los primeros balbuceos viven la alegría de saberse hijos de Ella y por Ella protegidos, a la manera que protege y ampara al Pastorcillo Divino, al que nos muestra como diciéndonos: Él es el que tu proclamas como Hijo único de Dios.

Creo que he podido llegar a conoceros, hermanos y hermanas, rocieros de Gines, mirándome a corazón abierto en cuantas cosas me han referido de vosotros y, basándome en estos relatos, me he atrevido a caminar con Gines dos etapas de vuestra andadura, que no todo mi discurso ha sido imaginado, pero no voy a caer en la tentación de fantasear sobre cómo transcurre la víspera y el momento de encontraros con la Señora. Puedo pensarlo, pero no describir el arribo a la aldea, la entrada en la ermita en la particular primera visita a la Señora.

A nadie, de ello estoy seguro, le es dado adentrarse en el corazón, en la mente, en el alma de un rociero, cuando se produce este sublime momento. Y ni a imaginar me lleva mi osadía vuestra actitud en la Misa Mayor y en el Santo Rosario compartido, cuando todas las hermandades allí congregadas son una sola y maravillosa hermandad y todas las voces son una sola voz que repite una Y otra vez: Ave, María, creemos que tú eres la Madre de Dios, en el que creemos sin fisuras y creemos en el fruto de tu vientre, tu Pastorcillo, y creemos en el Espíritu Santo, al que saludamos con el alma en los labios en el clamor que nos nace en las entrañas.

¡Viva la Blanca Paloma!

Y de ninguna manera intentaré acercarme a vuestra casa en la aldea, ni tan siquiera a contemplaros en la distancia, por no mancillar vuestro espíritu, cuando en la mañana del lunes, cuando Ella es más Paloma Blanquísima que nunca y os debe parecer que se os aproxima sobrevolando a la multitud que la rodea, intentando unos retenerla y arrastrándola otros hacia sí, atrapada por el magnetismo de vuestro mucho amor y vuestra indestructible fe. Por ello voy a suplicaros que dejéis de prestar atención a mis palabras, a mi voz, y traigas a la mente el recuerdo de vuestro encuentro con Ella el pasado año, la última vez que se acercó a visitaros. Pensad, revivid nuevamente ese instante de gloria, tan breve, tan fugaz, dure el tiempo que dure, que yo, mientras tanto, voy a rezar quedamente una sentida y esperanzadora salve.

Dios te salve,
Paloma de la paz y la alegría.
Luz y norte de Gines,
que en tu amparo celestial confía.
Dios te salve,
Reina y Madre bendita,
que anidaste en el alma de Gines
un ya lejano día
y de dichas sin cuento
has colmado su vida,
derramando con mano generosa
tu rocío y hacia ti se encamina
hacia el amor del padre
y un lugar en la patria prometida.
Vuélvenos tu mirada
recatada y dulcísima,
primera en ver los ojos del eterno,
cuando a la luz se abrían,
pastora marismeña
y docella purísima.

Virgen inmaculada,
faro, brújula y guía
de este Gines, que te ama y ha de amarte
hasta el fin de sus días.
Amén.

La realidad de un sueño
Antequera

Vengo, hermanos, a traeros un bonito sueño, que bien pudiera ser algo así como una premonición, sin que con ello pretenda hacerme ver maravillosamente adornado con dotes proféticas. Es más, sin vuestro beneplácito, sin que os atreváis a uniros conmigo para aprestarnos a soñar todos juntos, el sueño que a traeros vengo, sería imposible; no llegaría ni a ser siquiera eso, un sueño. Y en el fondo de mi corazón, me inclino a creerlo; más que ensoñación, visión de lo por venir, ya que no profecía.

Y esto es así porque en el primer contacto que he tenido con vosotros, una carta de vuestra presidenta en la que se me ofrece esta oportunidad de estar aquí con vosotros, se me solicita que os enseñe a ser rocieros, y en verdad os aseguro que es una enseñanza imposible; no existe esa asignatura, ni profesor que la imparta. Pero si en cambio y con resultados positivos siempre, hay una puerta abierta de par en par, por la que se puede obtener matrícula de honor, con tan solo dirigirse hacia ella, hacia esa puerta, con la ilusión, con el deseo, con el fuerte deseo de serlo. Y en ocasiones, aún sin ese deseo, porque Ella, la Blanca Paloma, no cierra esas puertas jamás y permanece en vigilia constante esperándonos a unos y a otros y llamándonos a todos. Ese palomarcito suyo no cierra nunca ni a nadie su acceso, su entrada y no hay caminos determinados para llegar a él, y todas las sendas son buenas y válidas. ¿Cómo si no se entiende ese creciente número de hombres y mujeres de cualquier edad que se acogen a su devoción y vienen a buscarla a su aldea desde tierras, a veces lejanas, y en las que ya y desde siempre habían puesto su mirada en la Virgen Santísima en otra advocación? Gente llegada desde los cuatro puntos cardinales de nuestra Andalucía y de otras regiones; Valencia, Alicante, Cataluña, Las Palmas de Gran Canaria y tantos otros lugares, ya fuera de nuestras fronteras.

Ella, Rocío, es el nuevo maná, que Rocío fue también venido del cielo enviado por Dios y a todos alcanzó y fue su alimento en el duro peregrinar. No abandona el Señor jamás a su pueblo y, como entonces, nos ha procurado este nuevo maná que se llama Rocío y que desde aquella pequeña aldea de Huelva se nos ofrece a todos y que a todos, uno a uno, nos viene alcanzando por los distintos caminos dispuestos para llegar a Ella.

Yo mismo tardé mucho en sentirme rociero. He cantado a la Madre de Dios con muchos de sus títulos, ya de Gloria o como Dolorosa. Más en mis tribulaciones, en mis dudas, siempre he recurrido a Ella como Auxilio seguro de los cristianos. Y el nombre de

Rocío, la Blanca Paloma, Reina de las Marismas, me fue penetrando poco a poco, como esa lluvia menuda, que apenas advertimos, llevados por otros pensamientos y que no llegamos a notar hasta que no la sentimos en la propia carne.

Dos años acudí a la Romería, llevado no por la devoción, sino por la necesidad de conocerla, de asesorarme y allegar documentación para un trabajo que me había sido solicitado. Y no fue hasta el tercer año, tercera Romería, cuando ante un hecho que me conmovió profundamente, supe que Ella me había acogido y, a partir de entonces, comencé a sentirme rociero. Nadie me enseñó y fue la misma Virgen del Rocío quién me dijo: «ven, que también hay sitio para ti en mi regazo».

No preguntes, Antequera,
porque la Blanca Paloma
hace mucho que te espera.
en su marismeño nido
antes que tú lo pensases
te tiene dispuesto un sitio,
que para ser rociero
basta y sobra con decir
desde el corazón: «yo quiero».
y después, tan solo falta,
labrar un acto de fe
en los telares del alma
y estar por siempre en camino
sabiendo que la Paloma
está aguardando en su nido.
Hay que aviar en la al forja,
una hogaza, una plegaria,
y el regalo de una copla.
porque ella es de Andalucía
y le halaga que sus hijos
la invoquen con alegría.
y ya te darás con ella,
porque los caminos todos
a su cariño nos llevan.
guarda, Antequera, silencio
y no busques en la tierra
lo que ha de llegar del cielo,
que en lo que a la tierra atañe,
no creo que exista en la tierra
quien sea capaz de engañarte.

Símbolo de un pueblo era
quien gritó ante lo imposible:
«¡salga el sol por Antequera!»
gente tan noble y tan fuerte,
que hace que salga aquí el sol
y se ponga por el este.
por eso, pierde cuidado,
que el paso más importante
ya con firmeza lo has dado.
Y no quiero terminar
sin decirte que a sus ojos
cada cual es cada cual.
¡Y no escuches!, por favor,
a quien por ser rociero
pretende ser el mejor.
Ni preguntes, Antequera,
y echa a andar, que esa Paloma
te está esperando en su aldea.

No dudo en repetir que no sé, no conozco, normas que nos permitan o nos enseñen a ser rocieros, a sentir la influencia que Ella, la Virgen del Rocío, ejerce sobre aquellos a los que de alguna manera ha llamado.

Los caminos, ya lo he dicho, son todos. Unos acuden por simple curiosidad, o porque tiene un innegable encanto aquello de echarse a los caminos, duros las más de las veces, con la sola impedimenta de lo imprescindible, dejando atrás despreocupadamente la comodidad de la sala de estar, la bien aderezada y mejor servida mesa del comedor y muy especialmente el refugio nocturno, tan necesitado en ocasiones, del propio lecho.

A mí me llevó la copla, la necesidad de escribir coplas para la Blanca Paloma y con mis coplas he intentado agradecerle que cuente conmigo como uno de sus hijos.

Y confieso que hubo un tiempo en el que dudé de si en verdad lo merecía, conocedor de mis debilidades, de mis incapacidades. Pero Ella me inspiró una sevillana 1 que brotó como por si misma de mi bolígrafo y que me voy a atrever a recitarles.

Para ser rociero
no hay que ser santo,
que la Blanca Paloma
no exige tanto.
Como tú eres,
que tropiezas mil veces
aunque no quieres.

Y no soy, permitan que lo diga, de los que tropiezan con tan tozuda reiteración. Solo soy uno de tantos. Pero es así como nos quiere, como nos busca y como nos llama.

Y al mismo tiempo como cuida de nosotros, como nos protege y nos ampara. Que así lo apunto en otra sevillana del mismo grupo de la anterior y que dice así:

Ella es faro en las sombras
del peregrino,
que agarrado a su manto
busca el camino.
Por los senderos
va lavando las culpas
del rociero.

Algún día alguien hará un estudio concienzudo y en profundidad de las letras que unos y otros hemos escrito sobre el Rocío, que ayude a aclarar la ideas vertidas en tantas y tantas sevillanas de las que han dado en considerar como sevillanas rocieras, no siempre meditadas con serenidad y sin medir su posible alcance y el efecto que pueden producir.

Una copla, en muchas ocasiones, causa más impacto que un sereno y bien documentado estudio de cualquier materia. Por eso yo no suelo hacer mucho caso de las coplas que hablan del Rocío, ni escribo las mías con la necia pretensión de que considere nadie que poseo la vara de medir la verdad.

Dejad que los niños se acerquen a mí; nos dice Jesús. Y como niños caminamos también hacia Ella, abiertos a toda experiencia, a todo conocimiento, a toda emoción y sentimiento. Anotando en el libro del alma cada momento estrenado, cada detalle observado con sorpresa, cada sensación nunca antes experimentada y que ya quedarán allí grabadas para siempre en ese acervo maravilloso que crece y se agiganta en el día a día del vivir, conscientes de que vivimos y aprendemos.

El camino espiritual hacia la Virgen del Rocío, como el camino en peregrinación en la romería, son como el camino que supone la propia vida, la propia existencia. Son caminos llenos de obstáculos, de dificultades, de asperezas y también de tropiezos y de fallos, de errores. Pero hay a la vez momentos en los que el cielo se nos muestra despejado y luminoso y las arenas se dulcifican y cada árbol nos ofrece su sombra y una mano compañera se nos para en el hombro y nos impulsa a seguir adelante.

Así caminamos por la vida, así hacemos el camino del Rocío y solo así, con errores, con dificultades, pero con los ojos puestos en Ella, llegaremos a comprenderla y a percibir su influencia y su valimiento. Pensemos por esto en echarnos siempre a caminar con alegría y bien dispuestos en todo momento el ánimo. Que repiquen los campaniles todos de la aldea marismeña en nuestro corazón, elevemos sin temores ni reservas centenares de cohetes que firmen con su chisporroteo en el espacio un tratado de paz, de concordia,

de armonía, como un glorioso canto a la amistad. Y elevemos también nuestros rezos, cantando con los acentos diversos de nuestra tierra, de esta Andalucía nuestra, en la que la Señora tiene puestos sus cuidados y anda como labrando una invisible red en la que todos quepamos, en la que todos nos apretemos, y a fe que lo viene consiguiendo. Can ternos nuestra plegarias por fandangos de Huelva; por sevillanas, por alegrías de Cádiz, o de Córdoba, por fandangos de Jaén y de Almería, por granadinas o medias granadinas. Y por malagueñas y por verdiales. Algún día, estoy seguro, alguien compondrá una plegaria, en cuya melodía se entrelazarán los diferentes acentos musicales de Andalucía. Y la Virgen del Rocío sonreirá complacida, porque Ella sabe muy bien y, como siempre, las cosas que sabe las guarda dentro de su corazón, que a través de su devoción se acercan, sin prisas pero sin pausas, los pueblos andaluces.

Usted perdone, señora,
pero veo en su medalla
que la imagen de la Virgen
está ya casi borrada.
Tendrá tantísimos años
que apuesto a que no la cambia,
aunque le dieran a usted
una de oro o de plata.
En cambio en la que yo traigo
se aprecian también las caras
de la Virgen y del niño
que dan ganas de besarlas.
qué se yo cuantos Rocíos
tendré que echarme a la espalda
para que el metal las pierda
y se graben en mi alma.
Es que yo soy de Antequera,
bendita tierra de Málaga,
y llevo esta devoción
como recién estrenada,
pero en ser buen rociero
tengo puesta mi esperanza.
La Reina de las Marismas
ha puesto en mí su mirada
y me ha labrado el camino
por el que ando buscándola,
convencido de que ella
me está esperando en su casa.
y he de ir con mi hermandad,

que bien poquito nos falta
para tener el derecho
de llegar como Dios manda.
entraremos en la aldea
compartiendo una plegaria
con la hermandad de Sevilla,
madrina nuestra y compaña.
Con una misma oración,
fundidas manos y almas,
llegaremos a la aldea,
unidas Sevilla y Málaga.
que así la Virgen lo quiere,
así, nos busca y nos llama,
así pide que la amemos
aquella paloma blanca.
Y perdone usted, señora,
pero al mirar su medalla
me he sentido rociero
lleno de amor y esperanza.

Decía al principio que he venido a traeros un sueño y debo confesar que imposible me será llevar a cabo mi propósito sin vuestra aquiescencia y vuestra personal prestación. Esto es, que os dispongáis abiertamente a soñar conmigo.

Quiere ser este juego que os propongo, la respuesta a la carta de vuestra presidenta —vuestra hermana mayor— de la que ya hemos hablado, solicitando enseñanza que os lleve a ser rocieros. Y como, lamentándolo mucho, solo conozco una fórmula, pretendo con la ensoñación a que os quiero llevar, mostraros los posibles resultados que de tal fórmula se llegan a obtener.

Si preparados estáis para seguirme en mi fantasía, cerremos todos los ojos del alma y demos unidos una gran paso, una larga, muy larga zancada, hacia el futuro. Algo que, por ahora, solo es realizable echándose a soñar.

Pongamos en hora nuestro corazón, liberemos la mente y dejemos que la imaginación levante decididamente el vuelo.

Ya estamos ante la sevillana parroquia del Divino Salvador, más o menos por estas fechas en el año de dos mil ocho. Han pasado diez años, pero nosotros curiosamente nos conservamos exactamente como somos ahora. Estamos alegres, dichosos y con todo un mundo de buenos propósitos para la andadura que vamos a iniciar. Hemos escuchado en unión de nuestra madrina, la Hermandad de Sevilla, la Santa Misa y los respectivos simpecados han sido acomodados en su carreta. La de Sevilla, reluciente su reciente abrillantada plata, es un ascua cegadora mejor dicho, su templete y la antequerana… no sé si es posible apreciarla con detalles para comprobar si está terminada completamente.

Los sueños son así. Nos ha obligado él nuestro, nuestro sueño, a fijar la mirada en la cara de la virgencita chica del simpecado y en Ella hemos puesto toda nuestra atención, porque…

Con esa carga,
¿quién mira la carreta
por más que valga?

La anchurosa plaza del Salvador es insuficiente para dar cabida al gentío que desde muy temprana hora ha acudido para presenciar la salida de la doble caravana en su peregrinación hacia la aldea donde tiene su casa la Virgen bonita del Rocío.

Alguien ha querido saber qué hermandad es la que acompaña a la de Sevilla y enseguida recibe cumplida información.

—Es la hermandad de Antequera y hace ya varios años que caminan juntas. Y fíjese en lo original que es y qué diferente su carreta.

—¡Qué bien van! —exclama el que preguntaba. Y añade—: ¡Qué bonito, una de Málaga y otra de Sevilla unidas! ¡Qué bonito!

—Son las cosas de la Virgen del Rocío, que anda desde siempre en la tarea de agruparnos a todos, de hermanarnos a todos. Y la verdad es que lo está consiguiendo. Como que ya hasta del Brasil viene una hermandad. ¡Nada menos que del Brasil!

A nosotros nos ha emocionado comprobar que hemos llegado a ser tan conocidos en estos últimos diez años y que han sabido apreciar nuestro buen hacer, nuestra seriedad y nuestra ya arraigada devoción a la que es reina de las marismas y bendita Madre de todos. La impresión recibida nos conmueve profundamente y eleva aún más nuestro espíritu para adentrarnos con fuerza y con alegría en el largo camino que nos espera.

Y seguimos profundamente inmersos en nuestro sueño.

Los carreteros han dado la orden de salida y el desfile se inicia sin prisas y con una cierta solemnidad, que el respetuoso fervor de la mucha gente allí congregada hace que las coplas que brotan de cientos de gargantas se eleven hacia lo alto como sentidas y emocionadas plegarias. En ambos simpecados la Imagen de la Virgen sonríe abiertamente y su manita bendice a los romeros que van abandonando la plaza y a los que vinieron para decirnos adiós.

Repentinamente nuestro sueño sufre una alteración, algo así como un desenfoque, y cuando lo recuperamos podemos contemplarnos avanzando sin prisas y a la vez sin dilaciones innecesarias por caminos ya recorridos en años anteriores, que reverdecen los recuerdos y tantas anécdotas disfrutadas cuando aún éramos bisoños, o quizás diría mejor aprendices.

Hoy ya, desde aquel mil novecientos noventa y dos, cuando nos reuníamos con la idea de crear una hermandad, que más que ilusión se nos antojaba utopía, hasta este año dos mil ocho al que nuestra ensoñación nos ha traído y cuando ya podemos considerarnos

casi veteranos, hemos visto día a día como ha crecido el caudal de nuestra experiencia y hasta podemos sentir en lo más íntimo una voz que a todos y uno a uno nos dice: ya eres rociero; ya eres rociera. Porque ya sabemos de los momentos difíciles del camino, de la convivencia, del no tener que perdonar porque hemos aprendido a no ofendernos y sabemos también, claro está, de aquellas situaciones, de aquellas vivencias de tan particular encanto que nos hace olvidar disgustillos y penalidades.

Viva la Virgen del Rocío, grita esa voz sin voz de los adentros y parece como si toda la comitiva la hubiese escuchado y respondido con una viva portentosa y atronadora que se extendiera por todo el ancho paraje.

Curioso sueño el nuestro que ahora nos lleva sin transición a los pies de la Virgen que es Reina de Bollullos de la Mitación, la Virgen de las Cuatro Vidas y nos encontramos con el campamento enteramente instalado y participando emocionadamente en la santa misa. Durante la comunión, como previamente se había acordado, nos arrancamos con valentía y puesto en los labios el corazón por sevillanas.

Nos llamó la Virgen
desde sus marismas
y a nuestra Antequera
llenó de alegría
y hoy es luz de gracia
para nuestras vidas.

Estribillo:

Somos rocieros
y nuestra bandera
no lleva letreros,
pero hay un «te quiero»
del corazón de Antequera.

Virgen del Rocío,
rosa siempre viva,
en nuestra Antequera
te miraste un día
y ya somos tuyos
como tu querías.

comprendimos pronto
lo que nos decías,
cuando sin palabras
vino con la brisa
el dulce mensaje

que hay en tu sonrisa.

Llévanos contigo,
de nosotros cuida,
que nuestra Antequera
a ti se confía,
porque tú nos guardas,
Pastora Divina.

Grande y gratísima es nuestra sorpresa cuando, finalizada la misa, unos y otros se nos acercan para darnos la enhorabuena y todo son abrazos y felicitaciones que nos hacen sentirnos un tanto confundidos, pero nos sentimos complacidos al comprobar que lo estamos haciendo bien, que hemos encontrado el camino.

Nos invitan algunos a compartir su tertulia alrededor de una acogedora candela, junto a la que reina la alegría y se canta y se baila y se refieren anécdotas y un sin fin de momentos emotivos vividos a lo largo del primer día de camino y se hacen planes para la siguiente jornada.

Nos sentimos como en la propia casa, pese a encontrarnos en campo abierto y aunque no nos cobije más techo que un cielo maravillosamente sereno, que parece hacernos guiños con los múltiples ojos de sus estrellas.

Digo que estamos como en casa, pero ya hemos advertido que no existen paredes que aíslen y preserven la intimidad de los demás y consecuentemente nos preserven a la vez de miradas indiscretas, si las hubiere.

Pero recordemos, hermanos, que estamos soñando y por esas veleidades caprichosas de los sueños, nos encontrarnos de repente acomodados en el reducido espacio destinado para pasar el resto de la noche, que el cansancio acumulado en la dura etapa hace que se nos antoje tan confortable como la más suntuosa suite de un lujoso hotel de cinco estrellas.

Muy de mañana tamboril y gaita nos despiertan, apresándonos a disponer los avíos para nuevo camino y ocurre que los sones del alba rompen definitivamente el sueño al que os había invitado, el sueño que he venido a traeros. Lástima. Acaso hubiese sido preferible haberlo extendido algo más. Habernos visto anticipadamente cómo seremos, cómo podemos ser pasados diez años, con algunos más de experiencia como asociación y otros pocos ya como hermandad.

Pero, vueltos a la realidad, debo aclarar que al sumiros en tal fantasía solo he pretendido dar respuesta, la única que yo conozco a la petición, que como ya he explicado, me hacía en su carta vuestra presidenta. Enséñanos a ser rocieros.

Era este deseo el primer paso, el más importante; el resto, lo demás, solo, únicamente, yo así lo creo, está en la perseverancia y en el vivir del día a día, así puede alcanzarse plenamente. Porque Ella, la Virgen Santísima, la que se definió a sí misma como nuestra intercesora, como nuestra mediadora en las Bodas de Caná, anda desde hace mucho

entregada a una nueva y trascendente misión, que es al mismo tiempo aquella que le fuera encomendada por Jesús Nuestro Señor cuando a punto estaba de entregar el alma en el Monte Calvario.

«Mujer, ese es tu Hijo». Juan es tu hijo y con él todo mi pueblo, toda la humanidad que en él te confío.

Y no tardó mucho en depositar su espíritu en las manos del Padre, sabedor, claro está, de cuán seguras y amorosas son aquellas a las que nos ha entregado. Pero, hermanos, el mundo, los hombres y mujeres, parece como si hubiésemos perdido los nortes y hemos caído en la ignorancia de creernos superiores y hemos abierto las puertas del coraz6n a la soberbia, al egoísmo y la insolidaridad y la avaricia. Hemos relegado, casi desterrado los sentimientos más nobles y hermosos, aquellos que mejor cultivo nos demanda el Hacedor.

Y esta actitud negativa, nacida de un egoísmo desmedido, se concreta en una frase de muy frecuente uso últimamente, que todos hemos escuchado alguna vez y, posiblemente hemos pronunciado nosotros mismos cuando alguien ha solicitado nuestro apoyo o nuestro consejo. «Ese es tu problema». Ni siquiera es necesario añadir algo así como… no vengas a molestarme, bastante tengo con los míos. «Ese es tu problema».

Y el Altísimo de nuevo ha hablado con Ella, con palabras tomadas de la Salve, que tantas veces le cantarnos con verdadera fe. «Vuélveles tu mirada». Así le ha hablado el Señor, conocedor, claro está, como también nosotros sabemos que nuestra Señora jamás desvía los ojos de sus hijos.

Vuélveles tu mirada y no permitas que continúen distanciándose entre ellos, alejándose unos de otros y levantando murallas y barreras. Sálvalos, sálvalos.

Yo, hermanos, en este cuidado el pienso, derramando el rocío de su gracia y su bendita influencia, que a todos viene alcanzándonos y uniéndonos, agrupándonos, hermanándonos.

Más me temo que he roto vuestro sueño y yo sigo en él libremente, dejándome llevar por la imaginación y esa loca fantasía que ciega a los poetas. Aunque bien es verdad que el día que dejemos de soñar: habrán dejado de existir los poetas.

Séame, pues, admitido seguir pensando que María, vuelta la mirada hacia sus hijos, anda entregada plenamente en la tarea de aunar nos y ha querido elegir para ello la preciosa y conmovedora advocación de Rocío. ¿Por qué no? ¿No la acerca, más que ningún otro, este título, a la Santa Trinidad? Porque la Primera Persona, el Padre, nos la envía como la Segunda Eva. Para Jesús, el Hijo, es María y así nos la entrega. Pero hemos sido nosotros, los herederos de su Maternidad, quienes la hemos identificado con el Espíritu Santo, la Tercera Persona y la llamamos Rocío, pero también la aclamamos como Blanca Paloma, título que corresponde al Espíritu Santo, que así, como Paloma Blanca, quiso mostrarse ante nosotros. Solo a la influencia del Santo Espíritu puede deberse este hecho, para mí clarísimo. Permítaseme que lo crea.

Y su nombre, que floreció tímidamente en una aldea escondida, o que bajó de las

alturas como precioso rocío, viene repitiéndose, cada vez con más fuerza, aquí y allá, en los lugares más alejados, traspasando los límites, no solo de Andalucía y de España, que también se asienta en París en su avance hacia Europa y ha sobrevolado el Atlántico para establecerse allá en el Brasil.

Unión, fraternidad y hermandad; en definida, acercamiento. Tan esto es así, que me atrevo a proponeros la idea de que bien pudiera haber ocurrido que vuestra determinación de elegir como madrina de vuestra hermandad a una de Sevilla, hubiese sido por inspiración del Santo Espíritu, habida cuenta de la importancia de la ciudad de Antequera y del muy acendrado amor a vuestras raíces.

Tal vez Ella, la Virgen bendita del Rocío y también el propio Espíritu Santo, en este quehacer que yo imagino, en esta búsqueda de la unión entre todos los hijos que el Señor le confiara, han debido poner su empeño y su influencia para solidificar, para hacer más fuertes e insolubles los lazos que desde siempre han unido a Málaga y a Sevilla, dos provincias eminentemente y por encima de todo andaluzas.

En el camino estamos
porque tú lo has querido,
porque dijiste "seat"
a la voz del altísimo,
que te anunció el arcángel
y forjó tu destino
abriéndote a la gracia
bendita del espíritu.
y antes de que en el gólgota
te lo dijera cristo,
tu bién que conocías
quienes somos tus hijos
y de nosotros cuidas
un siglo y otro siglo,
atenta a los que vagan
con el rumbo perdido,
a los que se disgregan
y niegan al amigo
y apenas si conocen
a los siempre queridos.
la voz del padre eterno
de nuevo ha dirigido
la luz de tu mirada
a los que le han huido,
para que tu influencia
consiga reunirlos.

Que el maná milagroso
de tu dulce rocío
y acudan a tu nido,
¡oh, Paloma Almonteña,
y que aniden contigo!
Por eso nos llamaste
y tu voz se hizo grito,
que despertó a Antequera
y la ha puesto en camino.
Y en el camino estamos,
porque tú lo has querido.
Ya somos rocieros,
pues bien pronto aprendimos
que basta para serlo
tan solo con sentirlo.
Desearlo en el alma
y con alma decirlo,
para que en tu regazo
nos dispongas un sitio
y alegremente digas:
«estos son hijos míos».
vienen desde Antequera
y al redil se han unido.
Ya lo sabes, Paloma,
de Antequera venimos
y porque tú lo quieres
ya estamos en camino,
esperando el maná
de tu dulce rocío.

He dicho antes que cuando se avía el costo es bueno que no falte en él una copla, y así lo entiendo porque la copla tiene su importancia en los largos dias que transcurren desde que salimos de casa hasta nuestro regreso.

La copla es muchas veces plegaria y puede ser piropo, requiebro para la Virgen, o simple deseo de exteriorizar nuestra alegría y compartirla con los demás y eso también es hermandad, compañerismo.

No tengo la menor duda de que a la Blanca Paloma ha de satisfacerle grandemente ver felices a sus hijos, a sus devotos.

Tengo comprobado que la inmensa mayoría de los que acudimos a la romería lo hacemos para dar gracias a esa Reina bendita por los favores de Ella recibidos, más que

para pedirle ayuda o consuelo, o solución para nuestros quebrantos, o nuestros problemillas. De ahí que el ambiente que preside cada día, tanto los de camino como los de estancia en la aldea sea de gozosa cordialidad y es natural que surja la copla como elemento esencial para que el clima ideal se alcance. Así me complace a mí verlo y hasta me atrevo a insinuar que la romería sería muy distinta sin la alegría que en ella se respira, como también sería algo muy diferente sin la presencia de la Virgen, no solamente en la ermita, que también y casi palpablemente, en cualquier reunión, en cualquier celebración no religiosa. Lo ideal, la grandeza de este evento es, a mi entender, la concordancia de ambas actitudes. Amor y devoción a la Blanca Paloma y el gusto de compartir con hermanos y amigos unos sorbos de vinillo nuevo, una copla y algún baile con el sabor de Andalucía.

Yo decía en una sevillana…

Mucho da todo el que ofrece una copa en el Rocío, con el fruto de la tierra va el corazón de un amigo. Dicen que todos los días puede aprenderse algo nuevo. Tú bien sabes, Madre mía, que del Rocío me llevo buena lección aprendida.

Sin embargo, hay algunos que no aprenden nunca y se tienen así mismos como muy rocieros y sobre no observar las más elementales reglas de la simple convivencia, cuando vuelven a su residencia, hacen relato de la romería como lugar de encuentro para amante exclusivos de la diversión y de una cierta libertad rayana en el desenfreno, ofreciendo una idea de la peregrinación que en absoluto tiene que ver con la realidad y bien pudiere suceder que aun habiendo vivido alguno de esos momentos de verdadera emoción que se suceden en estos gloriosos días y que ponen lágrimas al borde de los ojos, jamás lleguen a comentarlo, porque ellos no son de los que lloran y no toman nota en ese diario íntimo que es la memoria, de otros recuerdos que aquella broma tan pesada que gastaron a unos desconocidos y los mariscos riquísimos que trajo don Fulano y la visita inesperada de tal o cual artista de fama, pasando por aquel detalle pequeño, insignificante casi, pero que puso palomas de escalofríos por sus espaldas.

Hubo un momento para mí, cuando me iniciaba en la doctrina del rociero, que no puedo ni quiero olvidar, por supuesto.

Contemplé a un hombre fuerte y curtido, arrodillado ante la reja que protege el presbiterio de la Virgen, que lloraba desconsoladamente y a raudales y hablaba con Ella, rota y entrecortada la voz. Deje este momento plasmado en una sevillana que dice así:

Era mi primer Rocío y no le recé a la Virgen, porque a esa Blanca Paloma no supe lo que decirle. Un romero que allí había no le rezaba oraciones. Sabe Dios qué le diría, que lloraba a borbotones y la Virgen sonreía.

Porque la Virgen sonríe cuando nos ve contentos. Solo cuando ve que sus hijos sonríen. Seguro que ya lo habéis advertido. En su rostro se refleja nuestro propio estado de ánimo. Yo así lo he comprobado en más de una ocasión y le he visto la carita compungida cuando le he llegado con alguna duda, con alguna preocupación. Y radiante, como iluminada por una luz, como ninguna otra luz, cuando voy a verla

gozosamente para darle gracias, aun cuando solo sea agradecerle haber podido visitarla una vez más. Podemos imaginarla, hermanos, como hemos de encontrarla este año, cuando por primera vez acudamos como asociación y cada vez más cerca de cumplir nuestra sueño de llamarnos hermandad.

Cuando le ofrezcamos con humildad los pequeños sacrificios a que obliga el penoso camino y a la vez doblemente gozoso por cuanto lo haremos para la celebración de un Pentecostés muy especial, ya que Su Santidad el Papa ha proclamado el presente Año del Espíritu Santo y Ella sabe que los rocieros desde siempre la llaman Blanca Paloma, vinculándola así al Santo Espíritu.

Pero no quiero que interpreten lo dicho como parte de mi sueño de loco poeta, ni tampoco del sueño que he venido a traeros, a vosotros, un grupo de antequeranos que no ha de tardar en ver convertida en realidad aquella utopía a la que dieron cuerpo en la Iglesia de San Juan de Dios allá por el año de mil novecientos noventa y dos, bajo los auspicios del Reverendo Padre don Manual Ginés.

Me atrevería a asegurar que ahora mismo, en este preciso instante, la Virgen del Rocío, la Reina de las Marismas, la Blanca Paloma, sonríe en plenitud en su ermita y musita en voz queda y dulcísima … Os espero… os espero… No temáis, que lo estáis haciendo muy a mi gusto y, si en algo llegáis a errar, no sufráis por ello, que en nada me duelo y por nada me sorprendo. Ni tan siquiera podría sorprenderme que alguno en lugar de Rocío me llame Remedios, título con el que Antequera lleva aclamándome como su Patrona. Pero ya sabéis que cuando aquellos cazadores dieron conmigo en el lugar donde estaba oculta, encontraron un letrero que decía: «Me llamo María del Remedio».

Llegad a mí, hijos míos y llegad en paz. Os espero.

Y ahora si quiero pediros que retomemos el sueño que interrumpí cuando en él iniciábamos el segundo día de camino. Y como los sueños son veleidosos, el nuestro nos sitúa a los pies de la Virgen en su ermita, recién llegados a la aldea para darle las gracias, para contarle que todo nos fue bien en el camino y para saludar al Pastorcillo Divino, que seguro estoy que nos dará su bendición. Y todos juntos, aunque solo se oiga mi voz, le rezaremos una Salve…

Dios te salve,
Paloma de la paz y la luz verdadera,
Rocío de la gracia y del amor, guardesa.
tú las puertas del alma le has abierto a Antequera
y tu mano le tiendes
para que no se aparte de la senda
que conduce a los prados celestes
en los que el Pastorcillo nos espera.
Dios te salve, María,
santa madre de dios y madre nuestra,

de los que en ti confían
y de tu mano esperan
el maná del rocío bendito
que nuestra fe alimenta.
Acógenos, auxilio del cristiano,
remedio y esperanza del que yerra
y derrama tu gracia
sobre nuestra Antequera
y haz que al fin del camino
alcancemos contigo las marismas eternas.
Amén.

He dicho.

El rocío
Los palacios

Hay que saber morirse sin un grito, en silencio, que apenas se advierta la escapada. Doblar la última hoja de la vida, como quien interrumpe una lectura, seguro de que habrá de reemprenderla. Porque se han derramado demasiadas lágrimas en despedidas tristes, que no impiden la huida y dejan quebrantado a quien se queda. Y ¿a qué tanto dolor? ¿Tanta manzana amarga, tanto duelo?

Si es preciso, se anuda la garganta y se clavan las uñas en la palma de la mano y se muerden los labios. Se arrojan los temores por la borda, sin miedo de los miedos y se sueltan amarras y se levan las anclas, para adentrarse a solas en las últimas sombras, estrenando silencios y sonrisas.

Dios bendiga la risa de los pueblos que abandonan la pena en un rincón del alma y la ocultan allí, para siempre y para ellos, con extraña avaricia, que los mueve a negársela a los demás. Dios los bendiga.

Sí; que os bendiga Dios y nos permita a los demás aprender vuestra elegancia y vuestro estilo. Esa elegancia del silencio en la muerte de cada día, que es el dolor de vivir, sin acusar el golpe.

Dios os bendiga, a vosotros y a todos los pueblos que, como vosotros, saben morir sin un grito, sin llamar la atención, calladamente y que, a la vez, saben vivir sin esconder su risa y agradeciéndole a Dios con su alegría, el pedazo de pan de todas las mañanas, que es la más hermosa manera y la más noble y también la más cristiana, de darle las gracias al Señor.

Si todos los caminos conducen a Él, que nos permite elegir con absoluta libertad, pienso que debe serle verdaderamente grata vuestra andadura, vuestro modo, aparentemente desenfadado, de irle a buscar, aceptando con una sonrisa abierta las espinas que os salen al paso y aspirando a pleno pulmón el perfume de la flor.

Es esta una maravillosa manera de acercarse a Dios, de hablar con Él y de rezarle. Una forma sencilla de plegaria y de oración que debe escuchar enteramente complacido.

Porque no quiso ÉL trazar senda ninguna, ni señalarnos veredas por las que seguirlo, pero sí dijo: «Yo soy el camino y la salvación y la vida». Como queriendo hacernos ver que para alcanzarlo, hay que ser como Él y, como Él, acatar la voluntad del Padre, humildemente y sin quejas y, humildemente y sin un grito de dolor, cargar a las espaldas la cruz y crucificarse en ella y morir, compartiendo el Paraíso con el que vemos morir a

nuestro lado...

Y al llegar a este punto, debo confesaros que he tenido mis dudas sobre si romper cuanto acabo de decir y comenzar con otras palabras mi pregón, o conservar el largo párrafo, en el que se advierte un cierto tufillo sermonario. Y, finalmente, me he decidido por lo último y ahí queda dicho, porque no he sabido sustraerme al deseo de haceros patente mi inmensa admiración por esa alegría vuestra y el ambiente de felicidad que se respira en todo tiempo en los Palacios y por ese entusiasmo que sabéis poner en cualquier empresa que acometéis, sea de la índole que sea, laboral, o festiva, o religiosa, obrando con una prodigalidad sin limitaciones y unas ganas inmensas de vivir, que contagian y elevan el ánimo al más deprimido.

Y como esta peculiaridad puede ser mal comprendida y peor interpretada, por quienes no han intentado penetrar en lo profundo de vuestro ser, he sentido la necesidad de pregonar que esa alegría vuestra, desbordada e incontenible, asentada sobre unos pilares de auténtica nobleza e innato sentido de la caridad y de una capacidad sin fronteras para la esperanza, constituye el más precioso don que del cielo podíais haber recibido y es, al mismo tiempo, efectiva, innegable y contundente prueba de vuestra fe. Una fe de las que no se van proclamando a los cuatro vientos, de la que no se alardea y se lleva como bandera. Fe honda y callada, enraizada de verdad en el alma, que es parte del ser y motor de la vida. Pienso, que los pueblos que saben reír hacia afuera y llorar para adentro, deben estar necesariamente muy cerca de Dios.

Y es que esa alegría vuestra es como un encendido canto a la vida y a la creación y ha de ser acogida allá en lo alto con verdadero júbilo y coreada por los ángeles todos de la corte celestial y bendecida por la manita blanca de la Virgen del Rocío, Reina de las Marismas y Reina y Señora de todas las alegrías.

Alegre rociero
de los Palacios,
camino del Rocío
viene cantando.
¿Y cómo iría,
si lo espera la Reina
de la Alegría?

Unos queman sus velas
y otros cohetes,
lo mejor cada uno
de lo que tiene.
Con su alegría,
los Palacios enciende
la romería.

Los Palacios, el novio,

novia Sevilla,
hay boda en el Rocío
de campanillas.
Qué algarabía,
que la gracia se casa
con la alegría.

Un rosario de coplas
de los Palacios,
diciéndole a la Virgen,
te quiero tanto.
Y ella reía,
porque se contagiaba
de tu alegría.

Y maravillosa explosión de alegría es, en verdad, la romería, y grito alborozado de cientos de miles de gargantas, diciendo gracias al mismo tiempo a la Virgen del Rocío.

Gracias a la Madre bendita de Dios, porque es también Madre nuestra y Pastora y Guardesa nuestra y nuestra Mediadora y Abogada.

Gracias a la Blanca Paloma, porque es causa de nuestra alegría y es nuestra esperanza y nuestro refugio en este valle de dolor y de lágrimas.

Y gracias por ser luz y guía en nuestras tinieblas y puerto seguro en nuestro proceloso navegar.

Y el grito de gracias, se hace clamor y estalla triunfante sobre el limpio cielo azul de las marismas y se multiplica hasta el infinito, repetido por todos los ecos de la rosa de los vientos y copiado en el repique de gloria de los campaniles pequeños que hienden la atmósfera de la aldea.

Bien sé que para muchos, esa alegría que trasciende al último rincón del ámbito rociero, constituye la piedra de escándalo, sobre la que se asienta todo un edificio de maledicencia y difamación, sobradamente conocido para merecer nuestro comentario.

Yo mismo, por haber prestado oído a las torpes leyendas que corren por ahí, fui mucho tiempo reacio a adentrarme en la devoción rociera, que no he conocido y vivido hasta muy pocos años atrás. Soy pues un rociero nuevo, sin historia y sin solera, pero tan plenamente convencido, que me atrevo a considerarme uno más, entre tantos como han dado cabida en su corazón al amor a la Virgen bendita, bajo tan dulce advocación.

Me habían hecho un agujero pequeño, para que entreviera a través de él su Rocío deformado, su verdad. Y me ocultaban otras, que he ido descubriendo por mí posteriormente y que he intentado plasmar en coplas, que han querido ser como puentes abiertos, para un mejor conocimiento de la auténtica verdad de tan formidable expresión de fe.

Brotaban las lágrimas entrecortadamente de sus ojos, a borbotones, de una manera

convulsa. Sin embargo, había una luz extraña en su rostro. Yo lo observaba atentamente y contemplaba también el rostro de la Virgen, pasando de uno a otro con verdadero asombro, y me pareció percibir y comprender el diálogo silente entablado entre ambos. Madre e hijo se hablaron sin palabras y se entendieron muy bien y me hicieron a mí comprenderlos; comprender muchas cosas. Cosas que antes no había querido, o no había sabido creer. Como tantos, empeñados en volverle la espalda a una verdad que está ahí, al alcance de cualquiera.

Comenzaba, amigos, a sentir en rociero, a comprender el Rocío, a aceptar sus razones. Porque esos hombres que he visto llorar arrodillados ante la Pastora, son los mismos que he visto cantar alegremente y reír con toda el alma y darse una vuelta por sevillanas. Son los mismos que llenan de alegría el andaros recinto rociero. Una alegría inmensa que es verdad y verdad hermosa, que nadie trata de negar o de ocultar, porque nadie se avergüenza de ella. Todo lo contrario; apenas se comenta el rosario rezado, la promesa cumplida, el favor que se hizo, la emoción de haber rozado un varal de sus andas… El rociero cuenta el momento feliz, el detalle de gracia, esa broma con ángel, gastada por el malasangre que no falta nunca, o el bautizo del rociero nuevo, con un falso ceremonial a todo lujo, en el que se rocía abundantemente al novato con mosto de la tierra. Y allá adentro del pecho, como grabado a fuego, se guarda cada cual para sí, ese instante de gozo espiritual vivido ante Ella en el santuario, o en la mañana del lunes, cuando el barquito breve de las andas de la Virgen, se lanza al embravecido mar de brazos que, en oleadas ininterrumpidas, se suceden en su afán de alcanzarla. Y los brazos extendidos, alargados amorosamente hacia Ella, se hacen ríos por los que se vuelca todo el formidable caudal de su amor.

Poco a poco, paso a paso, me adentraba en un camino, del que ya nada ni nadie me harán salir. Ya sentía dentro de mí la necesidad de llegar hasta ese barco pequeño y buscar en él refugio y salvación.

> Dejadme que yo la toque
> porque quiero pedirle
> que me perdone.

Que perdone, sí, mis anteriores dudas que, si alguna quedaba, quiso Ella borrarla, quiso iluminarme, permitiéndome ser testigo de un hecho maravilloso, que nunca podrá borrarse ya de mis recuerdos.

Contemplaba aquella mañana del lunes de Pentecostés la procesión de la Blanca Paloma con una mirada nueva, con una emoción distinta. Ante mis ojos se desarrollaba esa lucha titánica que mantienen los hombres que portan las andas, con los que aguardan impacientemente su momento para relevarlos. Momento que, de no buscarlo con todo su coraje y su voluntad y poniendo en juego todas sus fuerzas, no lograrán alcanzar jamás. Y ellos lo saben. Y no se dan descanso ni respiro. Cualquier instante puede ser el propicio y

es preciso estar bien atentos, expectantes y prontos. Y allí están, agarrotados los nervios, tensos los músculos, atenta la mirada y dispuestas las manos para, en el segundo exacto, desatar todo su poder y todo su empuje y aferrar se, como sea, a la parihuela, sin dar lugar a que nada ni nadie se lo impida. Y esto lo saben a su vez los que tienen un puesto ya en el paso, tan duramente ganado y al que no están dispuestos de ninguna manera a renunciar.

Y las andas de la imagen venerada, hechas para ser portadas por ocho o diez personas, a lo sumo, discurre como verdadera nave a la deriva, arrastrada por la terrible fuerza, que el amor multiplica, de treinta o cuarenta hombres de recia contextura y bien desarrollado poderío, que ponen en su esfuerzo mucho más que ese mismo poder.

Un numeroso grupo de hombres, igualmente fuertes y recios y bravos, rodean las andas buscando la ocasión para llegar hasta ellas. No vale desmayar ni distraerse. La menor vacilación, el más pequeño descuido, puede costar el lugar tan difícilmente ganado a los que están, o impedirles su arribo a los que buscan un hueco.

Y la parihuela se eleva o se escora, según mande la fuerza de uno u otro flanco. Parece en algunos momentos como si la bendita imagen fuera a caer al suelo. Pero no es posible, no; hay cientos y cientos de brazos allí para impedirlo.

Nadie se ha osado en preguntar siquiera si no hay penas allí, si hay quién sufra, quién padezca algún mal, algún problema, o alguna causa de preocupación.

Si los hubiere, estarán bien guardados y ocultos, por aquel que los sufre, evitando así que alcancen a otros y los puedan herir y los puedan dañar.

Milagro es, sí, y milagro precioso, esa alegría de los pueblos, que saben comerse a solas el dolor del pan negro y endurecido, que es el vivir y comparten generosamente con los demás, ese trozo de pan blanco y crujiente que es la risa.

Dios y la Virgen Bendita del Rocío os bendigan y bendigan por siempre jamás, la gloria de esa alegría.

Aunque, como ya he dicho, soy rociero muy reciente, me gusta creerme uno más entre tantos, quizá porque en mí estaba, aunque ignorada, latente la semilla. Acaso he sido siempre rociero sin saberlo y, como Lázaro, esperaba sola la voz que me dijera, «levántate y andan».

Algo así como os ha ocurrido a vosotros, rocieros palacenses. Rocieros de siempre, con una presencia masiva cada año en la romería, a la que acudíais en grupos independientes, o como agregados a hermandades de pueblos vecinos y, sin embargo, hasta hace unos pocos años, en mil novecientos setenta y dos, no se da forma a una hermandad que, en esencia, existía de toda la vida.

Una vez más, el pueblo desprendido y rumboso, que no gusta de halagos ni de incienso y es capaz de regalar un blasón, del que hay quién presume sin auténticos merecimientos.

No quiero llenaros el oído de halagos, ni regatearle a otros su valor. Pero, pregonero soy, y misión mía es pregonar vuestra liberalidad, vuestra generosidad y el estilo con que

dais sin medida lo mejor y más noble que en vosotros hay.

No quisisteis tomar para, para alcanzar un puesto, en esa carrera en la que no son siempre los mejores los que llegan primero. Hasta que un día llegó a Los Palacios quién os dijo: Levántate y os hizo despertar.

Y todo el sentir rociero del pueblo se conmocionó al escuchar su voz y, por ella conducido, pero alentado también por su propio espíritu, hizo realidad viva y palpable, esta hermandad, antigua en el ánimo, recién estrenada en historia, y con plenitud de eternidad en su afán.

Bien orgulloso puede sentirse, en su sencillez que no quisiera herir, don Antonio Peña, por cuanto, sin ser palacense ha hecho por esa hermandad, animando a unos y a otros a su creación y consiguiendo de la de Coria del Río la cesión de su antiguo cajón para el Simpe cado, uno de los contados que, por desgracia, quedan ya en el Rocío, con toda su carga de sabor y de gracia y de inmortal tradición.

Y regalando, a través de su esposa, dignos el uno del otro, el primer Simpecado que llevasteis a los pies de la Blanca Paloma.

Pero sobre todo, grande ha de ser su satisfacción; de hombre que sabe calar a las gentes, por haber descubierto y puesto a flor de piel, el verdadero valor y valer y el verdadero sentir y ser de un pueblo, que se empeña en esconder a ojos extraños la grandeza de su alma.

Pero, amigos, con el Evangelio andamos y, quién dijera Levántate y anda, os da también, como símbolo, su propio apellido. Peña. Y peña o piedra, primera piedra ha sido de ese edificio que es la hermandad, que acabáis de comenzar a levantar. A vosotros os toca continuarlo, con la aportación del granito de arena de cada cual. El camino está abierto, pero no está hecho.

Recordemos los versos de don Antonio Machado, popularizados hoy por un cantante actual: caminante, no hay camino. Se hace camino al andar.

Y bien cierto es.

Camino no es un trecho entre dos puntos, más o menos distantes. Camino es todo aquello que se hace y también todo lo que no se hace, al recorrerlo. Camino es el abrazo que se da, el favor que se niega, el dolor que se causa, la puerta que se abre…

En el camino estáis, unidos al fin bajo la bandera de vuestro pueblo y, aunque lleváis aún poco tiempo en él, ya se distinguen claramente las marcas de vuestro paso.

Hasta entonces, las vuestras han sido pisadas perdidas, borradas por otras que tenían su sello. A partir de ahora, los que vienen detrás, habrán de exclamar al ver vuestras huellas en la arena: estos son ellos. Por aquí han pasado los rocieros de Los Palacios.

¡Qué largo el largo camino
que no va a ninguna parte,
con un final sin final,
en el que no espera nadie!

¡Qué triste andar por andar,
para el triste caminante,
que sabe solo un camino
y no va a ninguna parte!
Tristes caminos abiertos
para que nadie los ande,
donde se pierden aquellos
que nos los aguarda nadie.
Senderos por donde van
ignorantes que no saben
que no encontrarán caminos,
si ellos mismos no los hacen.
¡Qué largo el largo camino
que no va a ninguna parte
y qué triste caminar
sin nadie que nos aguarde!
Y tú, palacense, tienes
un camino por delante,
en el que has entrado apenas
y tú mismo has de labrarte,
acompasando tu andar
al ritmo que te reclame.
Tu camino será como
lo hagas tu cuando andes;
que no hay caminos, amigo
y has de hacerlo tú en constante
caminar sobre las huellas
que en otro paso dejaste.
Cuando prepares el costo,
rociero caminante,
junto a la bota de mosto
y la hogaza que llevares,
echa este consejo mío,
si en las alforjas te cabe.
Escoge bien el camino
por el que vas a adentrarte,
que al dar los primeros pasos
todos parecen iguales
y una vez que vas andando,
es muy difícil cambiarle.

Rociero palacense,
que al camino vas a echarte
y sabes que en el final
estará ella esperándote,
mide bien cada pisada
y cada palmo que andes.
Rociero palacense,
el de la sonrisa fácil,
el que se da a manos llenas,
el que no sabe negarse,
ofrécele a la Paloma
tus pasos de caminante.
Que es triste andar por andar,
sin que nos espera nadie
por un camino sin fin
que no va a ninguna parte.

Pero dejemos de una vez y para siempre el tono solemne y grave, que el momento glorioso está ahí mismo. La noche del miércoles anterior a Pentecostés, víspera de la salida de la caravana, el pueblo, prácticamente todo, trajina sin darse descanso ultimando detalles. Son cientos de familias las que, en estrecha unión, dan los últimos toques a los numerosos preparativos. Ni que decir tiene, que las carriolas han sido ya engalanadas y cargado en ellas los bultos pesados. Pero son tantas cosas las que se necesitan… ¿O no son precisas tantas?

Porque el vuestro es un pueblo que jamás va con lo justo a ninguna parte; con lo imprescindible. Siempre echará en el zurrón algo más, mucho más, por si hubiera menester. No es pueblo que se deje coger desprevenido.

Y el trajín no cesa. El tono de voz ha subido en cada casa, porque el hablar en voz alta parece que aplaca los nervios. Y los nervios han hecho presa en todos, inquietos desasosegados por la espera, que ya no será mucha. Lo malo son las horas de la madrugada para los que no logren conciliar el sueño, que serán los más. Esas largas horas que aún faltan para la misa de Romeros y que se celebrará en la Iglesia del Sagrado Corazón.

Y a las palabras finales del sacerdote, la misa ha terminado, todos los romeros se apresuran para alcanzar sus respectivos puestos. El tono de las voces ha crecido aún más, o así lo parece, al haberse congregado todos los componentes de la comitiva, al filo ya de la partida.

Todo está dispuesto. El simpecado, obra del orfebre Villarreal, con preciosos bordados de las monjitas de Santa Paula, ha sido colocado firmemente en el antiguo cajón, que tantos caminos hizo anteriormente con la hermandad de Coria del Río. Las mulas que

han de tirar del carro están ya en su sitio, indiferentes a todo. El orden de la caravana ha sido establecido y cada cual ocupa el lugar que le asignaron.

Dadas las ocho de la radiante mañana del jueves y a la señal convenida, el largo cortejo se pone en movimiento. Ha comenzado el camino.

El sonido profundo de los tamboriles, ahoga en el interior de los romeros los latidos del propio corazón y los dispone para vencer la emoción del momento. No serían suficientes los cantes por sevillanas, ni los gritos de ¡viva la Blanca Paloma! Y ¡viva la Virgen del Rocío!, para poner freno a la sangre que se desboca en las arterias. Solo ese golpe seco y hondo del tamboril, adentrándose por los sentidos y alojándose en el interior, podía poner contrapunto a tanta inquietud.

Los peregrinos atraviesan el pueblo buscando la salida, ante la mirada curiosa de unos y un puntito enviDiosa de otros de los que se quedan, de los que no van al Rocío, por una u otra razones.

Al extremo de los Palacios tiene la Virgen de los Remedios su ermita.

Cada año, la hermandad rociera detiene su paso ante ella para hacerle una sencilla ofrenda de flores. El acto es breve, pero tiene la hermosura del solemne respeto con que se realiza. Terminada la breve ceremonia, se reemprende el camino de cara ya a las marismas.

No habrá más paradas, hasta alcanzar el cruce de la carretera de la Isla, caminados unos quince kilómetros. Allí será el encuentro con la hermandad de Dos Hermanas, madrina que fue de la de Los Palacios en su presentación y a la que se agasajará también con un presente de flores y de la que se recibe idéntico regalo, poniéndose ambos ramos a los pies de los respectivos simpecados. Hay un descanso, no muy prolongado, que se anima con unos tragos de vino y un cantecillo y un baile por sevillanas. La alegría que no falte.

Se juntan ahora las dos hermandades para atravesar las dehesas de Dos Hermanas y Coria y hasta llegar al río que, una vez cruzado, pone punto final a la mitad de la jornada del primer día de camino.

Se acampa en el ancho parque coriano y tras una visita a la Virgen Santísima de la Estrella en su Parroquia, a la que se canta una Salve y se ofrecen unas flores, se comienzan a preparar las viandas para el almuerzo.

A las cuatro de la tarde es la partida hacia la Puebla del Río, donde la hermandad es recibida por las autoridades, que la acompaña hasta que abandona el pueblo, en ruta para La Delicia Baja, donde se llega con la puesta del sol y habrá de pasarse la primera noche. Tras la cena y antes de retirarse a dormir, los que lo consigan, se canta el santo rosario, como broche de cierre de la primera jornada y en acción de gracias a la Reina de las Marismas.

No pienso seguir relatando el resto del camino y si he sido tan minucioso en los detalles de este primer día, es porque me ha llamado poderosamente la atención la manera de dejar marcado su rastro de vuestra hermandad.

Un ramo de flores y una plegaria, que harán decir a vuestra Virgen de los Remedios: Por aquí han pasado los rocieros de Los Palacios.

Un ramo de flores y una copa compartida con la hermandad Madrina, la de Dos hermanas, que sentirá el orgullo de serlo y exclamará: Estos son los rocieros de Los Palacios, mi hermandad Ahijada.

Un ramo de flores y una salve para la Virgen de la Estrella en su parroquia de Coria del Río, que también dirá con voz emocionada: Por aquí han pasado los rocieros de los Palacios.

Y es verdad que no hay caminos, admirado Antonio Machado. Los caminos hay que hacerlos y hay que hacerlos así.

Dejando esa huella, apenas perceptible quizá, que deja un puñado de rosas, una salve, o una copa, que se dá de verdad. Poco profunda si se quiere, poco ancha, pero que difícilmente se puede borrar.

Es así como hay que hacer el camino. Como lo hicieron aquellos, que ya se fueron para siempre, por el único camino en el que no quedan huellas, porque no habrá regreso... O aquellos, a los que el tiempo ha ido gastando y debilitando y han quedado reducidos a un puñado de añoranzas y de sueños.

Y la hermandad de los Palacios ha comenzado con buen tino su caminar. Su huella es clara y es precisa. El surco del cajón sencillo del simpecado es fácilmente conocible. Algún día, una valiosa carreta de plata ocupará su lugar. Será igual, si el surco sigue siendo el mismo. A mí, personalmente, me enamoran esos primitivos cajones, con todo su largo historial rociero. Pero nada tengo en contra de las costosas carretas de plata, ni me llamaría a escándalo si de oro las hicieran...

Para Ella, para esa Blanca Paloma, Reina de las Marismas y Madre Gloriosa del Rocío, no cuentan esas cosas. Cuando mira sobre el pecho de los romeros la medalla con su imagen, lo que le importa es que sea llevada dignamente, no el material con el que ha sido fundida.

Así lo creo sinceramente, pero en el sentido de que no entiendo que le desagraden aquellas que tienen un alto valor material, por este solo hecho. Una medalla de oro sobre un pecho noble y limpio, ha de serle tan grata como la más humilde, llevada con igual limpieza y buena fe. Son otras las que le duelen, sin que en este dolor cuente la materia de que las medallas sean. Aquellas, que las hay, que son solo ostentación de una devoción que no se siente y de un espíritu rociero que no se comprende. Las hay, sí, lamentablemente, pero no siempre son de oro o de plata. No caigamos en error de tantos, de pensar que a esa Virgen bendita solo los que no andamos muy allá económicamente, somos capaces de quererla. El patrimonio del amor a la Virgen del Rocío, no es de unos pocos, por mucha y fuerte que sea su devoción, ni por mucho que eleven su voz para proclamarla. Cada cual la quiere a su manera; rico o pobre; a gritos o calladamente; caminando de rodillas y con los brazos en cruz, el crucero del Santuario, o haciendo el camino descalzo y sin hablar; rezándole un rosario, oculto en un rincón del templo, o

dándole las gracias con un cante, por la sencilla y maravillosa alegría de vivir.

Esa alegría vuestra, espontánea y natural, que he querido pregonar y proclamar en esta exaltación del sentir rociero de Los Palacios de mil novecientos setenta y ocho, a punto casi de echarse al camino.

El Señor y la Reina gloriosa de las Marismas os conserven ese precioso don y permitan que perdure en el tiempo y por encima de todas las censuras, el ambiente cordial y festivo en que la romería se desarrolla.

Nada obliga al rociero a ser triste y a caminar con la mirada baja y clavada en la tierra, como si a Dios y a la Virgen Santísima solo hubiera que búscales, cuando algún mal nos aqueja y necesitamos de su protección y su consuelo, para nuestro pesar o para nuestros fracasos.

No les ofende, no, nuestra alegría y, necesariamente, ha de serles muy grato que les cantemos nuestro gozo y compartamos con ellos y con nuestros hermanos ese poquito de felicidad que nos es permitido en la tierra.

No es pecado la risa, ni la alegría, ni el buen humor, ni ese trago de vino que se ofrece y que se acepta con nobleza, porque hasta el vino de la peor uva, se hace generoso en la copa, si la mano que lo ofrece pone en ella el calor la amistad y de la buena voluntad.

Conserva, palacense, esa hermosa alegría y, si alguna vez, alguien la pone en entredicho y se llena de escándalo, porque no la comprende, porque no te comprende a ti, ni comprende tampoco el sentir rociero, no te enfades con él, no lo rechaces. Por el contrario, trata de hacerle entender.

Acércalo a la Virgen del Rocío y que se prenda en la sonrisa que ilumina su rostro. Que es sonrisa de gozo y es, a la vez, sonrisa de comprensión y de perdón. Porque Ella sabe que, alguna vez, también caemos, también nos equivocamos, porque somos humanos. Hombres y mujeres. Y, como tales, arrastramos también nuestra carga de culpas y nos dejamos vencer por la tentación. Como todos los seres de la humanidad. Y tal vez algún día comprenda… Te comprenda…Nos comprenda. Y, como yo, comience a sentir que en su alma germina la alegría de sentirse rociero.

Para ser rociero,
no hay que ser santo;
que la Blanca Paloma
no exige tanto.
como tú eres,
que tropiezas mil veces,
aunque no quieres.

Alicante está en el camino
Hermandad del Rocío de Alicante

Alicante está en camino
hacia la aldea lejana
y allí la paloma, hermana
a su pueblo peregrino.
El Pastorcillo Divino
tiene una premonición
y ha dispuesto su zurrón
pensando que el caminante,
que llega desde Alicante,
se lo llene de turrón.

Si aquel que el costo prepara
lo hace como Dios manda,
seguro que tal vianda
en la alforja no faltara.
Y en verdad que no es tan rara
la ilusión del Pastorcillo
por manjar tan exquisito
y no apto a cierta edad,
y Jesús en Navidad
es aún muy pequeñito.

Supongo que en Alicante
ya se está aviando el costo.
«Aquí el vinillo y el mosto
y allá condumio bastante».
Y en ese íntimo estante
que se llama sentimiento,
han puesto el ciento por ciento
del alimento mejor;
toda una carga de amor
que cunda en todo momento.

Bien saben como cristianos
que no hay mesa bien servida
si no ha de ser compartida
en paz con nuestro hermanos.
Y abiertas llevan las manos
el romero alicantino
cuando se hace peregrino
de la pastora bendita,
que alegre exclama en su ermita:
¡ya Alicante está en camino!

«Alicante está en camino». Este es el título que he elegido para las palabras que dan forma a mi pregón, con referencia al camino que se hace desde el lugar de procedencia hasta la aldea del Rocío, por supuesto, pero también a ese largo y duro camino en el que estáis más o menos desde que os encontrasteis con la hermandad malagueña de La Caleta. Un recorrido de gestiones, de proyectos, de ilusiones, que estáis llevando a cabo con valentía y con amor, con muchísimo amor. Y en un largo trayecto nace la asociación y en otra etapa surge un coro precioso y andando, andando, se abren las puertas de la casa de hermandad y unos pasos más para el simpecado y no habrá pausas ni acampadas para la carreta.

Y allá, en los alrededores de la casa de la Blanca Paloma, diremos admirados. ¡Desde Alicante vienen a ver a la Virgen desde Alicante! qué largo camino! Pero yo, gracias a nuestro común amigo y hermano Ismael Muñoz, que me ha acercado a vosotros, me he admirado gratísimamente también de ese otro difícil camino hecho a cuerpo limpio para llegar a ser y estar con todos los derechos entre las hermandades filiales de la que es Madre y Maestra.

De ahí el título escogido para mis palabras, que ahora dirijo a mi presentador para agradecerle de todo corazón las que él ha usado para cederme la palabra. Gracias, D.PEDRO ROMERO PONCE

¡Y ahora séame permitida una fantasía!

La Virgen Santísima había dado por finalizada su misión sobre la tierra y nuestro Señor, a punto de entregar el espíritu, le encomienda un nuevo quehacer. «Mujer, este es tu hijo». Y pone a Juan a su cuidado y con él a toda la humanidad. Y los ángeles bajaron del cielo y la ascendieron a la presencia del Eterno y allá en las alturas permanecerá por los siglos de los siglos, atenta a cualquier necesidad de sus hijos; de vosotros, de mí, de todos sus hijos.

Y yo la sueño en una estancia inmensa, casi sin límites, entera mente revestida de grandes espejos, que copian y repiten su bellísima imagen.

Su sola contemplación, aun siendo imaginada, me conmueve hasta lo más íntimo de mi ser, porque alcanzo a verla nimbada se una luz indecible y con toda su hermosura de

madre dolorida, mas conservando la cándida inocencia de la niña que fuera visitada por el arcángel allá en Nazaret.

Según en qué espejo se refleje puede verse en las múltiples y distintas formas en las que nosotros la veneramos. Y en uno es Amargura y Angustias en otro y en otros Tristeza, Dolores, Lágrimas… Imágenes que le devuelven todo el cúmulo de quebrantos, de adversidades que hubo de sufrir durante el proceso de su amado Hijo, Nuestro Señor. Pero vuelve la mirada a otros espejos y en ellos es Caridad, Patrocinio, Montserrat, Milagros, Paloma, Esperanza y una casi interminable recreación de actitudes de Ella misma, con la que el orbe cristiano parece haber querido componer una encantadora letanía. Pero, curiosamente, una de las imágenes se desdobla al reflejarse y la Santísima Virgen sé ve por dos veces en ese espejo. Pero no quiero continuar dejándome llevar por la fantasía, porque creo que os he contagiado y ya comenzáis a ver también la doble imagen de Nuestra Safira del Remedio y la Virgen de los Remedios. La Blanca Paloma, la Virgen del Rocío. Porque así lo comunicó Ella al hombre que la encontró: «María de los Remedios me llamo».

Pienso que no será difícil para vosotros contemplarlas así tan cerca una de otra, como yo puedo imaginarlas, hasta el extremo de alcanzar a escuchar un ideal diálogo trenzado por ambas.

—vengo desde Huelva, hermana,
a tu Alicante querido,
más si no me es permitido,
regreso a Huelva mañana.
—Siempre serás bienvenida,
que mi pueblo te ha llamado
y yo te guardo a mi lado
un asiento de por vida.
—Sé, hermana, que no hay persona
en este Alicante tuyo
que no proclame el orgullo
de saberte su patrona.
—Cierto y también cierto es
que aún estando tan lejana,
aquella aldea huelvana
les cautivó como ves.
—Al pueblo no se le engaña
y sabe sin vacilar
que entre un mar y el otro mar
está el corazón de España.
Así es como siempre ha sido,

porque una misma emoción
y una misma devoción
a nuestros pueblos ha unido.

—y por eso, allá en mi ermita,
cuando tu gente aparece,
no es preciso que me rece
para saberse bendita.
—Al salir de romería,
cuando de mí se despiden,
únicamente me piden
salud, amor y alegría.
Y así llegan a mi predio
y enamoran al gentío
gritando ¡viva el Rocío
y la Virgen del Remedio!
Y las dos se han abrazado
y las dos han sonreído
y del sueño que he vivido,
hermanos, ya he despertado.

Y, vueltos a la realidad, debo confesaros que soy un rociero relativamente reciente, porque no hace muchos años que me atreví a considerarme como tal.

Al Rocío se llega por lo general adentrándose por tres caninos diferentes; tradición, devoción y afición. Yo no entré por ninguno de ellos, ya que en mi pueblo, Morón de la Frontera, no existe tradición rociera y, por otra parte, mi fuerte devoción a la Virgen la había puesto en María Auxiliadora en el colegio Salesiano en el que recibí mi primera enseñanza. Solo una puerta me quedaba abierta, la afición, que comienza por una cierta curiosidad ante lo desconocido, que insensiblemente nos va acercando y captándonos hasta quedar prendidos en sus encantos. Pero tampoco fue así como penetré en el Rocío. Llegué a él por el camino de la copla.

Ella, la Blanca Paloma lo quiso así, porque nos llama a todos uno a uno. A los que tiene cerca le basta con abrirle su sonrisa de niña recatada y ya jamás se aparta de su nido. A aquellos que han ido a su romería en el vientre de la madre, los tiene para siempre como sentados en su regazo. Es para los que nos sabe alejados por la distancia real, o por la indiferencia, para los que ha de valerse de medios muy otros, porque a todos nos busca sin detenerse en barreras, en obstáculos, en frialdades o alejamientos.

Yo entiendo que quiso dejar esto bien claro, que no habría límites a su influencia, cuando se hizo encontrar en terrenos de Huelva, pero por un hombre sencillo nacido en la provincia de Sevilla. Así parecía querer decir que era de unos y de otros, de todos y para todos. Y en ello sigue. Extendiendo su devoción predio a predio, pueblo a pueblo,

como una dulce y beneficiadora riada, de la que nos déjanos llevar sin ofrecer resistencia, seguros y convencidos de arribar en las Marismas Eternas por el Padre prometidas.

«María de los Remedios me llamo». Soy la remediadora, la protectora, la que acude siempre a todas las llamadas, la que con el Rocío de su gracia será como un maná que alimente la fe y la esperanza y la caridad.

Así habló, sin usar de palabras, aquella imagen que fue encontrada por el campesino. ¿O la bajaron los ángeles, según nos dice la tradición? O acaso la verdad es que fue allí depositada por deseo del Rey Alfonso x el Sabio…

Todos los caminos son buenos en verdad para encontrarse con Ella, para escuchar y atender su llamada, el eco bendito de su voz, que tiene alcances insospechados.

A mí, como he dicho, fue el camino de la copla, cuando hube de atender peticiones de canciones sobre el Rocío y entré en contacto con un movimiento que desconocía por completo, por lo que en la romería fui un mero espectador frío y lejano. Pero un Lunes de Pentecostés, presenciando la singular procesión de la Virgen tuve la oportunidad de ser testigo de un hecho que me conmovió profundamente primero, Y prendió una desconocida luz en mi mente, que me hizo comprender y aceptar una verdad a la que ya jamás he de renunciar. De alguna manera la Blanca Paloma había venido a mí y casi me había tomado de la mano para llevarme a Ella.

Contemplaba sin gran convencimiento la Imagen bendita de la Virgen llevada y traída por fuerzas distintas que se contraponían, como una navecilla pequeña embestida por un mar embravecido

En sus andas, pensadas para ser llevadas por dieciocho o veinte personas a lo sumo, era conducida por, qué se yo, cuántos hombres jóvenes y fuertes, aferrados allí donde les era posible, luchando hasta el extremo para que no les fuera arrebatado. El lugar de privilegio con tanto esfuerzo alcanzado.

Justo en aquel momento habían detenido la Virgen ante mí. Y aquel fue el primer Rocío para mí. La Blanca Paloma me había llamado a través de la copla y ya comenzaba a sentirme suyo para siempre.

Comencé a comprender muchas cosas que antes no entendía y que mi ignorancia rechazaba. Y le di sentido a la copla y al baile y al vino que tan alegremente corre en la romería.

Pude darme cuenta de que el culto a la Virgen y la fiesta van y deben ir unidos. El Rocío pude por fin aprender, lo hacemos más para agradecer favores recibidos que para llorar nuestros problemillas, nuestros inconvenientes y desilusiones.

Ya podía llamarme y sentirme rociero aunque, como algunos de vosotros, no lo sea por tradición, sino porque Ella me abrió el camino, que consideró más conveniente, más oportuno.

Qué no va a hacer una madre para reunir, para hermanar a sus hijos, a todos sus hijos. Y un día, la que es Madre universal, os abrió la puerta de su palomar y os señaló un camino, que acaso se os pudo antojar excesivamente largo hasta lo inalcanzable, y no os

arredrasteis, os cogisteis de la mano de la hermandad Rociera y malagueña de La Caleta y echasteis a andar decidida y valerosamente y en el camino estáis. Alicante está en camino. Es lo que Ella, la Reina de las Marismas, había decidido.

A mí no se me alcanza, claro es, que nueva misión ha dispuesto el Altísimo para aquella en la que se encarnó y a la que legó por Madre a la humanidad y anda ahora en la tarea, desde una pequeña aldea, de acercar y aunar uno a uno a pueblos y a gentes, para los que no son obstáculos la distancia, o la apatía, o la indiferencia. A todos los llama, a todos les abre senderos y los atrae y los invita a aprender y a repetir gozosamente su nombre, sus nombres… «María de los Remedios me llamo». Y será llamada después de La Rocina y Rocío. Porque Rocío es venido de las celestes mansiones, como bendito maná que alimenta y conforta, pan nuestro de cada día, a la cada vez más crecida caravana, que hacia Ella camina, tierra prometida y alcanzada.

¿También Alicante, hijo?
Le preguntó la Pastora
al Pastorcillo Divino.
y él le respondió: —también.
Ha tiempo que la he elegido,
porque es ciudad que me guarda
veneración hace siglos
y mi reliquia custodia
con el orgullo más digno.
Y mañana serán otros
los que ponga a tu cobijo,
sin que olviden devociones
que alimentan desde niños.
Alicante oyó tu voz
y a tu encanto se ha rendido,
desde aquel día en que Málaga
se le cruzó en el camino
y tendiéndole la mano
le dijo: —vente conmigo.
y el romero malagueño
se abrazó al alicantino
y tu cubriste a los dos
con la luz de tu Rocío.
y la Virgen sonreía
escuchando al Pastorcillo
que, con un dulce bostezo,
se fue quedando dormido,

aclarado su propósito
y dicho lo que había dicho.
y ella, que todo lo sabe
desde antes del principio,
eleva el sol de sus ojos
y ve acercarse a sus hijos
desde predios tan lejanos
y haciendo mil sacrificios,
sin importarles barreras,
ni obstáculos ni peligros,
rebosantes las alforjas
del más hermoso cariño,
que así camina Alicante
a la aldea del Rocío,
y ofreciéndoles los brazos,
les grita: —venid conmigo,
que en mi palomar celeste
os habéis ganado un sitio.

Cuando lleguéis a la aldea y entréis en la ermita para saludar a la Virgen y para darle las gracias porque todo fue bien y porque os tuvo bajo su protección en todo momento y porque fueron aleccionadoras y deliciosamente gratas las horas vividas en hermandad con la que es madre y matriz de todas, la Hermandad de Almonte, me permito indicaros que reparéis en las arenas que cubren materialmente el suele del templo. Allí se han ido uniendo y mezclando hasta confundirse, arenas y tierras y simple polvo arrastrados desde muy distintos lugares, por los romeros desde su procedencia. No creo que fuese posible volver a desunirlos, a seleccionarlos y determinar de dónde vino este o aquel, o aquel otro. Así veo yo, perqué así lo ve la Blanca Paloma, a los romeros que acuden a Ella. Tan aunados, tan ligados entre sí, que ya no es posible distinguir quién es este o quién es aquel. No importa, no le importa quién es, o que es, o de dónde y por qué viene. Tal vez alguno habrá que ni él mismo lo sabe, pero allí está. Y no ha de tardar en comprenderlo. Eso es lo que verdaderamente cuenta y lo que a la Virgen bendita del Rocío llena de gozo.

Hermano rociero
y amigo mío,
tu pecho con mi pecho
los dos fundidos,
para quererla a ella,
eso es Rocío.
Porque es Paloma de la paz

y si de veras la quieres
su corazón te lo da,
sin importarle quién eres
ni el nombre de tu hermandad.

Debo confesar que llegar a este convencimiento no me fue tan fácil, porque fui adentrándome en el Rocío paso a paso y paso a paso también hube de ir comprendiendo y asimilando las diferentes y múltiples facetas que conforman el singular suceso.

La primera vez que hiere el camino eón la hermandad de Umbrete, pude observar que en las acampadas —esta hermandad hace dos— hay que levantar paredes imaginarias allí donde no las hay de hecho, para no ser imprudentes testigos de aquello que no tenemos por qué ver.

Los romeros hacemos nuestra vida en las paradas como continuación del vivir de cada día. Se cocina, se preparan por la noche y se recogen por la mañana las camas, se reza, se conversa, se canta y se baila, se ríe, se va al baño… Igual, exactamente lo mismo que hacemos en casa, pero sin esas paredes, esos muros que nos aíslan y nos procuran la necesaria intimidad.

Comprendí igualmente la importancia y diría que hasta la necesidad de la copla, tanto cuando se hace plegaria como cuando es sencillamente eso, copla como expresión de alegría interior que, al cantarla se extiende y se comparte eón los demás.

No es bueno separar la alegría y la copla del sentimiento religioso, porque ambos se complementan y suprimir cualquiera de ambas actitudes iría en detrimento de la romería, de su propia esencia. Hube de asimilar estas y otras cosas aprisa y tardíamente. Enseñanza que en Alienante se recibe en la niñez, porque son muchos años de peregrinar en el amor de la Santa Faz, tan arraigado en vuestras devociones. Amor y devoción que he podido admirar contemplando instantáneas tomadas hace apenas un puñado de días, que proclaman bien a las claras vuestra experiencia y vuestro saber estar.

Unidos van en apretado haz,
alegre el paso y el mirar distante,
que un mismo afán los lleva hacia adelante
embalsamada el alma en dulce paz.
La caravana en su andadura audaz,
es como un firme credo itinerante,
que eleva al cielo el pueblo de Alicante
proclamando su fe en la Santa Faz.
es plegaria, Señor, salmo sin voces
de esta tu gente que tan bien conoces,
que a tu gracia confía su destino
y en pos de tu reliquia venerada,
camina día a día, ilusionada

y no abandonará nunca el camino.

Posiblemente mi insistencia en comentar mis dudas, mis temores y vacilaciones al incorporarme a la devoción rociera, ha podido producir la impresión de que pretendido llevaros de la mano. Nada más lejos de mi propósito, porque la idea que ha conducido mi discurso no es otra que la similitud que he encontrado en mi inexperiencia cuando acudí a la llamada de la Virgen y la de alguno de vosotros que, al igual que yo, no ha llegado a Ella por tradición familiar y ha depositado desde muy niño su fe y su amor en el Divino Rostro del Señor y en la gracia de María Santísima del Remedio.

Esta circunstancia me hizo pensar que, también como yo, alguno de vosotros, incorporado recientemente a la influencia cautivadora de la Blanca Paloma, se ha preguntado si puede, si debe, si tiene derecho a llamarse rociero y he querido animarle a desechar tales temores.

Somos y podemos llamarnos rocieros desde el mismo instante en que oímos su llamada, que no distingue a unes y a otros y a todos va dirigida. Cuando llegue a este convencimiento, hace ya algunos años, escribí unas sevillanas, de las que destacó la que sigue:

Para ser rociero
no hay que ser santo,
que la Blanca Paloma
no pide tanto.
Como tú eres,
que tropiezas mil veces
aunque no quieres.

Y tengo la impresión, hermanos, de que Ella, la Blandea Paloma, sonríe cuando escuela esta copla y hasta creo oír su voz dulcísima que me dice: ven, acércate, estás preparado, ponte en camino, pero…

El que nace en buena tierra
y en libertad ha crecido,
acariciado de sol
y de vientos protegido,
tiene que hacer bien sus cuentas
antes de echarse al camino
y no fiar en promesas
que pueden ser espejismos.
Alicante oyó la voz
de la Virgen del Rocío,
voz sin voz que elevó el vuelo

y en vuestro pecho fue un grito,
que le contó al sentimiento
lo que no entiende el oído.
Y antes de decir «Sí, quiero»,
aviasteis el hatillo,
en el que tiene cabida
solamente lo preciso.
Ni olvidasteis lo que es justo,
ni lo vulgar tuvo sitio.
y a una voz, como uno solo,
todos estuvisteis listos.
Entusiasta el más alegre,
remolón el indeciso.
—¡vamos!, que el camino es largo
y no hay que andar con remilgos.
Así que todos a una
vayamos a despedirnos
de la Virgen del remedio
antes de entrar en camino.
Y Alicante fue al encuentro
de la Virgen del Rocío
Málaga fue la ilusión
y Almonte el sueño cumplido,
protección la santa faz
y mucho amor compartido.
no se deja atrás la tierra,
ni el sol al que se na nacido,
ni las brisas que mecieron
nuestra cuna cuando niños.
Mas de tan hondas raíces
un rosal ha florecido
para la Reina de Almonte
1 para su Pastorcillo.
Los rojos de la amapola,
la blancura de los lirios,
los azules del romero
y los verdes de los pinos,
se recrean en los cánticos
que de levante han venido
y anuncian por las marismas

que alicante está en camino.
Cantares que hablan de amor,
de corazones henchidos
de ilusión y de esperanzas,
de abrazos son el amigo,
como en un largo rosario
de piropos encendidos
que a la Paloma se eleva
y se cuelga de su nido.
Tú eres la madre de dios
y luz de los afligidos,
la Reina de las Marismas,
faro del que anda perdido,
estrella del navegante
y eres el cálido abrigo
de los que a ti se confían
porque tu voz han oído
y acuden a tu llamada
por duro que sea el camino.
De aquellas playas lejanas
arena te hemos traído
para unirlas en tu ermita
con la de todos tus hijos,
como no pensada ofrenda
y que a nuestro andar se ha unido.
Queremos que, por tu gracia,
quedar con ellos fundidos,
lo mismo que esas arenas
que en tu ermita se han unido
y tú no preguntas cuándo,
ni cómo ni de qué sitio
llegaron para ofrecerte
lo más limpio de ellos mismos.
Aquí nos tienes, Paloma,
al fin estamos contigo
y nos tendrás para siempre,
si tú nos guardas el sitio
que le o!reeiste a alieante
cuando se puso en camino.
dos vlvas cruzan el aire

en aquel momento mismo,
a la Virgen del Remedio
y a la Virgen del Rocío.

XIII Pregón Rociero
Las palmas de Gran Canaria

Vengo, hermanos, a anunciaros que los soñados días del Gran Suceso son ya inmediatos y que su cercanía requiere toda nuestra atención y nuestro cuidado para que a punto se halle cuanto ha de ser menester.

Desprended del azul del terciopelo del simpecado esa mota rebelde de invisible polvillo que escapó en el último y reciente limpiado.

Abrillantad el asta primorosa y la artísticamente labrada plata de la Carreta, de ánforas y varas. Poned alma y corazón en ello. Que luego la Señora, como cada año, cuente allá arriba, en su tertulia de los atardeceres que… «¡cómo iba la carreta! Podía verme la cara en ella».

Tejed, sí, ¡ya lo creo! Brazadas de sevillanas y de fandangos de Huelva, que canten su realeza y su gracia y el amor sin fronteras que su mano bendita ha plantado en nuestros corazones.

Y en el entramado de esos cantes, que fueron los primeros que se hicieron plegarias en aquella soñada aldea, insertad con firmeza la hebra sutil de los aires canarios, que la isa, hermanos, sabe llegar al mismísimo cielo para dirigirse a la Madre de Dios, invocándola con el nombre sugerente, recio y a la vez dulcísimo de Señora del Pino.

Aviad también el costo, variado y copioso, que los días son largos y los allegados muchos. Elegid con buen tino las viandas y alegradlas con la presencia abundosa de los frutos propios de estas tierras ubérrimas, que son en aquellos lugares bien esperados y mejor celebrados.

Y mirad con el mayor cuidado que estén a punto los lirios y las esterlinitas y las sorprendentes rosas de Jericó, porque para aquellos que no acabamos nunca de distinguir unas de otras carretas, ni conocemos este, aquel, o aquel simpecados, esa muestra exquisita de vuestra flora nos ayuda a identificaros y nos hace exclamar siempre con admiración. ¡Vienen desde tan lejos! ¡La Virgen los acompañe y los bendiga!

Pero, bueno, si ya sé que en todo ello andáis entregados en cuerpo y alma y no ahora en estos días próximos a la Romería, que por tanta dedicación y entusiasmo bien podríais ser ejemplo de otras hermandades, que de algunas conozco que se abandonan y remolonean y se dispersan y apenas si se encuentran en señaladas ocasiones.

Y seguro estoy también que allá en Lucena del Puerto, la preciosa carreta en la que José Ramírez Díaz echó el resto de gracia y de arte, señores y reluce como un ascua.

Y que Paco Herrera, en el sevillanísimo Gines, ha batido como siempre todas las marcas posibles para reunir y adornar los medios de transporte, eligiendo lo mejor entre lo mejor, con ese mucho amor que atesora y que sabe dar con largueza.

Y no podría olvidar la mano siempre extendida y abierta de un hombre que se entregó por entero a un pueblo que lo enamoró y a una gente en la que se encontró así mismo y en cuyas raíces descubrió entretejidas las raíces de su propia identidad. Y en aquel Gines de su nacencia está su pensamiento cuando está con vosotros y con vosotros se llena su pensamiento cuando se encuentra en su Gines. Y en todo momento añorando sus años mozos, vividos intensamente a vuestro lado, agotando el caudal de su sorpresa y preparado en cualquier momento para acudir a vuestra llamada, con una frase alentadora y oportuna siempre dispuesta. 0ue así es y así os quiere José Manuel Gil Buiza.

Nada pues ha de caer en falta cuando tanto amor, en esta y en aquella otra orilla, se conjuga con el esfuerzo común, con la colaboración de un grupo creciente, que se abre en círculos cada vez más amplios y al que anima un mismo espíritu, que es a la postre lo que hace hermanad.

Hermandad es la camaradería en la convivencia y la prestación personal cuando la consecución de un logro cualquiera lo demanda, aun cuando la situación requiera vestir con ropas de fantasía a la realidad, como ha sido el caso de mi presentadora, esta encantadora Margarita Castro Palop, que se ha dado arte y maña para escribir con letras de oro la humilde biografía de este hombre sencillo, que para intentar parecerse al singular retrato que Margarita ha trazado, va a necesitar muy mucho la protección y la ayuda de nuestra Madre Santísima la Virgen del Rocío, en cuya prodigalidad confío y en cuyas manos y en las vuestras, hermanos estoy por entero.

Tres largos años han pasado desde aquel diecisiete de Marzo de mil novecientos ochenta y ocho, en el que me cupo el honor de pronunciar el pregón de la Hermandad de Nuestro Padre Jesús de la Sa1ud , y María Santísima de la Esperanza de Vegueta y cuando andaba recopilando datos para la elaboración de mi discurso, me sorprendió notar siempre la presencia en cuanto se me contaba de la Virgen del Pino. Lo cual ha vuelto a repetirse en esta ocasión, porque nadie intenta evitarlo y sucede de una manera natural y espontánea, sin que ni siquiera medie en ello la voluntad. De tal manera han ahondado y se han extendido las raíces de esta devoción en vuestro corazón, hermanos canarios y hermanos no nacidos en esta bendita tierra, pero afincados en ella, que a todos alcanza la influencia bienhechora de la que es Reina, Madre y Patrona de las Palmas de Gran Canaria.

Y siendo así, en nada habría de sorprendernos que al arribar este año a la aldea del Rocío, en la primera visita que la hermandad hace a la Virgen portando el Simpecado, pegados aún al cuerpo los olores arrastrados desde la isla, la Blanca Paloma levante la mirada y le sonría a su propia Imagen, plata sobre bordada en oro en el terciopelo azul, realmente encantada al percibir el aroma inconfundible, que se habrá extendido

saturando y embalsamando el amplio recinto.

Y no sería imposible, vosotros que sabéis ver con los ojos del alma, lo comprendéis bien, que sobre los rezos emocionados de los romeros, se entrelazara entre imagen e imagen un dialogo precioso de silencios.

La imagen grande, feliz en su templete, extendiendo la mirada a todos los componentes del apretado grupo, entablaría con la pequeñita del simpecado una deliciosa conversación sin palabras, a modo de salutación de bienvenida para ella y para todos los recién llegados.

Bienvenidos tú y tu gente
y este aroma que engalana
aquella tierra lejana
de aroma tan diferente.
Siempre os aguardo impaciente
y entre olores del camino
vuestro perfume adivino,
porque me trae con su esencia
el abrazo y la presencia
de aquella Virgen del Pino.

Y la imagen pequeña y primorosa del simpecado, emocionada hasta en el más débil latido de su plata, resplandeciente y luminosa sobre el terciopelo azul, respondería.

Ella sabe que el amor
de su pueblo es tan profundo,
que en tanto el mundo sea mundo
seguirá abierto y en flor.
A su delicado olor
quiere unirse nuestro aroma
y en ambos su fuerza toma
el canario peregrino
que ama a su Virgen del Pino
y ama a su Blanca Paloma.

La que está en el templete, invadida de una dulce emoción, seguro que añadiría sin la menor vacilación…

A ese olor me refería,
que hace a las gentes mejores
orientando sus amores
hacia la Virgen María.

Nos llamarán cada día
con mil nombres diferentes,
pues son en verdad conscientes,
llámennos como nos llamen,
que lo hermoso es que nos amen
como aman nuestras gentes.

El terciopelo azul del simpecado se estremecería, cuando la imagen bordada afirmara

Es cierto y de par en par
sus corazones y almas,
los romeros de las palmas
suspiraban por llegar.
Cruzaron el ancho mar
y jamás dudar los vi
cuando, viniendo hacia aquí,
soportaron tantas penas
por las ardientes arenas
para estar cerca de ti.
Y la virgen pequeñita
en plata fina labrada
cambió una alegre mirada
con la que vive en la ermita,
porque la gente bendita,
venida de ellas en pos,
querían unir los dos
amores que alimentaban
y a una sola voz gritaban:
¡viva la madre de dios!

Pero, hermanos, que formidable salto el nuestro que, cuando hablábamos de aviar los enseres, el costo y los innumerables elementos imprescindibles para la romería, nos hemos situado nada menos que a los pies mismos de la Blanca Paloma.

A poco si nos vemos ya en la isla de regreso, comentando y añorando, como cada año, las incidencias, las anécdotas y tantos y tantos momentos preciosos vividos intensamente a lo largo de tan largos e inolvidables días.

Si no ponemos freno a la imaginación, nos encontraremos, así como el que no quiere la cosa, un mes cualquiera, ya entrado el verano, en los Lagares, la acogedora finca de los padres jesuitas, fregando platos y más platos y haciendo proyectos para el noventa y dos. Y no con el pensamiento puesto en la Expo, que también en el noventa y dos habrá romería y también estará allí, en aquella soñada aldea del Rocío, nuestra siempre fiel

hermandad. Pero antes, hermanos, nada menos que todo un año antes, ya está, pero que a las puertas, la romería de este mil novecientos noventa y uno, en la que tantísimas ilusiones han sido depositadas.

Y, como habíamos dicho, necesario es estar preparados. El espíritu, por supuesto, sí que lo está. Y las impaciencias aceleran el reloj de los pulsos. En el hogar de cada pareja de romeros han ido amontonando; él, un sinnúmero de bártulos, de los que algunos quizás tengan utilidad en algún momento y ella, eso sí, ella ha colgado cuidadosamente al menos un par de trajes de los llamados cortos, o de flamenco y una docena de faldas rocieras y vestidos de volantes. ¿Que por qué esa diferencia en el número? Posiblemente porque como unas y otros son de volantes, temen eso, que puedan salir volando y hay que ser previsores.

Pero todo, absolutamente todo, lo servible y lo inútil, cabe en las abultadas maletas, aunque habrá, lógicamente, que pagar exceso de equipaje. Afortunadamente la fe, el amor, la buena voluntad, el compañerismo, no tienen peso alguno y caben sin apreturas en el corazón rociero. En el corazón de los buenos rocieros.

Y dígame aquel que se ha permitido establecer diferencias y calificaciones y categorías y ha señalado con dedo seguro a quienes él, porque le ha venido en gana, decide que son buenos o no son buenos rocieros. Pero no me diga nada, porque, amigo…

Como tú eres, que tropiezas mil veces, aunque no quieres.

Si Ella está siempre dispuesta a perdonar, a cubrir con su manto aquel detalle casi inconsciente que se nos fue, aquel mal gesto inoportuno del que nos estábamos arrepintiendo antes de completarlo.

Y está siempre con nosotros. No solo en la medalla que llevamos al cuello. Está con nosotros en esa lágrima, que ni llega siquiera a asomarse a los ojos, cuando somos capaces de levantar la cara para contemplar esa mirada suya de niña pudorosa. Y está con nosotros en cada… «tú primero, no faltaría más», con el que cedemos generosamente un lugar de preferencia; y en ese … «¿alguien quiere un trago?» , en el que va un sorbo de buen vino y algo más, mucho más que el vino mismo.

No, desconocido señor mío, no; no hay para Ella buenos o no buenos rocieros. Todos cabemos en el corazón de la Blanca Paloma, desde el momento en que comprendemos que Ella ha entrado en nuestro corazón.

Y así, con su imagen bendita pendiente del cuello y grabada como a fuego en los adentros, nada pone obstáculos a la alegría de todos, que hace a unos y otros más comunicativos, más extrovertidos, cuando ya el nutrido grupo ocupa sus asientos en el avión en el que ha de cumplirse la primera etapa del más largo camino hacia el Rocío.

Señores, ¿estamos todos?
el que falte que lo diga.
Que sí, so pesao, que sí,
gritan todos entre risas.

y el avión alza el vuelo
y va quedando la isla
como una perla pequeña
sobre las aguas tranquilas.
Alguien apunta la idea,
que es aceptada enseguida,
de darle un último ensayo
aunque están más que sabidas
a esas sevillanas nuevas,
con tanto cariño escritas
y que van a dar el golpe
cuando en aquellas marismas
resuenen como plegarias
para esa Virgen bendita.
con su sabor a rocío
endulzada por la isla
que se calle el que no sepa
comenta una peregrina
que se cree Rocío Jurado
y es la que más desafina.
Y con buena voluntad,
chanzas y bromas y risas,
casi nadie se da cuenta
de que el avión aterriza.
Ya se cubrió el primer tramo,
ya estamos en la Península
y olores nuevos, distintos
al perfume de las islas,
alborotan los sentidos
y por la sangre se filtran.
hay que respirar bien hondo,
dejar que hasta el alma misma
se nos adentre este aroma
que nos da la bienvenida.
Gines ha abierto las puertas,
tiene la mesa prevista,
mosto fresco en la nevera
y la candela encendida.
¿Dormir? Claro que se duerme,
pero se duerme otro día.

esta noche el que se duerma
tiene la noche perdía.
Dale mas fuerte al tambor
y si se rompe te chinchas,
o haber traído un pellejo
de repuesto, so alma mía.
Ve, reza el santo rosario
con emoción honda e íntima
y en cada estrella del cielo
se enciende un Avemaría .
Todos piensan que su brillo
se multiplica allá arriba
en un mensaje que llega
hasta la lejana isla
y anuncia que la primera
jornada quedó cumplida.
Gracias, mi Blanca Paloma,
Dios te salve, madre mía,
madre y patrona de Almonte
y Reina de las Marismas.
Y entre rezos y cantares
hora a hora se desliza
la noche, hasta que por fin
a todos el sueño rinda
y al mismísimo tambor
le ganará la partida.
Las estrellas en el cielo
seguirán dando noticias:
«sin novedad, todo en orden
y esperando un nuevo día».

La noche transcurre como en un suspiro y cuando el cielo todavía luce el alivio de luto de un retazo de sombra rezagada, el grupo inicia los preparativos para lo que va a ser en realidad el verdadero camino.

Y vosotros, hermanos, lo sabéis. Sobre todo cuanto se ha previsto antes de subir al avión y junto a aquello que ha sido preparado en Gines, hay que allegar algo que os va a ser del todo imprescindible en las largas y duras jornadas que os esperan. Fantasía, imaginación y una carga portentosa de amor.

Hay que encender la imaginación y dar rienda suelta a la fantasía para levantar paredes allí donde no las hubiera, porque el camino nos reúne cada día, pero no siempre

nos une.

Cada despertar, cada paso caminado, cada oración rezada y cada copla cantada, tienen un sentido distinto al de los días precedentes. Algo de ello se ha experimentado ya al recibir los primeros rayos de un sol, que es el mismo que señorea en la isla, pero que ahora se muestra con maneras diferentes. Y está sola sensación obliga a unir más apretadamente al grupo recién llegado. No es difícil distinguir al solo golpe de vista y sin necesidad de reparar en las distintas medallas, sin mirar a las caras, quienes cruzaron la orilla del Atlántico, quienes abandonaron la del Mediterráneo en su Valencia y cuáles son los anfitriones. Y no hay rechazo en una actitud no pensada, ni dirigida. Por encima de cualquier diferencia, prevalecerá en todo momento un espíritu de unión, de compañerismo, de verdadera hermandad y una actitud de servicio, que es en definitiva lo que engrandece, lo que magnifica la romería.

Esas murallas, esas altas paredes diferenciadoras levantadas en la imaginación, sin que ni siquiera la voluntad haya mediado en su puesta en pie, son de todo punto imprescindibles en el largo y penoso camino que se abre ante los tres distintos grupos que peregrinarán unidos hacia la Blanca Paloma. Y lo verdaderamente maravilloso es que nadie, absolutamente te nadie, ni aquellos que desde fuera nos contemplan, ni nosotros mismos, alcanzaremos jamás a verlas. Pero están allí, deben estar allí, para que cada cual tenga su sitio y pueda moverse libremente al socaire de sus invisibles muros.

Mirad, hermanos; cada jornada, en su andadura y en sus horas de reposo en la acampada, se corresponde con un día vivido en casa, en el quehacer de cada cual, en el tiempo destinado al ocio y en el que exige el descanso. Salvadas las diferencias de situación —ya he dicho que hace falta preverse de buena carga de fantasía— contemplemos a nuestro grupo como vecinos de una misma casa, cuyas vidas discurren paralelas pero diferenciadas por unas paredes auténticas. Es más; cada familia separa sus propias vidas con delgadas paredes, para que el padre pueda trabajar libremente en su despacho, la madre se afana entre cacerolas, la primogénita sueñe con sus próximo ligue en la discoteca y el más pequeñajo destroce alegremente su último juguete en su leonera.

Todo sucede simultáneamente, como simultáneamente podemos contemplar en una acampada que un nutrido grupo reza unido el santo rosario ante el simpecado, en tanto que unos cuantos cantan y bailan sevillanas unos metros más allá y, no muy lejos, hay quién empina felizmente el codo más de lo prudente y hasta quizás podríamos ver alguna que otra pareja que no ha sabido poner traba a sus instintos.

Todo está sucediendo allí al mismo tiempo, como sucede en casa, en cada casa, en cada edificio gigantesco de familia, solo que sin paredes que los aíslen, que los oculten a la vista y necesario es, completamente imprescindible, saber levantar esas murallas invisibles y ver solamente aquello que sirve de verdadero recreo al espíritu.

¿Acaso, hermanos, esa Blanca Paloma ve en nosotros algo más que lo que en nosotros vale la pena?

Se me ocurre pensar, al llegar a este momento que, pasados unos días, si alguien se

pregunta quién ha sido el pregonero, seguro que alguno responderá… «Pues un tal… no recuerdo como se llamaba, pero creo que era arquitecto, o maestro de obras, porque se llevó medio pregón levantando paredes».

Y no, francamente no. Ni tengo la carrera de arquitecto, porque no pasé más allá de la enseñanza primaria, ni podría ser maestro de obras, porque mi inutilidad para el manejo de las herramientas es tanta, que no sabría distinguir entre un palustre y una llave inglesa. Ahora, eso sí; los destornilladores si los conozco. Los hay normales y de estrellita.

Y los martillos. Recuerdo que una vez nos disponíamos un primo mío y yo a colgar un cuadro. Yo estaba totalmente mentalizado, dispuestísimo. El martillo era de los pesados Lo aferré bien en la mano y asesté el golpe… ¡zas! Al dedo gordo. ¡Uf! ¡Horroroso! Menos mal que el que sostenía el clavo era mi primo. A partir de entonces, en su casa, los cuadros los pega con esparadrapo.

Séame dispensada esta disquisición, pero creo que me había puesto demasiado serio al hablar del espíritu que debe animarnos en el camino. Y la verdad es que yo soy un caminante con pocos años de experiencia y ni siquiera soy un rociero con solera, ni por tradición familiar, ni por devoción a aquella Reina do las Marismas, que tardé mucho tiempo en experimentar, en sentir, en afirmar en mi alma, en la que ya ha quedado fijada para siempre.

Que esta devoción, vosotros lo sabéis muy bien, no se sabe cómo llega, cuando llega, ni por qué. Escuchamos un día hablar del Rocío y me atrevería a decir que a muchos nos suena a diversión, a jolgorio, a buenos ratos en buena compañía, aderezados con exquisitas viandas y escogidos caldos. Y todo ello sublimado por las coplas que canta y baila el pueblo y que se hacen piropo y saludo de cortesía y se hacen retrato, reflejo de una situación, de un momento vivido. Y que también se hacen plegaria, oración y quizás sea entonces cuando comenzamos a ponerle por delante a la palabra Rocío la preciosa, sugerente y comprometedora de VIRGEN. Y es entonces cuando comenzamos a hablar de la Virgen del Rocío, a sentir a la Virgen del Rocío, a enamorarnos para siempre de la Virgen del Rocío.

Porque a muchos nos ha atraído en primer lugar la romería, el Rocío, lo que de lúdico hemos conocido del suceso, hasta que un día cualquiera la descubrimos a Ella, sentimos como se ha adueñado de nuestro ser. Y es entonces cuando nada importa que haya todo un océano de por medio y se comienza a soñar en lo que solo un sueño podía considerarse ¡qué locura! ¿No es verdad, Virgencita morena y marismeña? ¡Qué disparatada utopía!

Pero el sueño, la locura, la utopía, se llega a convertir —ahora se cumplen quince años —, en radiante y formidable realidad. Sí, hermanos canarios, pero hasta aquel año de mil novecientos setenta y seis, hasta hacer posible vuestra ensoñación —¿verdad Pepe Carlos Sánchez, verdad José López?— ¡cuánto quehacer! ¡Cuánto esfuerzo a veces malogrado por un mal entendido, por una interpretación equivocada, por el gesto hostil de una mano torpe y desangelada que no ha sabido abrirse a tiempo!

Y es verdaderamente maravilloso considerar que se han cumplido ya quince años, tres redondos y sonoros lustros, que resuenan como tres aldabonazos, como tres fuertes latidos, cono tres rotundos golpes de corazón. ¡Quince años! Si hasta hace pensar que son muchos…

Y no me extrañaría comprobar que entre vosotros se encuentra un joven matrimonio que trae ahora a la mente el recuerdo de aquella primera romería de la Hermandad y se dicen para su interior... Si entonces no éramos ni novios y ahora tenemos un chaval con cinco añitos y una chiquitina con tres y medio.

Éramos dos chavalillos
el día que nos besamos
y ante la Blanca Paloma
querernos siempre juramos.

Cariño mío, no olvides por un momento,
que tengo más que cumplío
aquel primer juramento
a la Virgen del Rocío.

Y este año, esa misma pareja, tal vez vuelvan a cogerse de la mano ante la mirada dulcísima de la Patrona de Alrnonte y los viejos recuerdos reverdecerán en su mente y en su corazón…

Una cinta yo te di
pa la trenza de tu pelo,
era de color azul
como tus ojos y el cielo.
Cariño mío,
por Dios sécate ese llanto,
no digas que la has perdío
que yo la he visto en el manto
de la Virgen del Rocío.

Porque ella, no equivoquemos su intención, quiso darle el mejor destino, el manto de la Virgen, al regalo del muchacho y, por otra parte, ahora ya ella comenzaba a sentirse mayor para llevar cintas en el pelo, aunque fueran de color azul, lo mismo que el cielo.

Qué duda cabe que desde aquel momento en el que estrenaban su primer amor y se iniciaban también en el verdadero sentimiento rociero y, tal vez, hasta se hicieron con una medalla pequeña de la Virgen del Rocío, destinada a un hijo que aún tardaría años en llegar. Porque es así, enlazando unas a otras generaciones, como se elabora la auténtica solera, como se crea la tradición

Yo mismo, que hoy soy tan osado de hablar del Rocío, de analizar las actitudes del romero, del peregrino, del circunstancial asistente a la romería, soy un rociero prácticamente de ayer. Ya he dicho que ni en mi familia, ni en mi pueblo, Morón de la Frontera, existía tradición rociera y fue la copla, la necesidad de escribir coplas, sevillanas, sobre la romería, sobre la Virgen, lo que me llevó al Rocío, del que me hice mero espectador. Hasta que un lunes de Pentecostés, cuando contemplaba sorprendido la procesión de la Virgen, portada en unas parihuelas, hechas para ser llevadas por doce o catorce personas a lo sumo, pero a las que se aferraban al menos treinta y quizás cuarenta y cuyo entorno merodeaban impacientes doscientos o más hombres, intentando por todos los medios ubicarse bajo las andas.

Pero lo realmente maravilloso de la Virgen del Rocío, su formidable fuerza de atracción para cautivarnos y acercarnos a Ella, igual a los que nacen al pie mismo de sus marismas, que a quienes han de afrontar la aventura dé salvar esa gran distancia que jamás será obstáculo para que, cada pentecostés, corráis a postraros a sus plantas, porque Ella así lo quiso, porque Ella un día cualquiera se os mostró en un revuelo y se perdió en las sombras, pero se adentró, también para siempre, en vuestro corazón.

¿Quién ha dicho que hay distancias
entre la tierra y el cielo?
para el amor no hay caminos,
ni para la fe senderos.
ambas distancias se miden
por la fuerza de un «te quiero».
El cielo está a nuestro alcance,
si lo llevamos por dentro.
El cielo es la paz, el gozo
de mirar en torno nuestro
y encontrarse siempre abierta
la mano de un compañero.
Que no me digan a mí
que está tan lejos el cielo.
El día que ella os llamó
se os metió el cielo en el pecho
y ya no hay caminos largos,
ni hay arenales desiertos,
ni calor de bocas secas,
ni hay insalvables océanos
entre el cielo que es la isla
y el Rocío, que es el cielo
que siempre tendréis tan cerca

aunque parezca tan lejos.
Por eso, hermanos canarios,
sabed que os está mintiendo
quien os diga que hay distancia
entre la tierra y el cielo.
y este año —y ya van quince—
iréis a verla de nuevo,
a vivir el cielo de ella
y a ofrecerle el cielo vuestro.
Cuando lleguéis a su lado
la encontrareis sonriendo
y si os fijáis en sus labios,
veréis que os está diciendo:
«Sed bienvenidos, canarios,
sed bienvenidos, palmeños,
que quienes en amor viven
no me tendrán nunca lejos.
Bendito sea el que tiene
toda una gloria en el pecho
y va cambiando al andar
su cielo por otro cielo».
Porque así bendice ella
a los buenos rocieros,
a los que a su lado viven
y los que cruzan senderos,
de mar, de aire, de arena,
para llegar a su encuentro.
A los que tienden la mano
siempre abierta al compañero,
que las distancias se miden
por la fuerza de un «te quiero».

Y la verdad es que para mí esto de las distancias es algo que no tiene la menor importancia. Ya os he llevado en dos ocasiones hasta los pies mismos de la Blanca Paloma y tan pronto estamos allí, ante Ella, como nos vemos por esos caminos benditos de Dios, con todos sus problemas infinitos y con toda esa suerte de momentos preciosos, que después han de quedarse grabados en el recuerdo para siempre.

Y a punto he estado, cuando el pregón se encuentra ya próximo a su fin, de no dejar constancia de la arribada al vado del Quema, con el bautizo en sus aguas de algún romero que ha de cruzarlo por vez primera en su primera romería.

Y la honda emoción que vive la hermandad a su paso por Villamanrique, cuando aún se sigue saboreando las delicias de la noche pasada en Gelo.

Y hasta aquel incidente que tuvo tanta gracia y que al responsable del orden le supo a almendras amargas y se pasó su mal rato, aunque no tuvo la menor importancia.

Pero quizás en este ir y venir, consciente de que algo, mucho, va que dando atrás, como olvidado, interpreto vuestro propio sentir, porque en la mente de todos aquellos que ya lo han vivido, aunque se saque a cada momento del largo peregrinar todo su sabor y su encanto, señorea por encima de todo la ilusión de volver a repetir una vez más el acto de la presentación, el rodeo como le llaman los rocieros más antiguos.

Y desde el instante mismo en que se abandona la isla, se empieza a soñar con ese sábado, cuando la hermandad, entre los aplausos de toda aquella muchedumbre apostada en los alrededores de la ermita, que os reconoce y quiere de alguna manera hacer patente su admiración por el esfuerzo realizado, viniendo desde tan lejos, avanza por la calle Moguer, con toda una carga infinita de emoción, que alcanza unas cotas indescriptibles cuando, al llegar el Simpecado a la Altura de la puerta principal de la ermita, la banda de música de Carrión de los Céspedes, ataca briosamente

los compases magníficos del pasodoble «Islas Canarias», que son acogidos con una ovación realmente estruendosa, que corrobora una vez más que en estos quince años habéis pisado fuerte y hondo y vuestra huella ha quedado ya marcada para siempre en aquellas arenas.

Detengamos unos minutos el pausado caminar y enfrentadas así ambas imágenes, aquella que está en el templete y la virgencita chica del simpecado y unamos nuestras voces para rezar con el isleño pasodoble de fondo nuestra oración final…

¡Dios te salve!
Blanca Paloma y reina marismeña.
Luz que ha abierto en las palmas
caminos de esperanza verdadera.
Rocío de la gracia y del amor,
que has vencido el poder de las tinieblas
y eres vida, dulzura y clara fuente
de la fe rociera.
Dios te salve.
Tu hermandad de las palmas
ha puesto en ti su confianza plena
y buscando tu rostro,
en el que mansamente el alma se serena,
se adentra, sin temor y sin recelos
por tu abierto horizonte sin fronteras.
Atiende nuestras voces,

que a tu celeste palomar se elevan
a implorar que nos muestres el camino
y que nuestra carretas
no abandonen el rumbo de tu norte
en el valle de llanto de la tierra.
¡oh! tú, la valedora y abogada
y mediadora nuestra,
vuélvenos tu mirada
—fontana de ensoñadas transparencias—
donde la sed se apaga
y la esperanza y el amor comienzan.
Y al final del sendero,
cuando unidos lleguemos a tu aldea,
muéstranos a Jesús, tu pastorcillo,
que el aprisco dejó de la marisma eterna
y en tu cintura virginal sembró
su trigal de eucarística cosecha.
Siempre Virgen María,
ten piedad de tu gente rociera
y ruega al padre eterno
para que nos alcancen sus promesas
y en el último lunes,
cuando el señor nos abra las cancelas,
cada buen rociero de las palmas,
llegará a ti de par en par abiertas
las dos manos y el alma,
¡oh! dulce Marismeña,
Paloma del Rocío,
madre de dios y siempre madre nuestra.

Índice

Prefacio 9

Misa de Romeros. Hermandad del Rocío de Sevilla 11

Ofertorio 29

La Romería del Rocío en mi copla. Círculo cultural Rociero de Triana 41

El puerto se hace al camino. Hermandad del Puerto de Santa María 89

Rosario Macareno hacia el Rocío. Hermandad de la Macarena Sevilla 121

El Camino. Segundo Misterio Gozoso... «María visita a su prima Isabel» 127

Tercer Misterio Gozoso. «Nacimiento del niño Jesús» 133

Cuarto Misterio Gozoso. «Presentación de Jesús» 139

Quinto Misterio Gozoso. «El niño perdido, hallado en el templo» 145

El credo se hecha al camino. Hermandad de Gines 151

La realidad de un sueño. Antequera 183

El rocío. Los palacios 207

Alicante está en el camino. Hermandad del Rocío de Alicante 227

XIII Pregón Rociero. Las palmas de Gran Canaria 245